IMPERFECTO

Lo mejor de la vida es que no es perfecta

LAURA SILVERMAN

VR YA

IMPERFECTO

Lo mejor de la vida es que no es perfecta

LAURA SILVERMAN

VR YA

IMPERFECTO

Lo mejor de la vida es que no es perfecta

LAURA SILVERMAN

VR YA

~~Ariel es perfecto.~~ No

Ariel *quiere* ser perfecto.

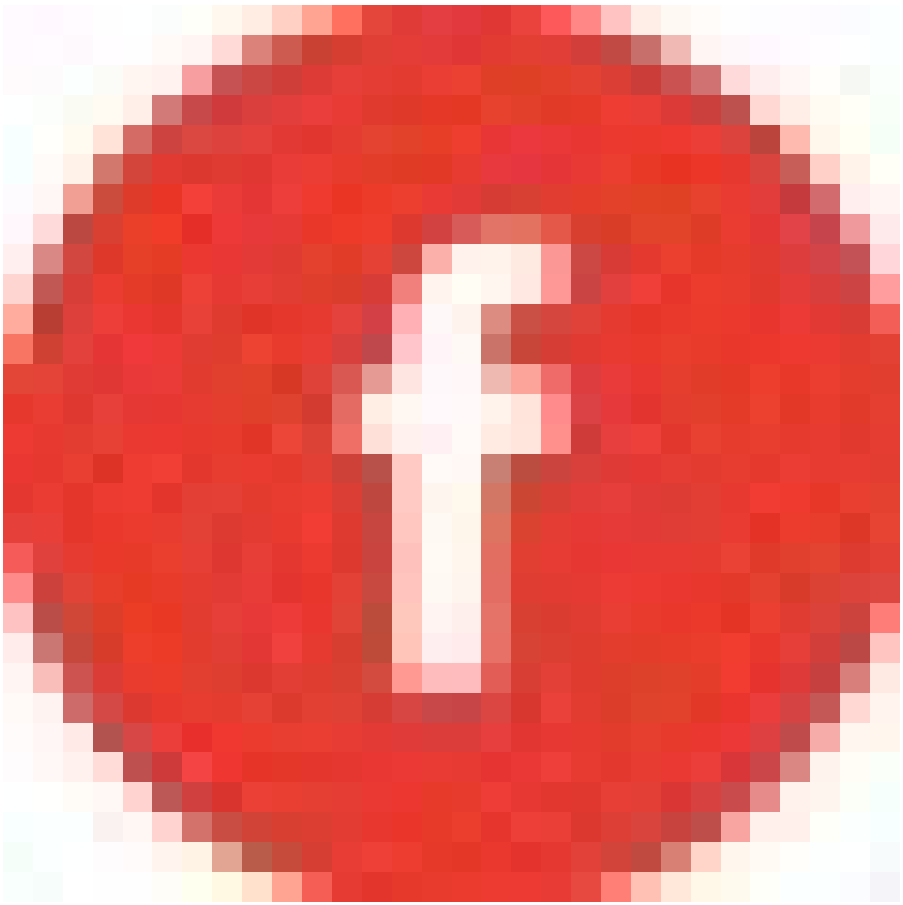
Estudiante modelo, deportista aplicado, primer violín, voluntariados, todo lo que sea necesario para ingresar a la universidad de sus sueños. Nada más ni nada menos que Harvard. Hasta que un colapso de estrés, una mala calificación en un examen y un tutor de Cálculo que parece salido de un sueño, entran a la ecuación para recordarle que, en su afán de perfección, está olvidándose de lo más importante de todo: VIVIR. Porque lo más hermoso de la vida, es que es absolutamente imperfecta.

Una historia dulce y cautivante que nos recuerda lo que realmente importa.

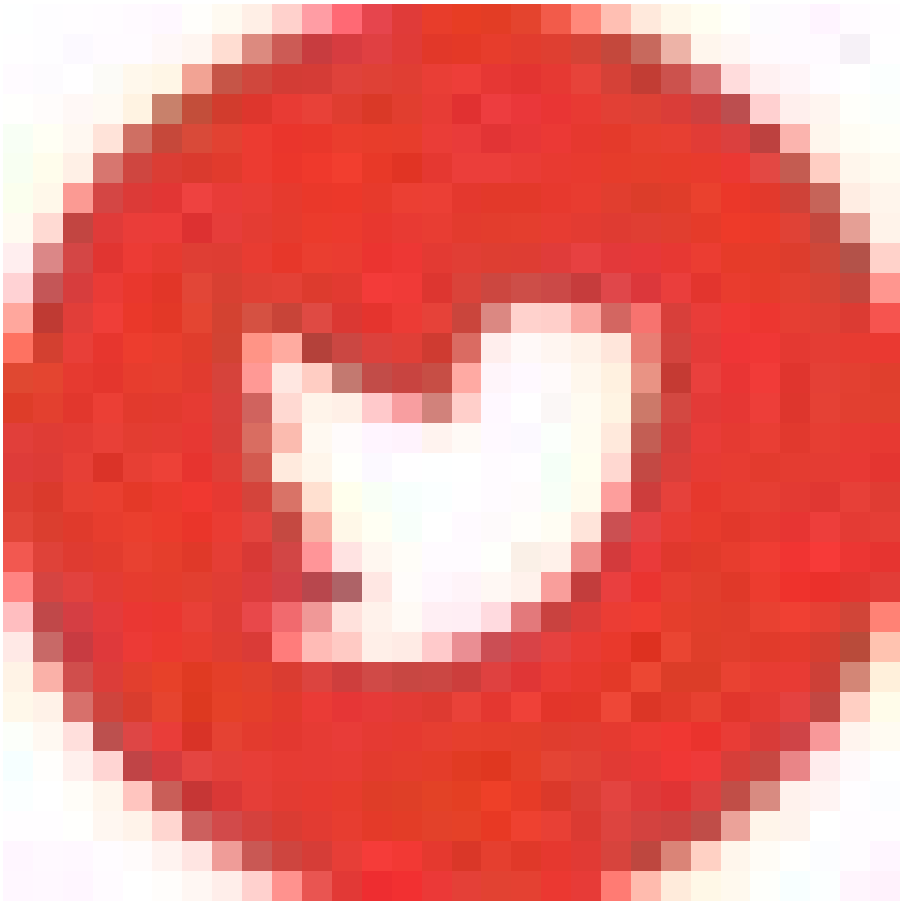
vreditorasya

VR YA

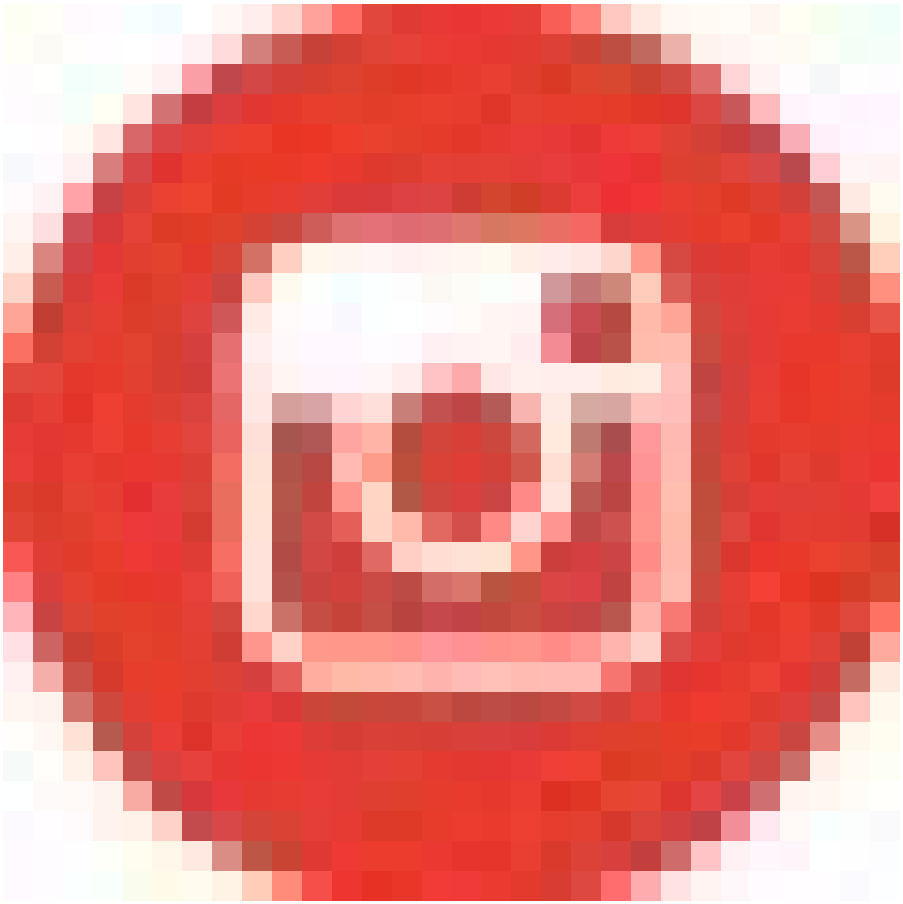
ARGENTINA



VREditorasYA

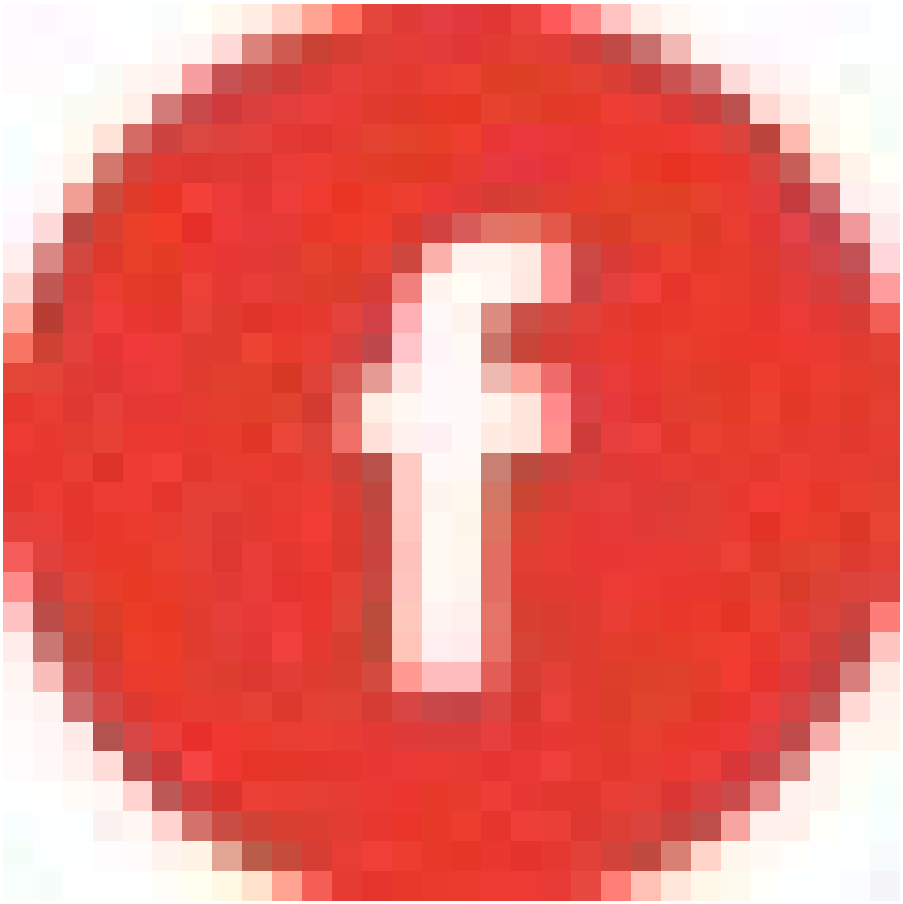


vreditorasya

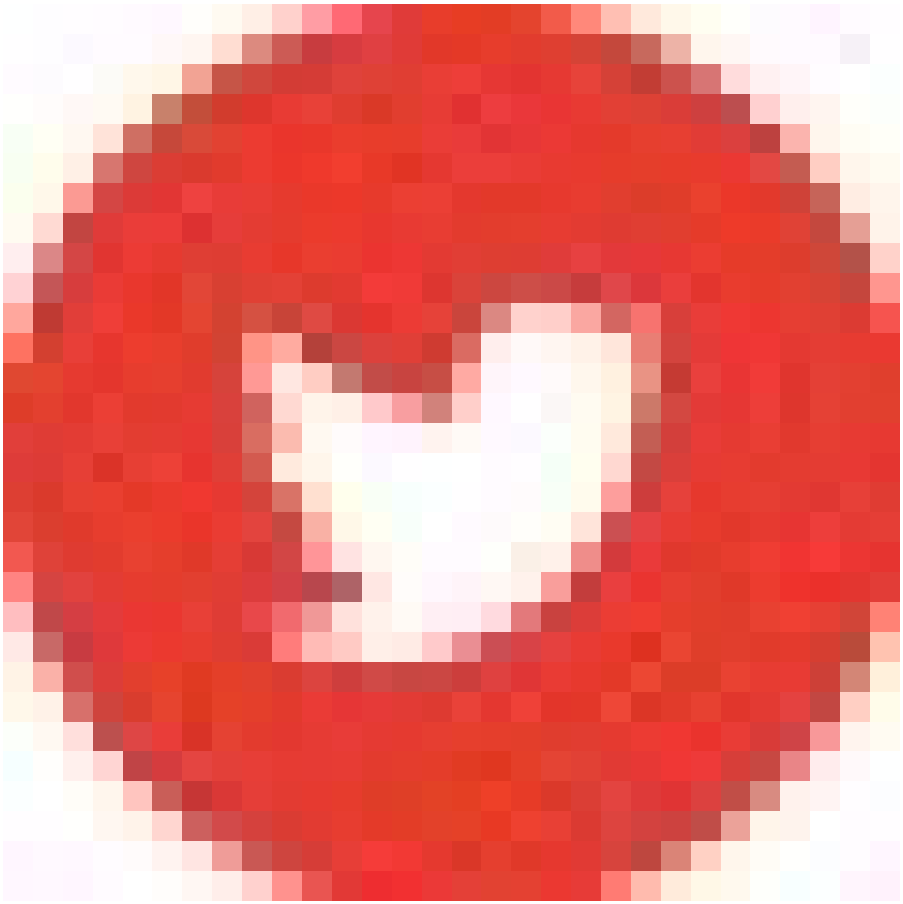


vreditorasya

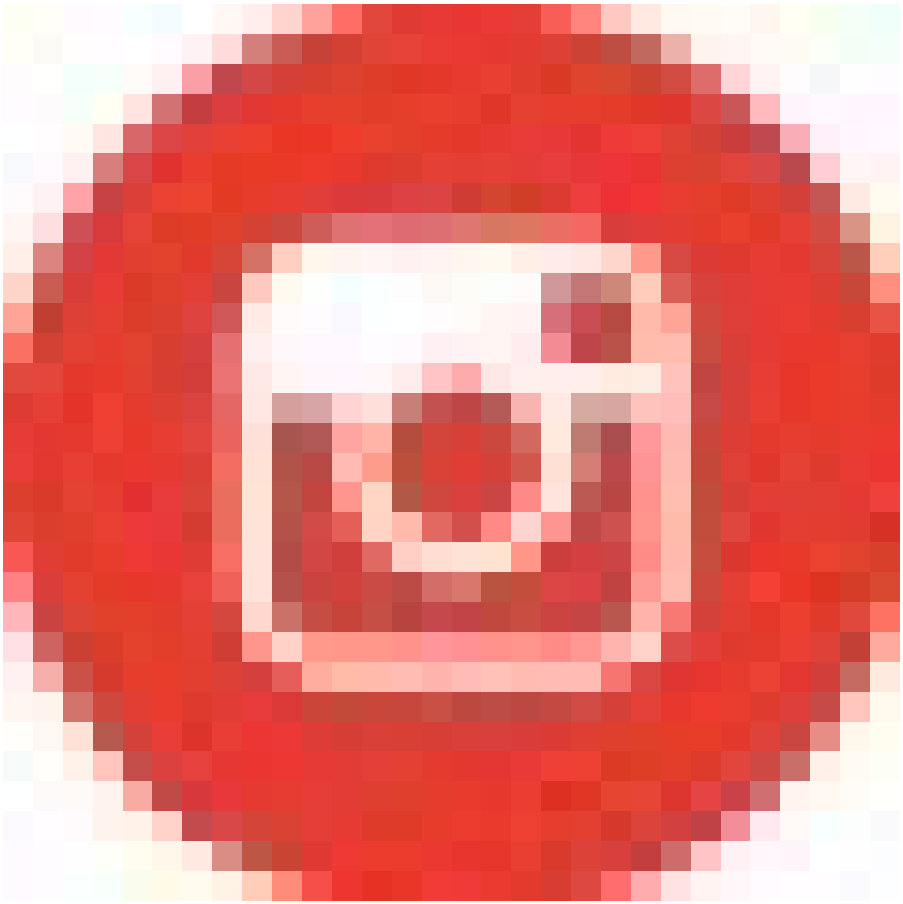
MÉXICO



vryamexico



vreditorasya



vreditorasya

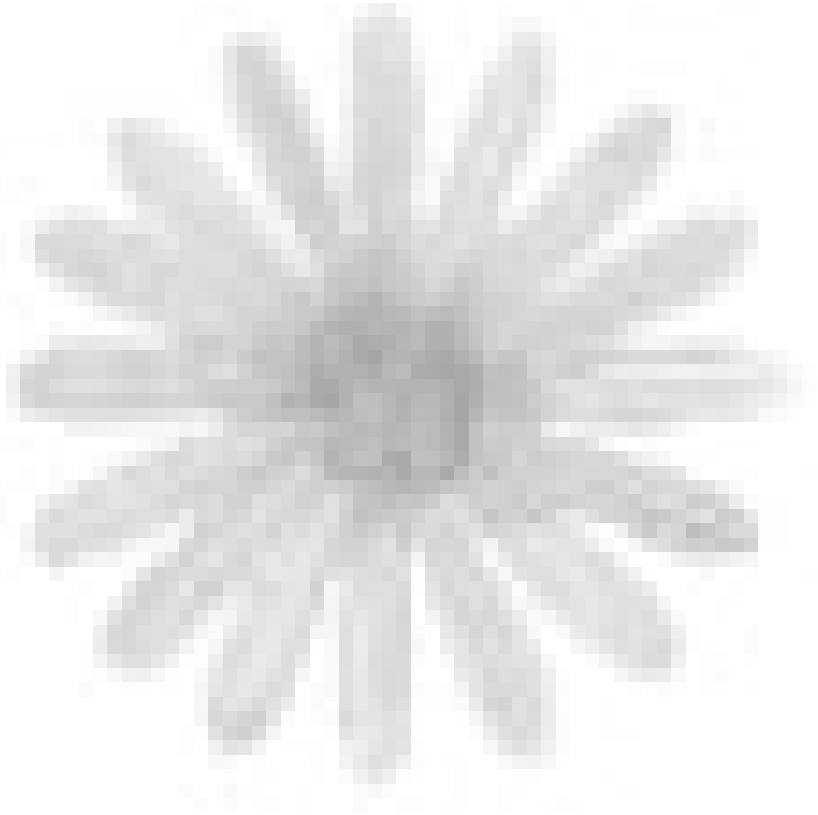
IM
PER
FEC
TO

IMPERFECTO

Lo mejor de la vida es que no es perfecta

LAURA SILVERMAN
Traducción: María Victoria Echandi

VR YA!



Para Raya Siddiqi

Alegraste mi vida.

Descansa, dulce niña.

UNO

Mis pies golpean el pavimento y gotas de sudor caen sobre mi rostro. Ya corrí seis kilómetros y todavía me falta uno más así que bajo el ritmo a un trote cómodo y reemplazo mi audiolibro de Crimen y Castigo por The Who. A mi alrededor el vecindario comienza a despertarse, la gente saca a pasear a sus perros y acomoda a los niños en el auto. El sol, que apenas se asomaba en la oscuridad cuando salí a correr, ahora descansa bajo en el cielo.

Finalmente, llego a la entrada de mi casa. Respirando con dificultad, masajeo una puntada en el costado de mi abdomen y reviso mi teléfono, descubro que corrí un minuto más rápido que mi promedio. Bien. Hago sonar mi cuello y luego entro a casa. Esta mañana mamá se fue temprano, es periodista para el Atlanta Standard. Se preparó apresuradamente mientras murmuraba algo sobre un político con dos caras. Mi hermana ya está en la escuela primaria así que solo estamos papá y yo en casa.

Lo encuentro dando vueltas en la cocina, ya está vestido para el trabajo; tiene un pantalón de vestir gris y una camisa lavanda.

–¡Buen día, Ariel! –gira para mirarme de frente. Su cabello, oscuro y rizado como el mío, probablemente debería haber recibido un corte hace semanas–. ¿Huevos? ¿Avena? ¿Batido de frutas?

–Un batido sería genial –respondo–. Me daré una ducha. Vuelvo en un minuto.

–¡Puedes tomarte cinco minutos si quieres! –grita detrás de mí mientras trepo las escaleras de a dos peldaños a la vez. En mi baño me desvisto y el agua helada cae sobre mí antes de tener oportunidad de calentarse y mis músculos protestan por el frío.

–Rayos, tengo que elongar –mascullo.

Apoyo mis palmas contra la pared y relajo las piernas, doblo mi rodilla derecha y estiro mi pantorrilla izquierda. Mientras el agua se calienta y cae sobre mí, bajo la cabeza y respiro profundamente un par de veces. Luego, cambio de pierna y después estiro mis cuádriceps. Me baño rápidamente después de eso.

Unos minutos después, regreso a la cocina un poco incómodo en mis jeans húmedos y con mi camiseta de Fleetwood Mac en una mano para que no se moje.

–¿Nueva imagen para la escuela? –pregunta papá deslizando un batido sobre la mesada; él bebe uno de kale. Asqueroso.

–Seh, todos los chicos cool andan sin camisetas estos días –me subo a la banqueta en la barra de desayuno. Mi libro de Cálculo está sobre la mesa con un cuaderno entre sus páginas. Lo abro con una mano y reviso mi teléfono con la otra. Agua de mi cabello húmedo cae sobre mi cuello mientras leo un mensaje de Sook, mi mejor amiga.

Estoy 5 minutos retrasada

Respondo:

No hay problema.

Y no es un problema. Siempre llega tarde, estaría en un aprieto si mi amiga fuera puntual. Copio un ejercicio en mi cuaderno. Generalmente me va bien en matemáticas, pero hay un largo verano entre Cálculo AB y Cálculo BC, así que es difícil recordar el contenido anterior.

–¿Algún plan para el fin de semana? –pregunta papá.

Registro la pregunta en un plano mental secundario mientras miro fijo a mi cuaderno.

–Mmm, supongo que lo de siempre.

–Mañana tenemos sinagoga. Y el partido de fútbol de tu hermana es el domingo. ¿Deberíamos hacer carteles para el primer juego del año? ¿Avergonzarla un poco?

Mi lápiz sobrevuela la página. Rayos. ¿Cuál era el paso siguiente? Hoy tengo examen. Anoche pensaba que ya dominaba esto. Le echo un vistazo al libro mientras tomo mi calculadora gráfica. Ya hice…

–Ariel, ¿carteles? ¿Qué te parece?

–¿Eh?

Papá me mira como si hubiera venido de otro planeta y no de su propio esperma.

–¿Sabes? –dice–. Leí un artículo que decía que estudiar demasiado es perjudicial para el aprendizaje.

–No estudio demasiado –replico–. Además, anoche el que estaba despierto trabajando a medianoche eras tú.

–Sí, pero soy un adulto y mi cerebro ya está desarrollado. ¿Por lo menos puedo ayudarte con algo?

–Estoy bien, papá.

Los adictos al trabajo no deberían intentar convencer a otras personas de que trabajen menos. Papá es abogado especialista en derechos civiles y es conocido por desaparecer hasta las tres de la mañana por un caso.

Si él puede quedarse hasta tarde, entonces yo también puedo. Además, solo son horas de sueño. No es como si estuviera tomando pastillas

como algunos de los chicos en el colegio; esas cosas con peligrosas.

–Bebe tu batido –dice papá.

–Lo estoy haciendo –le echo un vistazo al vaso. Está lleno.

Papá alza una ceja.

Bebo un sorbo al mismo tiempo que suena mi teléfono. Un correo electrónico de una de mis universidades de respaldo, mejor prevenir que lamentar. Lo guardo en mi carpeta de solicitudes de ingreso universitarias, luego entro en mi calendario para mirar la única fecha que importa. Primero de noviembre, falta menos de dos meses, la fecha límite para postularme a Harvard.

Mi teléfono vuelve a sonar.

Sook:

Llegué

Cierro mi libro y guardo todo apresuradamente en mi mochila.

–Nos vemos a la noche –saludo a papá mientras me deslizo de la banqueta.

–Ariel, ¿el batido por favor?

Rayos. Lo olvidé. Mi estómago gruñe. Tomo el vaso, desplazo el sorbete hacia un lado y bebo todo el contenido.

–Agh –cierro los ojos con fuerza–. Se me congeló el cerebro.

Estoy por abrir la puerta de casa cuando escuchó la voz de papá detrás de mí.

–Ariel, ¡tu camiseta!

Echo un vistazo a mi pecho desnudo. Ups.

–¿Café? –pregunta Sook y me ofrece Dunkin' Donuts.

–Eres… –doy un bostezo gigante– la mejor.

–Es verdad –me sonríe.

Mi mejor amiga es hermosa, tiene ojos cálidos y piel suave. Es regordeta, su camisa blanca lisa abraza su estómago y sus uñas están cubiertas de barniz rosa. Acomoda su cabello sobre su hombro y enciende el motor.

Gruño de comodidad mientras me hundo en su asiento de cuero. El auto de Sook cuesta más que los dos de mis padres juntos y no me quejo. Me lleva al colegio todas las mañanas ya que no hay suficiente espacio en el estacionamiento para todos los estudiantes. Abro CalcU, una aplicación con problemas para practicar y tutoriales. Mis ojos sobrevuelan las fórmulas.

–¿Hoy tienes examen? –pregunta Sook.

–Sí, de Cálculo –respondo–. ¿Tú?

–Creo que no –encoge los hombros–. Dejé mi agenda en el colegio así que me puedo estar olvidando de algo.

Sook y yo hemos sido mejores amigos desde sexto año de primaria cuando nos ubicaron en el mismo programa avanzado de matemáticas. En ese entonces, solía hacerse llamar por su nombre coreano entero: Eun-Sook.

Según mi papá, éramos unos "pequeños precoces", según Sook, unos "mocosos insoportables". Nos hicimos cercanos por nuestro deseo mutuo de ser los niños más listos de la clase, pero ahora a Sook le importa más su banda, Dizzy Daisies, que sus calificaciones.

–Oh, por Dios –dice Sook subiendo el volumen–. Tienes que escuchar esta canción.

Una gentil introducción acústica construye un sonido más duro y desafiante cuando entra la batería. Acompaño la música con mi cabeza.

–Bastante buena.

–¿Bastante buena? Querrás decir increíble. La banda se llama Carousels y su cantante principal, Clarissa, es un genio. Además, es básicamente la persona más sexy del planeta. Quiero decir, absurdamente sexy. Quiero ser ella y quiero estar con ella.

–Buena suerte con eso –río–. ¿En dónde vive? ¿Cuántos años tiene?

–Es estudiante de primer año en la Universidad de Georgia, así que

vive a tan solo unas horas. Ey, nunca se sabe –sube el volumen un poco más–. Dios, su voz es todo.

–Lo es –concuerdo. La voz de Clarissa es áspera y fluida a la vez. Le echo un vistazo a CalcU y elijo un problema de práctica.

–Tal vez podríamos visitar Athens y ver una de sus presentaciones –dice Sook.

Entrecierro los ojos. Pero, un momento, por qué la ecuación…

–¿Qué te parece? –pregunta Sook.

–Sip –respondo con los ojos en mi teléfono–. Tal vez.

Diez minutos después, entro a clase.

–Buen día, Ariel –dice Pari mientras me acomodo en mi asiento en la última fila. Gira en su silla para hablar conmigo con ojos brillantes. Su cabello oscuro está peinado hacia atrás en una coleta de caballo. Viste leggins y una camiseta de la orquesta.

Pari Shah es mi peor enemiga. Bueno, en realidad, no. De hecho,

somos amigos. Pero por años hemos competido por el puesto de primer violín y por tener el mejor promedio.

En la secundaria Etta Fields High School ser el mejor promedio es más complicado que tener calificaciones perfectas. Tenemos promedios ponderados así que podemos sumar puntos extras con clases avanzadas, que otorgan créditos universitarios, llamadas asignaturas AP. Es necesario un 5.0 en vez de un 4.0 para una A. El camino a la cima depende no solo de tus calificaciones, sino también de elegir las clases adecuadas.

El año pasado, saqué ventaja sobre Pari cuando descubrí que podía inscribirme en Ciencias de la Computación AP en línea. Era una clase monstruosa, pero como mi secundaria incluye las calificaciones de los cursos en línea en nuestro promedio, me dio impulso extra para superar a Pari. No le conté sobre la clase hasta después de finalizada la fecha de inscripción. Despiadado. Pero estoy seguro de que ella hubiera hecho lo mismo. Sabíamos que alguno de los dos terminaría ganando en algún momento. No me disculparé por ser el victorioso.

–¿Cómo está todo? –pregunta.

–Bastante bien –asiento–. ¿Y tú?

–¡Bien! Bueno, por la mayor parte. Me acordé recién de la evaluación de hoy –ríe–. Supongo que tengo la fiebre del último año después de todo.

–¡Ja! Seh –replico–, supongo que nos afecta a todos.

Pero la miro de reojo con escepticismo. Hay algo que hacemos los chicos que tomamos clases AP: actuamos como si no nos importara, como si esas calificaciones perfectas aparecieran sin ningún esfuerzo. Pretendemos estudiar en los últimos cinco minutos antes de la clase y encogemos los hombros cuando los profesores nos devuelven nuestros exámenes con una A resaltada.

Pero también nos aseguramos de mantener esas hojas boca arriba en

nuestros escritorios para que todos puedan ver cuán inteligente somos y lo sencillo que es para nosotros.

De cierta manera, eso era verdad al principio. Solía obtener buenas calificaciones con un esfuerzo mínimo y caí en el juego, pensaba que era increíble. Pero luego se acumularon las clases AP y cuando la carga de trabajo me sobrepasó, vi más allá de mis propias mentiras. Nadie obtiene calificaciones perfectas en todas sus clases sin trabajar duro. Es una mentira que le decimos a los demás y a nosotros mismos.

Pari suelta un pequeño estornudo. Es casi tierna. Siempre pensé que era atractiva: petite de tez café oscura y rápida para hacer comentarios traviesos. Pero, aunque me atraen los chicos y las chicas, nunca podría salir con Pari. Es demasiado parecida a mí. Demasiado competitiva, calculadora. Y no tengo ningún interés en salir conmigo mismo.

–Gesundheit –digo.

–Gracias –sonríe.

Suena la campana. Nuestro profesor, el señor Eller, entra en la habitación. Amir Naeem avanza detrás de él. Nuestros ojos se conectan por un segundo mientras camina hacia la última fila y se sienta en el escritorio a mi lado. Me sorprendió cuando eligió este lugar el primer día de clases, pero es el que está más cerca de la ventana.

Conozco a Amir desde siempre. Nuestras hermanas pequeñas son mejores amigas, así que he compartido incontables cenas familiares y feriados con él, pero nunca nos entendimos. Cuando nuestras familias están juntas, se sienta en silencio y se entretiene con su teléfono. Lleva su cámara a todos lados; es como si el mundo fuera a terminarse si no captura la toma del buitre en el jardín. Y solo sale con chicos más grandes. De seguro piensa que los de nuestro año no son suficientemente buenos para él.

Es demasiado difícil entender a alguien que trabaja tanto para ser

indescifrable.

Mi mirada se detiene en sus jeans ajustados y su camiseta blanca con cuello en V antes de concentrarme en mi escritorio. No se me ha escapado el hecho de que su cuerpo, una vez desgarbado, se ha transformado en músculos esbeltos.

Sacudo la cabeza mientras suena la segunda campana.

–¡Muy bien, chicos! –el señor Eller llama nuestra atención–. Guarden los teléfonos y los cuadernos. ¡Espero que hayan estudiado!

Las hojas circulan fila por fila. Una aterriza en mi escritorio.

–Veinte minutos –dice el profesor.

Escaneo la página. Solo diez problemas. Mis hombros se tensan. Cuando se trata de mantener un promedio perfecto, menos no es más. Diez problemas significa que solo puedo equivocarme en uno si quiero una A.

Quiero una A.

Mi lápiz titubea sobre el papel. Inhalo profundamente y echo un vistazo a mi alrededor. Todas las cabezas están inclinadas hacia adelante y las manos se mueven.

Es solo un examen… ¿Cuánto valen los exámenes en esta clase? Cierro los ojos e intento visualizar el programa. ¿Diez por ciento? ¿Quince? No puedo recordarlo. Alguien tose en las primeras filas.

Ok, estudié. Está bien.

Comienzo el primer problema, vacilo un poco en cada paso, reviso dos veces cada número. Me estoy olvidando de algo. ¿Me estoy olvidando

de algo? Froto mis ojos. Debería haber dormido más.

Pari se reclina en su silla. Mi corazón se detiene un segundo. Por un momento, creo que ya terminó, pero solo se está estirando.

Mis latidos suenan en mis oídos. Es un sonido ligero, pero punzante, como la pieza de Mozart que estamos tocando con la orquesta. A mi alrededor, todos garabatean en sus hojas. Pari vuelve a estirarse. En el asiento que está a su lado, su novio Isaac estruja la bola antiestrés que siempre tiene durante las evaluaciones. Amir bosteza y rasca su oscura barba incipiente.

Puedo hacer esto. Tengo que hacerlo.

Hago sonar mis nudillos. Hago sonar mi cuello.

Luego, vuelvo a llevar el lápiz a la hoja y tomo ritmo. Gano confianza con cada respuesta. Eran nervios de inicio de semestre, nada más. Puedo hacer esto. Siempre pude.

Termino con tiempo de sobra, luego me reclino y exhalo. Mi mano derecha tiembla ligeramente. Vuelvo a respirar. Relájate. Falta menos de un año. Casi llegas.

–Se terminó el tiempo –grita el señor Eller. Estiro la mano para pasar mi hoja hacia adelante, pero el profesor enciende un proyector antiguo–. Intercambien el examen con la persona a su lado.

Hay dos chicas a mi derecha que ya están corrigiendo los problemas lo que significa que quedé con Amir. Por supuesto.

–¿Ariel? –mi nombre es suave en sus labios. Lo pronuncia correctamente, no como el de La Sirenita.

Mi pie sube y baja mientras intercambiamos las hojas de papel. Miro su examen, usa pluma en matemáticas. Esa confianza me irrita.

El señor Eller desliza la diapositiva en el proyector, pero las respuestas no lucen familiares. ¿Se equivocó de diapositiva?

Un momento, no. Clavo la mirada en los números de Amir. Cada respuesta coincide con su impecable caligrafía. Sus respuestas son correctas. Pero no reconozco la mayoría de los números. Mi pluma se desliza en mi mano húmeda. Si sus repuestas están bien y las mías no son iguales a las de él…

Amir me mira con una expresión indescifrable. Ah.

–Vuelvan a intercambiar las evaluaciones cuando hayan terminado –indica el señor Eller–. Repasaremos las preguntas que tengan para que estén preparados para el examen de la semana que viene.

Sin mirarlo, empujo la hoja de Amir en su dirección, luego mantengo mi mano extendida esperando la mía. Cuando me la devuelve, no puedo evitar mirar el resultado. Solo cinco de diez respuestas correctas. Esa cuenta la puedo hacer. Cincuenta por ciento.

Reprobé.

Estoy desaprobando Cálculo.

El café de Dunkin' Donuts se revuelve como ácido en mi estómago.

Puedo sentir que Amir me está mirando, pero si le devuelvo la mirada, esta calificación se vuelve real. Y no puede ser real porque no puedo reprobar Cálculo. Ni siquiera puedo recibir una C porque ya no seré el mejor promedio. Y lo que es peor, si Harvard no acepta mi solicitud de admisión anticipada y decide sobre mi postulación en la admisión general, verán el desaprobado en mi expediente académico. Verán una mala calificación, mi promedio caerá y me rechazarán.

Suena la campana. Todos se ponen de pie y guardan sus cosas.

–¿Cómo te fue? –pregunta Pari girando hacia mí.

Trago fuerte. Si se entera que desaprobé, sabrá que tiene otra oportunidad de ser el mejor promedio. Tomará impulso, robará mi lugar. Tengo que ser discreto.

–Sí, ¿cómo les fue? –pregunta Isaac. Viste su camiseta de fútbol americano para el juego de esta noche. Su tez blanca está bronceada por el entrenamiento de verano. Amir se reclina en su asiento, se entretiene con su teléfono, pero sé que está escuchando.

–Me fue bien –miento–. Solo me confundí en uno. No estaba prestando mucha atención. ¿Ustedes?

–Bien –Isaac encoge los hombros–. Me confundí en dos, pero supongo que estoy conforme.

–Cien por ciento –dice Pari.

–Por supuesto –Isaac pone los ojos en blanco–. Pari la perfecta.

–Cállate –lo golpea suavemente en el hombro e Isaac le guiña un ojo antes de voltearse hacia mí.

–¿Vienes, Ariel?

–Adelántense –respondo.

Ambos se marchan y quedamos Amir y yo.

Amir junta sus cosas y avanza por el pasillo. Me apresuro detrás de él, mantengo su paso y dejo solo unos pocos metros de distancia. Espero a que salga de la habitación antes de entregar mi examen. Luego, me

marcho a paso ligero en caso de que el señor Eller vea mi calificación y me pida que me quede después de clase.

En el pasillo, con el corazón palpitando miro a la izquierda y a la derecha antes de ver un destello de su tez café castaño. Amir dobla por la esquina y lo persigo. Tengo que pedirle que no diga nada, pero no tiene sentido hacerlo en público. Cuando estoy a tan solo unos pasos detrás de él, llamo su nombre en una mezcla de grito y suspiro:

–¡Amir!

Se voltea y señalo a una habitación vacía.

–Aquí –digo. Él levanta una ceja y las palabras "por favor" se escapan de mi boca.

Nadie parece notar que entramos en el aula. Cierro la puerta detrás de nosotros. Por un momento, su aroma me abruma. Menta y albahaca. Inhalo brevemente con el pulso acelerado.

–¿Ariel? –indaga–. ¿Por qué estamos en un aula vacía?

–Esa es una muy buena pregunta.

Agradezco que las luces apagadas y las cortinas cerradas no me permitan ver su expresión. No sé qué dolería más: una mirada de molestia o una de diversión. No que me importe lo que piense de mí.

–¿Ariel?

–Reprobé –suelto.

–Lo sé –se mueve en su lugar–. ¿Eso es todo?

–Por favor no le digas a nadie.

–¿Por qué lo contaría?

–No lo sé –jalo de mis bolsillos–. Entonces, ¿no lo harás? ¿No dirás nada?

–No –suena la campana de advertencia–. Ahora me marcharé… ¿Está bien?

–Seh –aclaro mi garganta–. Está bien. Quiero decir, seguro. Gracias.

¿Desde cuándo se me traba la lengua por alguien? Supongo que desde que repruebo exámenes. Doy un paso al costado, Amir avanza y abre la puerta.

Luego desaparece.

Cierro la puerta otra vez solo para poder golpear mi cabeza contra ella.

DOS

–Ariel, ¿teníamos una cita?

La señorita Hayes, mi consejera escolar, alza la mirada desde su escritorio. Estoy parado en la puerta de su oficina, mi mochila cuelga sobre uno de mis hombros. Está bastante ocupada porque recién inicia el semestre, pero no tengo el lujo de programar una cita durante la hora del almuerzo porque no tengo hora de almuerzo; necesitaba tiempo para una clase AP extra. Con un poco de suerte, la señorita Hayes pueda tomarse un minuto para ayudarme antes de que empiece mi próxima clase.

–Mmm, no –respondo–. ¿Tiene unos minutos?

Su escritorio es un desorden de papeles. Y no hay una, ni dos, sino tres tazas de café delante de ella.

–Tiempo, tiempo… –murmura, cliquea su ratón y escanea la pantalla de su computadora–. Tengo exactamente cinco minutos hasta mi próxima cita. ¿Qué sucede?

Genial. Cinco minutos. Tiempo suficiente para discutir mi futuro académico ampliamente. Me cae bien la señorita Hayes, pero siempre tiene como trescientos alumnos asignados así que he intentado robar minutos de su tiempo libre desde primer año.

–Eh –me paro cerca de la silla en frente de su escritorio, mis manos se aferran al respaldo mientras la presión se acumula detrás de mis ojos.

¿Por qué me siento como si estuviera en problemas?

La señorita Hayes toma su teléfono y comienza a tipear. Demonios. Estoy perdiendo su atención. Tengo que hablar ahora.

–Reprobé un examen de matemáticas esta mañana –la señorita Hayes luce sorprendida y se me retuerce el estómago.

–Lamento oír eso. ¿Qué sucedió? –señala con la cabeza las sillas en frente de ella–. Adelante, siéntate.

Una de las sillas está cubierta con una torre de carpetas y panfletos, la otra tiene una caja archivadora. Apoyo la caja en el suelo y me siento.

–Estudié –digo, me mira detenidamente en silencio–. Quiero decir, supongo que podría haber estudiado más. Y mi papá no me dejó concentrarme esta mañana, pero pensé que había aprendido el contenido. Quiero decir, estará bien, ¿no? Solo es una calificación.

–Bueno, solo es un examen –replica la señorita Hayes–. No podemos volvernos locos por cada pequeña calificación.

Exhalo y me relajo un poco.

–Pero –continúa–, asumiendo que todavía quieres tener el mejor promedio, sí significa más para ti que para otros. Y cuando un estudiante toma casi todas clases AP, las universidades quieren asegurarse de que no se sobreexija. Así que definitivamente queremos volver a encaminarte –me sonríe. Una sonrisa. En un momento como este–. ¿Quién enseña Cálculo AB?

–Calculo BC, el señor Eller.

–Cierto, por supuesto. Déjame ver si puedo encontrar su programa –abre una barra de granola y le da un mordisco. Luego, masticando mientras cliquea en su computadora, dice–. Ahora sí. Está bien, los exámenes tienen un valor importante. Veinticinco por ciento de la calificación final. Déjame revisar… –cliquea un par de veces más–. Parece que tienes cinco evaluaciones este semestre, cada una representa un cinco por ciento, así que como puedes ver… ¿Qué porcentaje obtuviste?

–Cincuenta por ciento –mascullo.

Su silencio es un castigo. Calcula algo en su teléfono.

–Cincuenta por ciento en el cinco por ciento de tu calificación significa que perdiste un 2,5 por ciento. Nada catastrófico.

–¿No? –trago saliva.

–Para nada. Todavía tienes un 97,5 por ciento. Aunque esta calificación afecta tu margen de error de ahora en adelante, lo que podría ser desafiante a medida que aumente la dificultad de la clase –apoya su teléfono y me mira–. Las matemáticas son una batalla cuesta arriba.

–Entonces –juego con la tela del asiento–, ¿qué hago?

–Mi próxima cita está demorada –la señorita Hayes le echa un vistazo a su reloj–. Buenas noticias para ti. Dame un segundo, haremos un plan.

No estaría tan cerca de la meta final sin la señorita Hayes. Durante los últimos años, a pesar de nuestro tiempo truncado, me guio por un buen camino. Me anotó en las clases que necesitaba. Me explicó cómo inscribirme de oyente en clases como Orquesta para que no disminuyan mi promedio y cómo saltear la hora del almuerzo. Me inscribió en asignaturas durante el período cero; que se dictan antes del horario tradicional de clases. Y me recomendó hacer Gimnasia en línea para poder cursar créditos extra como Latín AP e Historia Europea AP que sí influyen en el promedio.

Pero se supone que ya había terminado con todo eso. Ya hice todos los planes y todas las maniobras. La única tarea pendiente es sencilla: obtener solamente A.

Y ya arruiné eso.

–Bien –la señorita Hayes se frota las manos–. En primer lugar, ¿ya hablaste con el señor Eller?

–Todavía no.

–Bueno, estoy segura de que ya sabes qué decir. Pregúntale si puedes corregir los errores a cambio de crédito parcial y si puedes hacer algún trabajo para obtener crédito extra. Unos pocos puntos compensarían la calificación.

–Correcto –respondo reclinándome. Un plan. Algo de la tensión abandona mis músculos–. Debería haber pensado en ello. Gracias.

–Segundo, recuerda que esto no es una excusa para concentrar toda tu atención en matemáticas y descuidar tus otras clases. No queremos que esto ocasione un efecto domino.

–Ajá –asiento y comienzo a tipear notas en mi teléfono. Está bien. Puedo recuperarme de esto.

–Tercero, parece que hay otro examen el viernes y como estudiar por tu cuenta no está funcionando, deberías conseguir un tutor.

Pauso y levanto la vista.

–Mmm… ¿Qué?

–¿Qué les pasa a los chicos de esta escuela? –suspira–. A veces, hasta las personas más inteligentes necesitan un tutor. Eso te incluye a ti.

Me muevo en mi asiento. Si estudio con un tutor de la escuela, la gente sabrá que estoy en problemas. Pari ya bajó la guardia. Si todo se mantiene así, tal vez pueda asegurarme el mejor promedio con una B

en Cálculo.

–Ariel, ¿qué pasa?

–Nada –respondo.

–Mira, hay muchas opciones. Si prefieres, puedes conseguir un tutor afuera de la escuela.

Alguien golpea la puerta y aparece una niña pequeña con cabello rubio.

–Iré a buscarte a la sala de espera en un minuto, Becca –dice la señorita Hayes, la niña asiente con la cabeza y se marcha–. Esa es mi próxima cita. ¿Estás bien por ahora? Ya sabes los pasos a seguir: hablar con el señor Eller, no descuidar tus otras clases y conseguir un tutor. Todo eso es realizable, ¿no?

–Sip, todo realizable –digo con la garganta tensa.

–Excelente –la señorita Hayes sonríe–. Enorgulléceme.

Una cacofonía familiar entra en erupción a mi alrededor cuando abro

las puertas dobles del salón de la orquesta. Sillas en movimiento y atriles que chillan contra el suelo. Se cierran casilleros, suenan los metrónomos y arcos silban sobre cuerdas. Y sobre todo eso, escucho gritos y risas mientras la gente charla sobre sus planes para el fin de semana.

Marco la combinación de mi casillero y saco la funda de mi violín. Lo llevo a casa todos los días para poder practicar; ayer descansó en la puerta de entrada porque estuve demasiado ocupado con otras cosas. Las lecturas para Literatura Inglesa están tornándose ridículas. Resulta que leer en idioma extranjero toma mucho tiempo.

Tendré que ponerme al día con la práctica este fin de semana. Orquesta debería ser mi clase más sencilla. Estoy cursando de oyente así que ni siquiera tengo calificación. Pero ser primer violín significa que todos los oídos se concentran en mí; no hay margen de error.

Desbloqueo mi teléfono y reviso mi correo electrónico. Una notificación de una universidad de respaldo y una de Harvard. Mi corazón se detiene. Abro el correo y lo reviso. Recuerda programar la entrevista con un exalumno antes de…

Ya programé mi entrevista. Dentro de un mes me reuniré con Hannah Shultz, CEO de AquaShroom, una empresa de hidroponía de hongos con una ferviente base de usuarios. No puedo evitar preguntarme si la mayoría de sus clientes cultivan hongos que Hannah no puede publicitar en su sitio web. Ya preparé fichas con información sobre Hannah, su empresa, la historia de Harvard y sobre mi propia biografía porque nunca puedes conocerte lo suficientemente bien para una entrevista con una universidad de la Ivy League.

Guardo el correo de todos modos. Puedo volver a confirmar con Hannah, no está de más ser precavido.

Pari está en nuestros asientos. ¿Hay alguna posibilidad de que se haya enterado de mi calificación? No, estoy siendo paranoico. Es Pari, mi amiga. No es una estudiante espía. Está practicando unas escalas de calentamiento con diligencia. Tiene clase de tenis justo después de la escuela así que ya está vestida con su falda y su musculosa deportiva.

Yo solía apresurarme para llegar a fútbol después de la última campana, pero tuve que dejar el equipo el año pasado. El entrenamiento me quitaba mucho tiempo y estar en el equipo de la secundaria no era un logro suficientemente impresionante para mis solicitudes de ingreso a la universidad.

Ahora corro por mi cuenta. Lo disfruto y, de vez en cuando, me anoto en una carrera de diez kilómetros para aparentar ser un estudiante completo.

–Ey –me deslizo en mi asiento.

–¡Ey! –responde Pari–. ¿Ansioso por el fin de semana? ¿Harás algo divertido?

–Creo que será tranquilo –respondo–. Mi hermana tiene un partido de fútbol. Tengo que ir a alentarla.

–Qué lindo –Pari sonríe–. Me das ganas de tener un hermano mayor.

–¿Tú? –pregunto–. ¿Qué planes tienes?

Comienzo a afinar mi violín, desplazo el arco sobre las cuerdas y ajusto los tornillos de metal. Me gusta esta parte de la clase. La mezcla de notas, manos entrando en calor, el violín cómodo en mi agarre.

–Isaac y yo iremos a Nashville mañana temprano. Iremos a un museo, a un concierto y, por supuesto, comeremos una deliciosa barbacoa. No le digas a mi madre.

–No me atrevería –me río.

Pari es musulmana y nuestras madres harían un escándalo si supieran que cada tanto nos damos el gusto de algún alimento de cerdo. Nuestras familias no siguen una dieta estricta kosher o halal, pero el cerdo es un no definitivo para ellos.

–¿Por qué Nashville? –indago.

–Isaac se está postulando a Vanderbilt, así que pensamos en organizar un viaje. Me dije a mí misma que este de año iba a divertirme. Concepto extraño, ¿no es cierto? –demasiado cierto–. No puedo creer que nuestros padres accedieron. Quiero decir, nos quedaremos con la tía de Isaac, pero igual. Supongo que se están preparando para quitarnos las rueditas de entrenamiento, ¿sabes?

–Sí –respondo.

Me alivia escuchar que estará ocupada este fin de semana. Tal vez se está relajando de verdad con la escuela.

Las puertas dobles principales se abren, la doctora Whitmore entra dando zancadas y todos nos enderezamos en nuestros asientos. Luce como una directora de orquesta. Pantalones de vestir negros, camisa blanca. Su cabello está peinado en un rodete elegante. Se aclara la garganta y se coloca detrás del podio. Un tenso silencio cae sobre la habitación.

Estoy bastante seguro de que nos odia y el sentimiento es mutuo. No le importa nada más que asegurarse de que obtengamos el primer puesto en la competencia estatal cada año y la dejan ejercer sus duros métodos porque a la escuela le encanta el prestigio de esos premios.

La semana pasada, un chelista olvidó su partitura. La doctora Whitmore lo regañó durante cinco minutos, irónicamente, retándolo por desperdiciar el tiempo de los demás. No paró hasta hacerlo llorar. Por eso, la mayoría tiene varias copias de su partitura; algunas en nuestros casilleros y autos.

Pero estar preparado no es suficiente. Tenemos que ser perfectos. No le importa si las ampollas en nuestros dedos estallan y sangran; si no está contenta con un movimiento, una métrica o hasta con una nota, nos hará seguir, incluso después de hora, con dos palabras que nos aterrorizan: otra vez.

Muchos estudiantes renuncian. Abandonan en primer año. Ceden ante un padre preocupado en segundo año. Dicen “al diablo, esto no vale la pena” en tercer año. Pero muchos otros se quedan. Porque la verdad es que nosotros también queremos el prestigio. Ser los primeros del estado luce demasiado bien en una solicitud de ingreso a la universidad. Somos masoquistas y la doctora Whitmore lo sabe.

Pari saca la partitura de Mozart, el barniz naranja de sus uñas se descascaró un poco. Pero luego la doctora Whitmore dice:

–He preparado algo nuevo para nosotros.

Recibe silencio como respuesta. Generalmente, nos dan las partituras durante el verano. Las piezas son tan complicadas que necesitamos bastante tiempo para practicar antes de la competencia en otoño.

–He decidido que la pieza de Mozart, si bien es encantadora, no es lo suficientemente difícil para exhibir nuestro talento de verdad, así que aprenderemos Scheherazade de Rimsky-Korsakov. Requiere una orquesta completa así que algunos miembros de la banda se unirán a nuestros ensayos durante el semestre. Violines, son los primeros. Hagan una fila en mi oficina para recibir sus partituras.

Presiono la raíz de mi nariz con dos dedos. ¿Cuándo demonios se supone que ensaye una nueva pieza? Dios, espero que no incluya un solo complicado.

Me paro y sigo a mis compañeros a la oficina de la doctora Whitmore. Masoquistas.

–¿Puedes creer que esté cambiando la partitura? –me susurra Pari–. Nadie tiene tiempo para esto. ¿Por qué todos los profesores piensan que su clase es la más importante? Juro que dejaría la orquesta si no amara tanto tocar el violín. Aunque está logrando cambiar eso.

Sí, debería abandonar la orquesta. Entonces no tendría que

preocuparme por tener una mejor violinista a mi lado.

–Sí, es duro –digo.

Doy un paso hacia el escritorio. La doctora Whitmore me mira. Extiende la partitura justo a centímetros de mi mano.

–Ariel, hay un solo bastante complejo –maldición–. Sé que eres capaz de enfrentar el desafío. Y si no lo eres, bueno…

Deja la oración sin terminar y luego me da la partitura.

–Repasa el solo ahora. Tercer movimiento –dice–. Pasaremos el resto de la clase practicando toda la pieza.

Camino de vuelta a mi asiento en un trance mirando fijo las páginas. Las notas nadan delante de mis ojos, pero cuando llego al solo, las veo con una claridad abrumadora. Esto es de otro nivel. ¿No sabe que somos una orquesta de secundario y no la Sinfónica de Atlanta?

Pari me echa un vistazo mientras se sienta.

–¿Escuchaste que nos hará practicar toda la pieza hoy? –pregunto.

–Sí –suspira–. Esto será un infierno. Y no estoy celosa de ese solo. Buena suerte, amigo.

Fuerzo una sonrisa y luego vuelo a estudiar las notas. Diez minutos después, todos se acomodan en sus asientos. Lápices rasgan las páginas, dedos suben y bajan por los instrumentos. Estoy intentando comprender el retorcido inicio del solo, pero los primeros compases se niegan a tener sentido.

La doctora Whitmore se para detrás del podio.

–No soy un monstruo –dice y cientos de ojos se ponen en blanco–. Pero hoy practicaremos la pieza de principio a fin. Es una maravillosa oportunidad para practicar lectura a primera vista. Esa porción de la competencia nos costó el año pasado y sé que podemos hacerlo mejor. No espero que sea perfecto –esboza una sonrisa asquerosamente dulce que dice lo contrario–. Y lo haremos es un tempo lento. Si nos perdemos, nos detendremos y empezaremos otra vez. ¿Todos de acuerdo?

Como si pudiéramos negarnos.

Alza la batuta. Posicionamos nuestros instrumentos. Cae la batuta. La habitación estalla en sonido. Entusiasta pero desprolijo. Notas altas y ligeras. Melodías rítmicas con fines abruptos. La pieza es hermosa incluso con nuestra torpeza. Mis dedos trepan por mi violín. Por lo menos somos un desastre juntos. La doctora Whitmore sube y baja la batuta con fuerza como si pudiera hacernos tocar mejor si corta el aire con suficiente fuerza. Estoy contando el tiempo que tengo hasta que comience mi solo. Unas pocas páginas. Luego, líneas. Mis dedos sudan, casi se resbalan sobre las cuerdas de metal. Faltan algunos compases. Diez. Cinco. Mi arco se patina, pero mi pulgar lo reposiciona a tiempo para evitar que se caiga.

Dos compases.

Mi corazón palpita.

La habitación se calla y…

Mi primera nota es desafinada. Mis ojos se desenfocan mientras intento concentrarme en la página. Los ojos de la doctora Whitmore me perforan. Se supone que debo devolverle la mirada mientras toco, reconocerla a ella y a su batuta, pero no hay chance de que haga eso con música tan nueva. Mis dedos se atropellan como si fuera el peor violinista de la orquesta. Las notas chillan una por una, fuera de tempo y desafinadas. Es lo único que puedo hacer para tocar y respirar.

Termino con una nota fuera de tono y toda la orquesta levanta sus instrumentos para volver a tocar. Logro reunir valor para mirar a la doctora Whitmore a los ojos.

Desprecio.

Se supone que el movimiento debe continuar, pero deja caer la batuta. Bajamos nuestros instrumentos.

Silencio.

La doctora Whitmore me mira fijo. Necesito todas mis fuerzas para no salir corriendo de la habitación.

–Bueno, eso no será suficiente –dice con voz dura–. Ariel, otra vez.

Trago fuerte, con la garganta tensa y los ojos ardientes. Recién nos dio las partituras. ¿Qué espera?

Alza la batuta. Posicionamos nuestros instrumentos. Vuelvo a tocar.

–¡Chicos, a cenar! ¡Lávense las manos! –grita papá desde la planta baja.

Despego mi rostro de la almohada y parpadeo. Debo haberme quedado dormido cuando llegué de la escuela.

–¿Ariel? ¿Estás bien?

Aclaro mi garganta y me siento, estoy un poco mareado. Mi hermana, Rachel, está parada en la puerta de mi habitación. Está en quinto año de primario, pero se salteó el kínder. Sus maestras querían que salteara tres años, pero mis papás dijeron que de ninguna manera. Su cabello oscuro y rizado como el nuestro cae por debajo de sus hombros y tiene su vestido tie-dye favorito.

–Sí, estoy bien –froto mi rostro–. Fue una semana larga. Estaba descansando los ojos.

–Mmm, sí, definitivamente estabas roncando. ¿Podemos jugar Scrabble después de cenar?

–Seguro –sonrío, pero tengo un nudo en el estómago. La doctora Whitmore dijo que necesitaba perfeccionar el solo de Scheherazade en dos semanas o si no…

Literalmente dijo “o si no…”.

Me lavo las manos en el baño, luego reviso las notas en mi teléfono, escaneo todo el trabajo que tengo que hacer este fin de semana. La lista sin fin incluye Literatura Inglesa, tarea para Física AP y por supuesto, Cálculo. Tengo que obtener una A en la próxima evaluación así que necesito estudiar en cada minuto libre. El solo de violín tendrá que esperar hasta la próxima semana, a pesar de la amenaza de la doctora Whitmore.

–¡Chicos! –grita papá.

–¡Ya bajo! –respondo.

Hay una estricta política de nada de teléfonos en la cena de Shabat así que dejo el mío en la cama y bajo las escaleras detrás de Rachel. Mamá y papá están la cocina, terminando la cena. Mamá saca un jalá dorado del horno, el delicioso aroma de pan recién horneado inunda la cocina. Papá prepara una ensalada y añade una decoración de almendras trituradas. Un pollo asado descansa sobre la mesada.

–Huele increíble. ¿Necesitan ayuda con algo? –ofrezco.

–¿Quieres tomar los aderezos? –pregunta papá.

–Seguro –camino hasta el refrigerador y tomo los favoritos de todos.

–¿No hay sopa?

–Lo lamento, mamaleh, no tuve tiempo –replica mamá. Algunos viernes a la noche comemos sopa de bolas de matzá porque mis papás son superhumanos; trabajan duro toda la semana y de todos modos nos proveen comidas caseras.

Mamá viste su falda lápiz del trabajo, pero tiene una camiseta gastada de AC/DC. Se dirige a la mesa con la copa kidush y una botella de Manischewitz, un vino dulce kosher que básicamente sabe a jugo de uva.

Luego toma dos kipás de encaje y le pasa uno a Rachel. Caminan hacia el fregadero, donde dejamos las velas de Shabat; sobre la ventana para que el mundo pueda verlas desde afuera. Encienden las velas y agitan las manos en círculos delante de sus ojos tres veces antes de rezar: Baruj ata Adonai Eloheinu Melej haolam, Asher kideshanu bemitzvotav, Vetzivanu lehadlik ner shel Shabbat.

–Amén –decimos papá y yo.

Todos nos sentamos y papá bendice el vino. Pasamos la copa, todos

bebemos un poco, incluso Rachel. Muchos chicos judíos tienen permitido beber un sorbo de vino en Shabat desde la infancia. Y en nuestra familia, cuando cumplimos quince años, nos permiten beber de verdad en Pésaj, lo que significa cuatro copas de vino durante un Séder de cuatro horas. Solo logré beber dos copas y media antes de caerme de la silla riéndome, dándome por vencido.

–Ariel, ¿quieres encargarte del jalá? –pregunta mamá.

–Seguro –coloco mi mano sobre el pan trenzado y guío nuestra oración final. Siempre es confortable decir las palabras familiares en hebreo. Me aliviana de una manera que es difícil de explicar.

Después de la oración, arranco un trozo gigante de pan y lo parto en trocitos, luego lo reparto sobre la mesa para que todos tengan un poco.

–Entonces –dice mamá, pasándome el recipiente de la ensalada–. ¿Cómo fue su semana? Momento gracioso y momento destacado.

Todos estamos tan ocupados durante la semana –mamá persigue una historia, papá investiga casos, Rachel tiene muchas actividades extracurriculares– que el Shabat suele ser la primera vez que podemos sentarnos juntos. Así que a mamá le gusta ponerse al día con las mejores partes y los momentos más cómicos de nuestra semana.

Rachel lanza un tomate cherry en el aire y lo atrapa con la boca, luego nos sonríe ampliamente.

–¡Bueno! –dice porque siempre quiere contar primera y a ninguno de nosotros nos molesta–. Elegí mi pirata para la semana de alta mar y adivinen a quién voy a representar. ¡Adivinen! ¡Adivinen! Bueno, se los diré. ¡Seré Ching Shih!

Todos intercambiamos miradas sorprendidas.

–¿Quién? –pregunto.

–Ching Shih –repite Rachel exasperada–. ¡La pirata más temida de todos los tiempos! Fue una prostituta en el 1800, luego se casó con un famoso pirata y cuando él se murió, ella ocupó su lugar, se tornó superescalofriante y tomó el mando.

–Pirata prostituta –dice mamá–. Suena apropiado.

–Es genial. Ya verán. Haremos toda una semana de actividades y haré una presentación de dos horas.

–¿Dos horas? –pregunta mamá.

–¡Con juegos y otras cosas! Como una búsqueda del tesoro. Será genial. Nuestra profesora dijo que es la mejor parte cada año.

–Me alegra que estés emocionada –dice papá, evitando un pepino–. ¿Y tu momento gracioso?

–Mmm…. –Rachel mueve las piernas y mira fijo el cielo como si pudiera encontrar la respuesta allí–. Puede que haya dejado abierta la jaula del conejo de la clase y puede que haya terminado en el patio del colegio intentando excavar debajo de la cerca.

–Rachel, ¿en serio? –indaga papá.

–Sí, y puede que tengas que firmar una nota de mi maestra diciendo que hablamos de responsabilidad.

Mamá suspira, luego sonríe y besa a Rachel en la frente.

–Siempre una aventura contigo. Saúl, ¿quieres ser el próximo?

Papá nos cuenta sobre un triunfo en un caso de discriminación por

edad y que derramó café sobre unos papeles importantes. Luego, mamá nos cuenta sobre cómo logró conseguir una entrevista con el nuevo alcalde y que recibió una multa por aparcar en el lado equivocado de la calle.

–Juro que lo cambian cada semana –se queja mamá–. ¿Quién puede mantenerse al día?

–Tal vez deberías tener una clase de responsabilidad –dice Rachel con una sonrisita.

Mamá le echa un vistazo a Rachel y todos nos reímos.

–Okey, Ariel –pide mamá–. Momento gracioso y destacado.

Vacilo.

–Casi salgo de casa sin camiseta esta mañana –cuento–. Papá me salvó.

Rachel se ríe y papá también, pero mamá luce preocupada.

–Tal vez necesitas desacelerar un poco a la mañana –dice.

–Estoy bien, mamá. En serio.

–Podrías ir a dormir más temprano. O correr algunos kilómetros menos a la mañana.

–Pensé que era divertido –me muevo en mi silla–. Se suponía que te reirías. Fue divertido, ¿verdad, papá?

Los ojos de papá saltan entre mamá y yo.

–Soy un hombre inteligente. No me meteré en el medio de esto.

–Honestamente, Saúl –mamá pone los ojos en blanco–. Eres tan débil.

–Es verdad, Miriam –concuerda–. Bueno, Ariel, ¿momento destacado?

Guau. Tengo tantos de donde elegir. Puedo hablar de mi examen fallido de Cálculo o sobre el solo de orquesta que arruiné. Despedazo mi jalá en pequeños trozos. Mi familia no tiene fallas reales. Tienen equivocaciones, errores graciosos. Yo soy el único que está arruinando cosas importantes.

–¿Ariel?

–Eh –trago fuerte–. Esta mañana corrí un minuto más rápido que mi promedio.

–Bien –papá choca los cinco conmigo en el aire.

–Estoy orgullosa de ti, jovencito –dice mamá.

–Gracias.

Vuelvo a romper mi jalá una y otra vez hasta transformarlo en migas.

TRES

–Baruj Adonay hamevoraj –nos guía la rabina Solomon.

–Baruj Adonay hamevoraj le'olam va'ed –replica la congregación.

Balbuceo la respuesta a la oración mientras leo Crimen y Castigo en mi Kindle, que está escondida dentro de mi libro de oraciones en un ángulo no visible para mis padres. Necesito dedicarle a Cálculo todo el tiempo posible sin descuidar mis otras clases, así que estoy poniéndome creativo.

Mamá y papá se sentaron a mi izquierda. Están a juego, ambos visten un talit clásico con líneas de un azul oscuro y los mismos lentes de lectura que compraron en un pack en el supermercado. Rachel está a mi derecha, presta atención y lee cada oración. Ahora tiene clases en la sinagoga tres veces por semana y faltan solo algunos años para su bat mitzvá. En un abrir y cerrar de ojos, estará en la secundaria y se sentará en la oficina de la señorita Hayes

Mamá nota mi Kindle, me da un codazo suave y me lanza la mirada.

–Presta atención, Ariel.

No somos los judíos más religiosos en el kibutz, pero sí vamos a la sinagoga todos los sábados. Mis padres son reconocidos en la comunidad. Todos los conocen y los aman. A veces, disfruto el servicio, pero cuando estoy atrasado con la tarea, cada minuto parece durar una hora.

Después de leer la Torá, la rabina Solomon se posiciona en el bema y guía el servicio. Hay 613 mitzvot, o preceptos, en la Torá, y 74 de esas buenas acciones se leerán esta semana. Es una parashá sobre conflictos éticos; sobre tomar decisiones correctas incluso en los momentos más difíciles.

La rabina Solomon captura mi atención lo suficiente como para que no tome mi teléfono ni mi Kindle por veinte minutos. Pero, con el tiempo, pasamos a una oración en hebrero y, a pesar de las ramificaciones éticas de estar leyendo durante el servicio, vuelvo a Crimen y castigo.

Después del templo, nos reunimos en el salón para el kidush. Los congregantes rodean a mamá, comen bagels y salmón ahumado mientras socializan. Mamá tiene la habilidad de hacer contacto visual con todos a la vez. Papá dice que es la reina de cada baile, incluso de aquellos a los que no asiste. Por eso es una gran periodista. Es una escritora talentosa, pero también logra una conexión con todos. Y si eres amigo de alguien, te contarán sus historias primero a ti.

Papá está en una esquina con un bagel de pasas en la boca, trabajando en su teléfono y no está siendo muy disimulado. Rachel no está a la vista, probablemente está correteando en el parque Tinder Hill Park. El camino de madera llega hasta la parte posterior de la sinagoga y después del servicio, los chicos corren carreras, juegan a las escondidas y a la mancha. Los celos me invaden un segundo.

–Shabat Shalom, Ariel.

Giro y encuentro a Malka Rothberg enfundada en su mejor atuendo; un vestido verde oliva que abraza sus curvas, aunque pasa las rodillas

y cubre sus hombros. Su cabello oscuro ondulado cae sobre su rostro y contrasta con su tez pálida.

Salimos por dos segundos cuando estaba por empezar mi segundo año del secundario y ella su tercer año, pero fue una de esas relaciones que la gente tiene solo para poder decir que estuvieron en una relación. Estamos mucho mejor como amigos. Ahora va a la universidad en Atlanta.

–Shabat Shalom –respondo–. ¿Qué cuentas? ¿La universidad?

–Está bien… –no termina la oración–. Ir y volver por la banda puede ser molesto, pero está bien –Malka toca la guitarra en la banda de Sook, Dizzy Daisies, y conduce hasta nuestro suburbio todo el tiempo para ensayar.

–Bien, bien –asiento con la cabeza y le echo un vistazo a la puerta. Necesito irme pronto. Tengo un turno de voluntario en el refugio animal. Con suerte, podré estudiar un poco allí.

–¿Estás bien? –Malka entrecierra los ojos.

–Sí –me rasco la nuca. Mis dedos encuentran la horquilla que sostiene la kipá en su lugar. La deslizo por mi cabeza y la guardo en mi bolsillo–. Entonces, ¿Sook y yo te perderemos por la glamorosa vida universitaria?

Se ríe un poco incómoda y acomoda un mechón de cabello detrás de su oreja.

–Sip, soy demasiado cool para ustedes niños de diecisiete.

–Amiga, cumpliste dieciocho hace un mes.

–Como sea, amigo –sonríe–. ¡Ey! Deberías venir a algún ensayo. Sook escribió una canción nueva que sonaría increíble con un violín.

–Lo pensaré. No prometo nada.

Sería lindo volver a tocar el violín por diversión, pero no tengo tiempo para eso. Suena mi alarma, mi teléfono vibra en mi bolsillo.

–Tengo que irme al refugio animal, te veré pronto. Cuéntame alguna buena historia de la vida universitaria la próxima vez, ¿sí?

Vuelve a reírse con incomodidad. La abrazo rápidamente y me marcho.

–¡Ezekiel, regresa! –grito mientras persigo al terrier. No até con cuidado su correa antes de bañarlo y ahora está corriendo por la parte trasera del refugio; es una pequeña bola de espuma y furia–. ¡Atrápalo, Rachel!

–¡Yo me ocupo! –corre precipitadamente detrás de él. Olvidó traer prendas para cambiarse, así que tiene puesta una de mis camisetas sobre su vestido para la sinagoga, cae hasta sus rodillas. Ezekiel se detiene en la ventana para ladrarle a una ardilla. Rachel se escabulle detrás de él y lo captura con un abrazo gentil. El perro lucha por un segundo, pero luego cede y le da un beso.

–Buen chico –suelta unas risitas.

–Gracias, hermana heroína –la ayudo a colocar a Ezekiel en el fregadero gigante y luego lo baño mientras él lame mi mano.

–¡Cuando quieras!

He sido voluntario en este refugio animal por dos años. El trabajo voluntario es indispensable para una buena solicitud de ingreso a la universidad y este puesto es sencillo. La directora, Marnie, tiene una lista rebosante de voluntarios: activistas de derechos animales, estudiantes universitarios y gente retirada. En realidad, no me necesita, así que tengo ropa para cambiarme en el auto y solo vengo una vez por semana después de la sinagoga.

Es difícil ver a los animales en jaulas, pero, por lo menos cuando estoy aquí, puedo dejarlos salir a correr y jugar con ellos. Y ellos disfrutan especialmente cuando traigo a Rachel.

–¡Mira esto! –grita mi hermana.

Entrenó a una perrita que definitivamente tiene genes de poodle y le enseñó a saltar en sus patas traseras a cambio de un premio. La perra es casi tan alta como ella cuando lo hace.

–Genial –digo.

–Gracias –Rachel hace una reverencia–. Ahora podemos decirles a sus futuros padres que está adiestrada.

–Sí –sonrío–, pero ¿está adiestrada?

Rachel encoge los hombros y esboza una sonrisa pícara antes de volver a concentrarse en la perra. Una hora después, terminamos con los baños y los paseos.

–Tengo que estudiar –le digo a Rachel–. ¿Jugarás en el jardín?

–También tengo que estudiar, hermano mayor –Rachel suspira.

–¿Estudiar para qué? –levanto una ceja.

–Geografía –dice–. Tenemos una evaluación de capitales.

–Ah, no puede ser tan malo –digo.

–Capitales de todos los países.

–¿Qué? –nosotros no hicimos eso hasta primer año de secundaria. No podría ayudarla, es el tipo de información que olvidas una semana después de aprenderla.

–Es con modalidad de opción múltiple –explica Rachel, supongo que eso es mejor–. ¿Ezekiel puede estudiar conmigo?

–Seguro.

Rachel saca a Ezekiel de su jaula y vamos al frente del refugio. Me siento en el escritorio y Rachel en el sofá de la entrada, parece una enana en comparación con la mochila que descansa a su lado. Es un sábado tranquilo así que, por el momento, somos los únicos aquí. Ezekiel se acomoda en el suelo cerca de los pies de Rachel. Mi hermana está inclinada sobre una carpeta abierta y estudia mientras saborea una bolsa de Cheetos.

Saco mi cuaderno, mi libro de Cálculo y una bolsa de gomitas ácidas, que mastico mientras copio el primer problema. Mi lápiz talla canales profundos en el papel, como si escribir los números con suficiente fuerza hiciera que las fórmulas se fijaran en mi cerebro. Luego voy al principio del capítulo para estudiar los pasos. Mis hombros se encorvan sobre la página. Una jaqueca de estrés estalla en mi frente. Me lleva demasiado tiempo hacer un ejercicio, pero finalmente lo

termino. Me inunda una ola de alivio. Reviso el final del libro para confirmar que mi respuesta es correcta.

No lo es.

Rayos.

Hace demasiado calor para jugar al fútbol. El sol brilla sobre mí cuando bajo de mi coche. En el parlante de mi teléfono suena The Grateful Dead. Una brisa suave se agita en el aire, pero no compensa el calor húmedo.

Mi familia ya está en el campo de juego. Llegaron temprano para instalar la carpa y preparar la comida porque a los padres de esta zona les gusta tratar al fútbol de primaria como si fuera fútbol americano universitario. Le echo un vistazo a la escena desde la cima de la colina.

El campo de juego está rodeado de los mismos caminos que mi sinagoga, al igual que todo Tinder Hill Park. Me encantaría pasar el día mirando el partido de Rachel y luego caminando por los senderos con Sook, pero traje mi propio auto para poder llegar tarde y retirarme temprano para estudiar. Las últimas horas del fin de semana están acabándose y no estoy para nada listo para el examen del próximo viernes.

Le echo un vistazo a mi teléfono. 11:27. Solo le quedan doce horas al día, quince si me acuesto tarde.

Desciendo por la colina hacia mis padres, quienes están congregados con la familia de Amir. Nos sentamos juntos todos los juegos. Rasha, la hermana mayor de Amir, se ríe con fuerza de alguna broma que seguramente hizo mi papá. Viste una blusa negra y un hiyab lavanda. Sus padres están al lado de ella, disfrutan de la comida con mi mamá, apilan platos con ensalada, pollo tikka frío y fruta cortada.

Amir está por su cuenta, en un lateral, tomando fotos mientras todos hacen el precalentamiento para el partido. Está sobre una rodilla, inclinado en un ángulo extraño con el cuello retorcido. Me pregunto si la pose exagerada es deliberada y le presta más atención a cómo luce él que a cómo luce la fotografía.

La señora Naeem grita mi nombre y me hace gestos para que me acerque. No luce mayor de treinta años, aunque tiene una hija de veinte. A diferencia de Rasha, no usa su hiyab; su cabello cae sobre sus hombros.

–Hola, señora Naeem –digo.

–¡Beta, ven aquí! –me da un abrazo. Luego estrecho la mano del señor Naeem y saludo con la mano a Rasha, quien interrumpe la conversación con mi papá para acercarse a decir hola.

–¿Qué tal la universidad? –le pregunto.

–Lenta. El inicio del semestre es aburrido. Hay demasiadas personas abandonando e inscribiéndose a clases como para poder hacer algo. Una pérdida de tiempo total –Rasha bosteza–. Dios, es temprano.

–Ni siquiera son las once y media –interviene la señora Naeem–. Ya no eres una adolescente… ya no puedes dormir hasta las dos de la tarde.

–Tomo clases a la tarde –replica Rasha.

La señora Naeem chasca la lengua y Rasha pone los ojos en blanco.

Aunque está en la universidad, todavía vive en casa. Se mudó al campus el primer año, pero dijo que extrañaba estar cerca de su familia, especialmente de Sara. Quiere estar allí cuando su hermana pequeña crezca.

–Ariel siempre ha sido madrugador –dice mamá. En realidad, eso no es cierto. Me obligué a ser una persona mañanera. No puedo recordar cuándo fue la última vez que me desperté sin una alarma. Incluso este verano me desperté temprano para estudiar para el examen SAT. Ya había obtenido un 1560, pero quería alcanzar el puntaje perfecto: 1600.

Y lo logré.

–Estoy celosa –responde la señora Naeem.

–No lo estés. Si están dormidos, no pueden rogarte que les hagas el desayuno en fin de semana.

Empujo suavemente el hombro de mamá y sonrío.

–Lamento mucho que tengas que alimentar a tu hijo.

–Tienes diecisiete años –me devuelve el gesto–. Puedes hacerte tu propio desayuno cuando quiero dormir el sábado.

–Pero lo haces tan bien –respondo. De todos modos, siento una pizca de culpa. Mamá trabaja duro toda la semana. No me gusta molestarla con mis penas académicas y tampoco debería molestarla para que me prepare huevos revueltos.

–Ven aquí –dice mamá–. Tienes algo en el rostro.

Pero antes de que pueda escaparme, lame su dedo y frota mi mejilla.

–Mamá.

–Ah, shh, tatala.

El referí hace sonar su silbato y todos giramos hacia el campo de juego. Rachel y Sara juegan de delanteras, centro y derecha. Se levanta un poco de viento, silba entre los árboles y las nubes se mueven y opacan el sol.

Suena mi teléfono.

Sook:

¿Quieres que nos veamos después del partido de Rachel?

Tal vez podría caminar por Tinder Hill una hora. Estoy a punto de responder cuando mis padres gritan:

–¡Vamos, vamos, vamos!

Mi mirada salta hacia el partido. Rachel le pasa el balón a Sara y las dos corren a toda velocidad hacia adelante y evaden la defensa del otro equipo. Me invade la adrenalina. Me siento transportado al campo de juego, como si yo fuera el que tiene la pelota y destruye a los defensores. Cierro mi puño y me inclino hacia adelante.

–Vamos –murmuro–. Vamos.

Sara se apresura hasta la meta, patea y…

–¡GOL! –grito mientras el balón entra limpiamente al arco.

Todos estallan en cánticos y lanzo mi puño al aire.

Pero la adrenalina se desvanece rápido cuando recuerdo que mis días de jugar ya terminaron. Ahora mi lugar es las gradas.

Lo que resta de la primera mitad pasa en un destello. El otro equipo es uno de los mejores de la zona así que, de hecho, son un reto para nuestras chicas y mantienen el partido interesante. En el entretiempo, todos nos dedicamos a la comida. Estoy llenando mi plato de pollo y fruta cuando me habla la señora Naeem.

–¿Y, Ariel? ¿Cómo vienen esas solicitudes de ingreso a la universidad? ¿A cuáles te ibas a postular?

Me rasco la nuca y mis hombros se tensan.

–Harvard –dice papá dándome una palmadita en la espalda–. Es un chico inteligente. Estoy seguro de que lo logrará.

–No lo sé, papá.

–¡Eso es maravilloso, Ariel!

Fuerzo una sonrisa y agradezco, pero me retiro rápidamente de la conversación. Solía hablar sobre postularme a Harvard como si fuera inevitable; el siguiente paso lógico en mi educación. Pero las clases se tornaron más difíciles. Apenas obtengo buenas calificaciones y ahora con ese examen reprobado…

¿Soy material para Harvard? ¿O simplemente me estoy inscribiendo en las clases indicadas? Pari es más inteligente. Yo solo soy mejor manipulando el sistema. Puede que pronto eso no sea suficiente. Y a cuantas más personas les digan mis padres sobre Harvard, más personas se enterarán de que soy un fraude cuando no entre.

Camino por un costado hasta estar a unos metros del campo de juego y finalmente estoy solo. Desbloqueo la pantalla de mi teléfono, abro la aplicación CalcU y miro problemas de práctica. Ya los repasé varias veces. Ayer a la noche, llegué hasta la tercera página de resultados de Google buscando ejercicios.

Presiono la raíz de mi nariz. Demonios.

Solía gustarme la escuela. Ese estallido de satisfacción cuando comprendía temas nuevos. La gratificación competitiva de terminar un examen primero y saber que había hecho todo bien. Pero no hay nada para disfrutar cuando un reprobado te mira directo a los ojos. Tal vez la señorita Hayes tenga razón. Tal vez debería conseguir un tutor.

Estoy a punto de abrir mi audiolibro de Crimen y Castigo cuando escucho a alguien caminar detrás de mí. Menta y albahaca. Inhalo instintivamente. Giro y encuentro a Amir. Tiene una camiseta con el escudo de Ravenclaw. Por supuesto, se identifica con Ravenclaw, la casa más pretenciosa de Hogwarts.

–Hola –digo–. ¿Mis padres necesitan algo?

–Eh, no –luce incómodo. Amir Naeem luce incómodo de verdad–. Lo lamento, vine a… pasar el tiempo.

¿Pasar el tiempo? Nosotros no pasamos el tiempo juntos.

–No importa –sacude la cabeza–. Volveré con los demás.

–Está bien –digo sorprendiéndome a mí mismo–. Podemos quedarnos aquí.

–Bueno –gira sobre sus talones–. Odio la conversación de la universidad.

–Sí, yo también. Por eso me fui.

–Las grandes mentes piensan igual y todo eso –Amir sonríe–. Es incesante. Si vuelvo a escuchar una vez más una sugerencia de que vaya a una universidad de artes liberal…

–¿No quieres? Espera, ¿quieres saltearte la universidad y vivir en Brooklyn?

–Hmm –Amir alza una ceja.

–Eh, lo lamento. Eso sonó prejuicioso, ¿no?

–Un poco –Amir se ríe–. Pero está bien –encoge los hombros–. La universidad no es para todos, pero definitivamente iré. Quiero ser médico y estoy casi seguro de que los doctores tienen que estudiar medicina.

–¿Médico? ¿No fotógrafo?

–Ariel, suenas como mis padres –mi estómago se retuerce cuando dice mi nombre. Una ligera sonrisa aparece en sus labios–. La fotografía es un pasatiempo. También me apasiona la medicina, no puedo andar con un bisturí encima para analizar las aortas de las ranas.

–Bueno, supongo que podrías –digo–. Pero probablemente no terminaría bien.

Me río y Amir también. Sus ojos castaños son cálidos y cuando se encuentran con los míos mi estómago no solo se retuerce, sino que siento una competencia olímpica de saltos.

Desvío la mirada por un instante, mi piel está caliente.

–Entonces, ¿por qué quieres ser médico?

–No lo quiero decir –Amir vacila.

–Vamos, ¿qué?

–Sonará tonto. Cursi –pasa una mano por su cabello oscuro. Los mechones sedosos resplandecen con el sol.

–Ponme a prueba.

–Está bien, bueno –inhala–. Puedo ir a la universidad y aprender a salvar vidas. Puedo tener un título en salvar vidas. ¿No es una locura? La medicina es un milagro y quiero ser parte de él.

Puedo sentir su pasión, su optimismo; irradia de él. Hace años tengo una sola meta en mente: entrar a Harvard. Estuve demasiado concentrado en ser admitido y no en lo que estudiaré allí. Pero para Amir entrar a la universidad no es la meta; solo es un paso hacia algo más importante.

–Creo que es increíble –digo–. Por supuesto, es increíble.

–Gracias –responde y se rasca su barba incipiente–. Ey, ¿puedo mostrarte una fotografía?

–Eh, seguro.

Da un paso hacia adelante y gira, quedamos uno al lado del otro. Tenemos casi la misma altura. Tal vez sea unos centímetros más alto. Sus hombros amplios rozan contra los míos y mis mejillas levantan temperatura mientras me pregunto cómo lucirá sin su camiseta de Ravenclaw.

Aclaro mi garganta y me concentro en su cámara Nikon.

–Creo que esta es una linda toma de las chicas –dice Amir con voz calma, no está afectado por nuestra cercanía.

Sara patea el balón hacia la meta y Rachel corre hacia adelante gritando algo, probablemente “salsa de manzana” porque cree que es gracioso y siempre confunde a la defensa.

–Es una foto increíble. Eres bueno en esto.

–Lo sé –dice con una pequeña sonrisa. No es un alardeo, simplemente confianza. Está seguro de su talento. Conozco ese sentimiento, como cuando estoy compenetrado con mis clases y completo todos los trabajos uno tras otro y sé que estoy obteniendo buenas calificaciones. Es una seguridad, una certeza que extraño–. Puedo hacer una copia para tu familia si quieres.

–Estoy seguro de que a Rachel le encantaría. Pero, hazla pequeña; su ego ya es suficientemente grande.

–Lo tendré presente –Amir sonríe.

–Es lindo de tu parte fotografiar todos los partidos.

–Me gusta hacerlo. Son lindos recuerdos, nuestras hermanas son bastante increíbles.

Muchos de mis amigos piensan que es raro ser tan cercano con sus hermanos. Los ven como personas molestas que comparten su hogar y nada más, pero amo a Rachel y es lindo que Amir lo comprenda.

Mira detrás de mí al campo de juego.

–La segunda mitad empezará pronto, ¿deberíamos regresar?

No me había percatado de cuánto tiempo había pasado. Estoy bastante

seguro de que esta es la conversación más larga que he tenido con Amir. Siempre pensé que no estaba interesado en hablar conmigo, pero tal vez él pensó que yo no estaba interesado en hablar con él. Es agradable estar cerca de él. Supongo que no es tan malo que haya sido él quien calificara mi examen.

El que él aprobó sin problemas.

Un minuto…

Amir está regresando cuando grito:

–Ey, ¿podrías, mmm, hacerme un favor?

–¿Fotos de graduación?

–Eh, no eso no –inhalo brevemente–. Te fue muy bien en ese examen de matemáticas –parece estar esperando una pregunta completa–. ¿Crees que podrías ser mi tutor de Cálculo? –suelto–. Puedo pagarte. Bueno, puedo pagarte después de Hanukkah.

–No quiero tu dinero.

Ay, Dios. Hice el ridículo y sigo sin tutor.

–Ven mañana a la noche a mi casa y estudiaremos juntos.

Oh. Oh.

–¿En serio?

–No hay problema –asiente con la cabeza–. Vayamos a ver a nuestras hermanas patear traseros.

Mientras regresamos con nuestras familias me invade una ola de alivio. Tal vez esto termine bien. Le echo un vistazo a Amir y él me sonríe, sus ojos brillan en la luz.

Tal vez esto termine más que bien.

CUATRO

–Hagan los problemas veintisiete a cuarenta y ocho para la próxima clase –dice el señor Eller mientras suena la campana. Todos se ponen de pie y guardan sus libros. Amir carga su mochila sobre un hombro y me saluda con la cabeza. Le devuelvo una media sonrisa. No estoy seguro de por qué accedió a ayudarme, pero estudiaremos juntos esta noche en su casa y, con suerte, todo saldrá bien.

Tiene que salir bien.

–¿Vienes? –me pregunta Pari. Isaac está parado al lado de ella y envuelve sus hombros con un brazo. Su relación siempre ha sido caótica, más rupturas y reconciliaciones de las que pueda contar, pero este año parecen más sólidos. Todas mis "relaciones" empiezan y terminan durante el verano, coqueteos fugaces antes del inicio de clases. Nunca he tenido tiempo para sentirme cómodo con alguien.

–Mmm, adelántense –retuerzo el lápiz en mis manos–. Tengo que enviar un correo.

–¡Está bien! –Pari sonríe, se inclina sobre Isaac y él la acerca todavía más. Mi corazón se inquieta un poco. Si hubiera querido, podría haber tenido eso con alguien, si lo hubiera priorizado sobre la escuela. Pero buenas calificaciones me harán entrar en una buena universidad. Y una buena universidad me hará conseguir un buen trabajo. Y un buen trabajo me dará una buena vida.

Sí importa. Es ridículo pensar lo contrario.

Tomo mi teléfono mientras el aula se vacía, mi pierna sube y baja. Entro en el sitio de admisiones de Harvard, veo fotos posadas de estudiantes felices y los requisitos de postulación. Debería prepararme más para mi entrevista. No es la parte más importante de la postulación, pero, de todos modos, necesito convencer a Hannah de que Harvard y yo encajamos perfectamente.

Cuando el salón se vacía, tomo mi mochila y camino hasta el escritorio del señor Eller mientras se me acelera el corazón. Está hojeando una carpeta con papeles.

–¿En dónde puse ese…? –dice entre dientes.

Parece que su vida es tan caótica como su método de enseñanza. El señor Eller siempre pasa de un punto a otro, nunca explica un problema paso por paso. Desearía que la profesora del año pasado también enseñara Cálculo BC. No diría que Cálculo AB sea sencillo, pero era más llevadera con ella como profesora. Es sorprendente que a tantos chicos les esté yendo bien en esta clase. Aunque, tal vez solo sea Amir y todos los demás estén fingiendo. Tal vez Pari está feliz y de buen humor porque está jugando el mismo juego que yo.

–Señor Eller –digo–. ¿Tiene un momento?

–Mmm –sus ojos están fuera de foco cuando alza la mirada–. Sí, ¿qué sucede, Ariel?

–Ariel –lo corrijo, enfatizando el sonido de la a, y enunciando la erre como un pirata.

–Está bien –alza la mano izquierda.

Tomo la correa de mi mochila y la envuelvo en mi mano una y otra vez hasta que la tensión torna mi piel blanca.

–Me estaba preguntando –digo y suelto la correa–, si podría darme crédito parcial por corregir mis respuestas.

–No –responde sin vacilar y se inclina hacia adelante–. Si resolviste mal el problema, lo resolviste mal. Estudia más para la próxima.

Mi garganta se tensa y se empieza a acumular presión detrás de mis ojos. Inhalo, pero de manera superficial. Mi calificación y yo no podríamos importarle menos. He pasado más de tres años pidiéndoles a los profesores trabajos y correcciones para créditos extra. A veces dicen que sí y otras dicen que no, pero nunca me trataron con el desinterés del señor Eller.

Si tan solo supiera cuánto necesito esto. Si tan solo supiera que una calificación pone en riesgo más de tres años de trabajo incesante.

Trago fuerte y junto valor.

–¿Y algún trabajo por crédito extra? Podría hacer algunos problemas de práctica o…

–Ariel, no –vuelve a pronunciar mal mi nombre. La presión sigue acumulándose detrás de mis ojos. No llores. Solo es una calificación. Pero el pensamiento solo me hace sentir peor.

–Tienes la calificación que tienes. Simplemente estoy intentando prepararlos para el mundo real. En la vida no hay segundos intentos. Todavía tienes tiempo para mejorar tu calificación. Si necesitas un tutor, te sugiero que revises las hojas de inscripción en la oficina de la consejera.

–Bueno, está bien –logro decir–. Gracias.

–Me alegra ayudar.

Vuelve a inclinarse sobre sus papeles. Me escapo del salón frotándome los ojos antes de que alguna lágrima se pueda escapar.

–¿Quieres un poco? –pregunta Sook.

Saca loción de su bolsa; es una de esas caras que venden en tubos de aluminio. Estamos sentados encima de nuestros escritorios mientras esperamos que suene la campana. Crimen y Castigo está abierto delante de mí, pero no lo estoy leyendo. Ya no me siento tenso, en cambio, estoy drenado, exhausto.

No puedo hacer nada por créditos extra. Estudiar por mi cuenta no funcionó. Si estudiar con Amir no me ayuda, no sé qué haré.

–¿Ariel?

–Sí, gracias –acepto. Sook deja caer una gota en mis manos. Las froto entre sí e inhalo. Lavanda y un dejo sutil de albahaca. Mis mejillas entran en calor.

–No respondiste mi mensaje ayer –dice, cruzando las piernas. Tiene una blusa blanca larga y un par de leggins color piel tan caros que lucen más apropiados para una doma de exhibición que para la escuela.

–¿No lo hice? Rayos, lo siento. ¿Qué era?

–Quería pasar tiempo con mi mejor amigo. Estoy empezando a olvidar cómo luce su rostro.

–Sook, vamos a la escuela todas las mañanas y tenemos dos clases juntos.

–Sí, pero eso no cuenta. Y estás con el teléfono casi el noventa y nueve por ciento del camino. Ven a casa esta noche. ¡Tengo que contarte algo emocionante!

–Podrías contarme ahora.

–Buu, no. Las luces fluorescentes le quitarán la alegría. Podemos ver la nueva película de Marvel y comer muffins de mantequilla de maní.

–Demonios, eso suena bien.

El verano pasado, trabajé más horas en el refugio animal y también ayudé al campamento del Centro Comunitario Judío, pero pasé todo mi tiempo libre con Sook. Íbamos a caminar en los senderos de Tinder Hill Park, escuchábamos música y fumábamos un cigarrillo de marihuana cada tanto. Hicimos una maratón de El Gran Pastelero Británico; durante dos semanas seguidas miramos el programa de televisión e intentamos copiar sus recetas. Y fuimos a conciertos por todo Atlanta: una banda tributo a los Beatles en un pequeño bar, una orquesta en la Sinfónica de Atlanta y una banda punk en un sótano oscuro y deslucido que me hizo desear vacunarme contra el tétanos. Pero desde que empezó el año, apenas la he visto afuera de la escuela.

–Vamos –dice Sook–. Tengo snacks de camarones.

–¿En serio? –inhalo.

–En serio –asiente.

Los snacks de camarones son unas patatas fritas con unas especias

deliciosas que tienen saben como el cielo. Sook las compra junto a otros de sus snacks coreanos preferidos cuando sus padres van a Buford Highway.

–Lo lamento, no puedo. Ya tengo planes.

–¿Planes con quién? –entrecierra los ojos.

–Eh, nada. Con nadie. Un turno extra en el refugio de animales –la mentira sale de mi boca con facilidad y luego siento una pizca de culpa. No le miento a Sook. En general, no miento. Pero si le cuento a mi mejor amiga que estoy reprobando, se preocupará y hará preguntas e intentará ayudarme y colapsará mi fachada de tener todo bajo control.

Estudiaré con Amir, subiré mi calificación y nadie tiene que saber que tuve un tropezón.

Suena la campana.

Nos sentamos en nuestras sillas. Saco mi lápiz número dos marca Ticonderoga de detrás de mi oreja y busco una página en blanco en mi cuaderno espiral.

Probablemente sea el primer promedio menos organizado de la historia, utilizo el mismo cuaderno gigante para todas mis clases hasta que se queda sin hojas y tengo que empezar uno nuevo. Es más sencillo de esa manera, menos cosas que llevar a casa. Todas mis notas de la semana están en un lugar y, cuando llegan los finales, le pido tímidamente a Sook si puedo fotocopiar sus notas porque las mías son un desastre. Es una simbiosis de mejores amigos porque ella siempre se copia de mí la tarea que olvida hacer.

La señora Rainer entra en el salón. Es genial, y Sharon Mo, la mejor promedio del año pasado, jura que su clase es una A sencilla. El cabello blanco de la señora Rainer tiene mechones rosados y sus lentes cuelgan de una cadena alrededor de su cuello.

–Buen día, clase –abre el cierre de su riñonera cubierta de brillos y piedras de fantasía y saca un marcador para pizarra. “Tienes que cuidarlos de cerca” dijo el primer día de clases, “estas cosas siempre parecen terminar en otra aula”.

La esquina superior izquierda de la pizarra dice “Consigna diaria de escritura” en marcador permanente. Cada mañana, hacemos un ejercicio de escritura rápida por cinco minutos. La señora Rainer dice que la creatividad necesita precalentamiento como nuestros músculos.

–Mmm –dice y luego escribe: “Pastel de manzana con helado de vainilla”.

Algunos chicos se ríen y la señora Rainer nos mira con seriedad.

–¿Qué? Tengo hambre, ¿está bien? Bueno, bueno. Cálmense. Cinco minutos. Empiecen.

Hago sonar mi cuello inclinando mi cabeza hacia la izquierda y luego hacia la derecha. La habitación está en silencio salvo por el ligero sonido de lápices y plumas escribiendo. Sin una calificación en juego, las palabras fluyen con facilidad.

Rebecca amasaba la masa del pastel mientras su madre pelaba las manzanas.

–¡Deberíamos ponerle chile en polvo! –dijo Rebecca

–¡Ugh, Rebecca, no!

–¿Y orégano?

–Definitivamente no.

–¿Pimienta?

–¿Quién te enseñó a cocinar?

–¡Tú me enseñaste!

–Por favor, no le digas a la gente eso.

En un abrir y cerrar de ojos la señora Rainer grita:

–¡Tiempo! ¡Bajen los lápices! Bueno, ¿quién quiere leer su historia en voz alta?

Cierro mi cuaderno. Definitivamente no. Mi escritura sin pulir es embarazosa, en especial porque la mitad de las personas en esta clase pueden trazar el inicio de una novela en unos cinco minutos. Ellen Cho alza una mano y lee su historia sobre un concurso de pasteles de manzana. Después de elogiar y criticar su trabajo, la señora Rainer enciende la pizarra inteligente y se concentra en su ordenador.

–Muy bien, clase –dice–. Pensé que hoy podríamos repasar un ensayo para la universidad. Tengan en cuenta que se acerca nuestro ensayo de Crimen y Castigo a fines de la semana que viene. Empezaremos a trabajar el texto mañana, ¿bien? Bueno, este es un ensayo de un estudiante mío de hace unos años que entró en Princeton.

Me hundo en mi asiento y se me retuerce el estómago. Todavía no empecé mi ensayo para el ingreso a la universidad. Es probable que escriba sobre tocar el violín, pero miles y miles de postulantes están en una orquesta. No tiene nada especial. No es una verdadera pasión. Tal vez podría mentir y decir que compongo mi propia música, pero un consejero de admisiones probablemente podría chequear la información.

Desearía tener una verdadera pasión como todos los demás. Sook tiene su banda. Amir tiene su cámara. Todos tienen algo que los hace destacarse. Todos menos yo.

Cuando empecé la secundaria, nadie me dijo que tener buenas calificaciones, horas como voluntario y dedicarle tiempo a las artes no era suficiente. Nadie me dijo que tendría que saber las respuestas de todos los exámenes y también ser un "individuo único" persiguiendo mi vocación de vida a los diecisiete años.

–¿Quieres venir a casa después del refugio? –Sook susurra mientras la señora Rainer busca algo en su computadora–. Podemos comer snacks de camarones y trabajar en nuestros ensayos.

Miro fijo a mi hoja en blanco.

–Sí –digo–. Eso estaría bien.

Le envío un mensaje de texto a Amir:

Llegué

Un minuto después, camino hacia la casa mientras la puerta se abre. Amir está parado en frente de mí, tiene un pantalón de friso gris y una camiseta blanca sencilla con cuello en V. Su barba incipiente es oscura; cubre sus mejillas y la curva definida de su mandíbula. Mis ojos lo estudian un minuto de más y la palabra deseo reaparece en mis pensamientos.

Esboza una sonrisa torcida.

–Hola.

–Hola. Entonces…

–Entonces…

Ambos nos reímos. Amir rasca su nuca sin dejar de sonreír.

–Bueno, está bien. Entra. Estoy en la cocina.

–Sí, suena bien.

Su casa es familiar. Arte en las paredes, desde artistas famosos hasta las fotografías de Amir y las pinturas en acuarela de Rasha. Sara tiene su propio rincón, estantes llenos de cerámicas y fotos de ella bailando ballet y jugando al fútbol. La mesa está al lado de una ventana saliente que da al jardín trasero.

Amir mencionó que su familia estaría mirando la obra de teatro de Sara. Él ya fue a la noche inaugural.

–¿Quieres algo de tomar? –pregunta. Abre el refrigerador y se inclina hacia adelante presionando un brazo contra el marco. Intento y fallo evitar mirar fijo a su bíceps–. Tenemos Coca Cola, té helado, agua…

–Té está bien –digo.

Amir sirve una taza para cada uno, luego toma una bolsa de patatas fritas y unas uvas. Saco de mi mochila unas gomitas ácidas con forma de gusanos y otras con forma de botellas de cola. Se ríe cuando las ve y pregunta:

–¿Eres fanático de las golosinas ácidas?

–Podría decirse que sí –respondo. Honestamente, no sé cómo lograría hacer las cosas sin golosinas ácidas.

Vamos a la mesa para acomodarnos, pero hay un montón de fotografías desparramadas sobre la superficie.

–Lo lamento –dice Amir mientras las apila. Logro ver un destello de Rasha en una biblioteca y una foto de sus padres riendo en la cocina.

–¿Puedo ver esa? –pregunto estirando mi mano hacia la fotografía.

–Seguro.

Amir me la entrega. Es una toma evocadora, un momento privado. Se siente como si estuvieran solos en la habitación. Intimidad capturada en una foto. Mueve algo dentro de mí.

–Es muy buena.

–¿Lo dices en serio? No puedo decidir cuáles usar.

–¿Usar para qué?

–Una competencia para fotógrafos de secundaria. Si ganas, exhiben tu trabajo en una nueva galería de arte. No es el mejor espacio, pero, de todos modos, tendría mis fotografías en la pared de una galería de verdad –sus ojos se iluminan–. Y el premio es dinero para una beca. Solo puedo elegir cinco fotografías, así que las reduje a estas de mi familia, pero… –apila las fotos. Debe tener por lo menos doscientas–. Tengo unas cuantas –levanta las cejas y luce un poco abrumado.

–Bastantes –asiento.

–Son buenos modelos. Hay algo natural y extraño al ver a tu familia a través de un lente, ver a tus padres como personas de verdad –su dedo acaricia la foto de ellos–. Capturar un momento que no perduraría de otra manera.

–Como las mañanas de los domingos –digo casi para mí mismo.

–¿Eh? –Amir me mira.

Aclaro mi garganta un poco avergonzado.

–Los domingos a la mañana en mi casa. Mis padres no descansan un minuto durante la semana, pero tienen una cita en casa todos los domingos a la mañana. Se quedan en pijamas, leen el diario y beben café por horas. Hablan de política, de películas y de sus amigos. Siempre es raro verlos así, es como una experiencia extracorporal porque, de repente, no son mamá y papá; son personas reales.

–Sé exactamente a qué te refieres –dice Amir–. Recuerdo la primera vez que vi a mi papá de verdad –se inclina hacia adelante y lo imito. Siento un cosquilleo en mi piel–. Tenía catorce años. Estábamos retrasados y el auto no encendía así que tuvo que revisar el motor y derramó café sobre su camisa. Luego lo llamó su jefe, Sara estaba molesta y lloraba y pensé "está realmente estresado, debe ser duro". Antes de eso, papá era invencible. Después, solo era un hombre.

–Es un antes y un después cuando te das cuenta de que tus padres son humanos –los ojos de Amir encuentran los míos y me sorprende su intensidad. Pero después desvía la mirada y endereza la pila de fotos–. Entonces…

–Entonces…

Ambos sonreímos.

–Deberíamos estudiar –dice Amir–. Mi familia regresará en un par de horas.

–Ah, bueno –pauso–. ¿Podríamos no decirles que eres mi tutor? –casi luce herido, así que agrego rápidamente–. Lo lamento, es por mis padres humanos perfectos. No quiero que se enteren que reprobé un examen y se pongan en modo padres –juego con mi uña–. ¿Te molesta? Quiero decir, no estamos mintiendo en realidad, es como omitir, pero no quiero meterte en problemas.

Se queda callado un momento.

–Seguro –dice–. No hay problema.

Una tensión desaparece de mis músculos.

–No es como si estuviéramos escondiéndonos, drogándonos y teniendo sexo.

Mis mejillas arden. Amir dijo “sexo” tan casualmente. Quiero decir, supongo que hay una buena probabilidad de que haya tenido sexo. Sale con chicos más grandes, lo que ahora significa universitarios. Y muchas personas tienen sexo en la secundaria.

Aunque quiero tener sexo en un plano abstracto, cada vez que pienso en hacerlo de verdad, entro en un espiral de pánico lo que me dice que todavía no estoy listo. Quiero decir, sé cómo poner un condón, pero ¿y si es más difícil de lo que parece? ¿Qué tamaño compro? ¿Y los compraría yo o lo haría Amir? Quiero decir, Amir no. Quiero decir… ¿Quién los compraría? ¿Y cómo sabes que tus padres no llegarán mientras lo estás haciendo? ¿Y…?

Sí, demasiado estresante. Lo descifraré en la universidad.

Abro mi libro y clavo la mirada en la página.

–¿En dónde deberíamos empezar?

–Las matemáticas son como un edificio, así que necesitamos una base. Empecemos por el principio.

El “empecemos” de Amir es generoso, obviamente él ya tiene la base.

–Bueno, desde el principio entonces.

Saco mi teléfono de mi bolsillo y lo silencio para que no nos molesten. Tengo tres notificaciones de correos electrónicos. ¿Y si son de una universidad? No, necesito estudiar. Resisto el deseo de tocar el ícono. Lo revisaré cuando use el baño o algo.

Voy a la primera página.

–Un pequeño aviso, nunca hice esto antes –Amir suena confiado, es un anuncio superficial–. Busqué algunas guías…

–¿Lo hiciste? –me muerdo los labios suprimiendo una sonrisa.

–Seguro –encoge los hombros.

–Qué considerado.

–No hay problema. De todos modos, los tutores hacen dinero. Si me gusta hacerlo, puedo cobrarles a otras personas, tal vez ahorrar un poco para la universidad.

Ah. Cierto.

–Eso es bueno –digo–. Inteligente.

–Te enseñaré haciendo. Te explicaré cómo resuelvo el problema mientras lo hago. Detenme si tienes alguna pregunta. Haremos algunos problemas de esa manera y luego trabajaremos en algunos juntos. Después seguirás por tu cuenta, ¿te parece?

Mi pulso se acelera y mis manos se humedecen. Esto está sucediendo. Hace un minuto, estábamos conversando y bebiendo té helado, pero ahora empezaremos a trabajar. Hay un examen en tres días. Si esta sesión de estudio no funciona…

Tiene que funcionar.

Me aferro con fuerza al borde de mi silla y asiento intentando mantener mi voz tranquila.

–Sí, me parece bien.

Amir orienta su cuaderno hacia mí y lleva su lápiz a la página. No reconozco la marca. Es lindo. Como si fuera de una tienda de arte y no de una papelería de cadena. El grafito se desliza sobre el papel. Anota los números en la hoja con facilidad, su voz es suave y estable, explica cada paso como prometió. Estoy en un trance, necesito algunos segundos para darme cuenta de que estoy prestando atención a la cadencia en su voz y no a la lección.

–Aguarda, ¿puedes volver atrás? –pregunto.

–Seguro –me echa un vistazo–. ¿A qué parte?

Me da demasiada vergüenza decir “al principio”. Así que en cambio digo:

–La última parte, la ehh…

–¿Revertir la desigualdad?

–Sí, eso.

Vuelve unos pasos y garabatea los números otra vez.

–¿Lo entendiste?

–Sip –tomo mi lápiz con fuerza–. Gracias.

–Me alegra que esto esté funcionando.

–Sí, yo también –intensifico la fuerza de mi agarre.

Veinte minutos después, estoy completamente perdido, pero Amir piensa que todo está bien. Voltea su página y dice:

–Okey, por qué no haces el siguiente y si te atascas, te ayudaré.

–Seguro –asiento con la cabeza.

Sí, Seguro.

Me tomo mi tiempo para copiar el problema, reviso cada uno de los números antes de anotarlos en mi cuaderno. Luego mordisqueo la punta de mi lápiz mientras lo estudio. Mi pie sube y baja temblando.

–Bueno –digo–. Hay que aplicar la regla del cociente.

–Correcto.

Correcto.

Un minuto, ¿qué es la regla del cociente?

Amir acaba de hacer esto como cinco veces seguidas. Así que yo también puedo. Solo es matemática. He hecho esto desde siempre. Un paso a la vez.

Primer paso, primer paso…

Ah, cierto. Deconstruyo la primera porción del problema.

–Bien, correcto –dice Amir.

Me entretengo con mi uña y luego la mordisqueo.

Bebo otro sorbo de mi té, pero la taza está vacía.

–¿Quieres que te vuelva a servir? –le pregunto a Amir–. Tengo un poco de sed.

–¿No quieres terminar el problema?

–En un segundo –me pongo de pie y tomo las dos tazas. Mi pulso se entrecorta, staccato. Cálmate, Ariel. Concéntrate en otra cosa. Su taza

tiene el símbolo de las reliquias de la muerte.

–Eres fanático de Harry Potter, ¿no?

–Lo soy –replica–. Sigo esperando mi carta de Hogwarts.

–Apuesto a que no tienen Cálculo en Hogwarts.

–No, pero escuché que Aritmancia es difícil.

Mi risa me desorienta. Es como si mi mente estuviera funcionando en dos espacios diferentes. Hago fuerza hacia el lado bueno.

–Eres un poco nerd, ¿no es verdad?

–Un poquito –sonríe Amir.

Me volteo, luego abro el refrigerador e inhalo el aire frío. Puedo hacerlo.

¿Y si no puedo?

Parpadeo, mi visión se torna borrosa. Siento una necesidad apremiante de estallar en llanto. Detente. Concéntrate. Tomo mi teléfono y miro mis mensajes, hay uno de Sook.

¿A qué hora vendrás?

No respondo todavía porque no tengo idea de cuándo terminaremos.

–¿Lo ves? –pregunta Amir–. Está en el primer estante.

–Sí, gracias –hundo mi teléfono en mi bolsillo.

Nos sirvo té y regreso a la mesa.

–¿A qué hora dijiste que regresarán tus padres?

–Tenemos tiempo de sobra. No creo que haya terminado el primer acto siquiera.

Asiento y retuerzo mis dedos.

–¿De qué trata la obra?

–Es una adaptación infantil de Cyrano de Bergerac. Fue bastante divertida.

–Ah, me gustó esa obra –entrelazo mis dedos y los hago sonar–, no estoy disfrutando Crimen y Castigo. ¿Estás en la clase de la señora Rainer?

–Sí –responde Amir, pero no parece estar interesado en seguir conversando–. Vamos, regresemos al trabajo. Estábamos avanzando.

¡Ja! En realidad, no.

Tomo mi lápiz. La goma de borrar está semimordida.

–Bueno –dice Amir–, estabas a punto de calcular el cociente y…

–¿El señor Eller no es un pésimo profesor? –pregunto.

–No es malo, es disperso. Entonces, sacamos el cociente y…

–No tuve problemas con Cálculo el año pasado, pero este hombre no

puede enseñar ni para salvar su pensión. Menos mal que no tiene que hacerlo. Es ridículo. Desearía que se deshicieran de él. Ponernos a este tipo al final de la escuela es una porquería.

–Supongo. Entonces…

–Y ni siquiera…

–Ariel, deja de procrastinar.

Su tono es relajado, pero todo mi cuerpo se tensa. No puede verme flaquear. Nadie puede. Trago fuerte y luego hablo.

–No estoy procrastinando. Quería hablar. Lo lamento, no quise molestarte.

–No me molesta. Me gusta hablar contigo –hace una pausa–, pero me pediste ayuda y quiero asegurarme de que lo entiendas. Si todavía tienes problemas con este tema, podemos volver a empezar –su tono es cálido, pero no me siento reconfortado.

–No creo que esto esté funcionando –cierro mi cuaderno.

–Espera, ¿qué?

–No necesito esto.

Mi corazón palpita rápidamente mientras guardo mis cosas.

–¿No necesitas qué? –pregunta Amir. Me pongo de pie y él me imita–. ¿Te marchas? Ariel, ¿por qué?

–Esto no me está sirviendo. Estaré mejor estudiando por mi cuenta. Gracias por intentarlo.

–No entiendo qué acaba de suceder. Siéntate, lo intentaremos otra vez.

–No, gracias. Esto fue un error.

Deslizo mi mochila sobre mi hombro y camino hacia la puerta. Si me quedo más tiempo, Amir sabrá lo que está sucediendo. Notará que no entiendo. No soy suficientemente inteligente. Soy un impostor. Si perderé todo por lo que he trabajado, por lo menos no tengo que hacerlo delante de una audiencia.

–Ariel… –repite.

Pero el portazo corta su voz.

CINCO

El vecindario se acelera a medida que mis pies golpean el pavimento. Mi cuello está empapado de sudor. Mi respiración es cortante y agitada mientras Keith Moon aporrea la batería en Who Are You.

Mis piernas duelen y mis pulmones se contraen.

Aumento la intensidad, empujo el suelo y mi ritmo es casi el de una carrera de velocidad. El viento atraviesa mi cabello. Mi cuerpo se llena de endorfinas.

Luego, se rebela.

Mi estómago se revuelve cuando doblo la esquina de la calle de mi casa. Me detengo en seco y estiro un brazo para apoyarme contra un árbol. Me tenso, me inclino hacia adelante y nada. Debo haberme detenido en el tiempo porque no sale nada.

Apoyo mi espalda contra el árbol y respiro con dificultad. La canción cambia a Happy Jack y bajo el volumen. Las clases empiezan en menos de una hora. Tengo que volver a casa, desayunar e intentar repasar un poco antes de que Sook venga a buscarme. Es como si hubiera perdido un día estudiando con Amir. No debería haber reaccionado así. La presión se acumuló demasiado rápido y me puse en contra a la única persona que puede ayudarme a salir de esta situación.

Mi estómago se revuelve por un motivo distinto.

Inhalo profundamente, vuelvo a subir el volumen de la música y sigo corriendo.

–¿Te disculparás? –pregunta Sook.

Hemos estado en el auto por cinco minutos, pero estuve inmerso en CalcU.

–¿Eh? –alzo la mirada. El cabello de Sook está peinado en un rodete y tiene lentes con un marco transparente. Sus uñas tamborilean sobre el volante–. ¿Disculparme con quién?

–Mmm, con tu mejor amiga por abandonarla ayer y ni siquiera responder su mensaje. Estaba preocupada, sabes. Casi le envío un mensaje a Rachel.

–Ay, rayos –paso una mano por mi cabello–. Me distraje. Lo lamento. He estado ocupado con… –no termino la oración–. Lo olvidé. Soy un idiota y lo lamento.

–¿Recibiste mis mensajes?

–Vi uno… –tengo el mal hábito de ignorar mis mensajes cuando estoy estresado. Los dejo descansar y acumularse en mi teléfono–. No los leí. Soy el peor.

–Sí, bueno, lo eres –suspira y pasa un dedo sobre su ceja para peinarla.

–Lo lamento en serio –repito–. ¿Cómo puedo compensarte?

–¿Tinder Hill esta tarde? –Sook retuerce su boca–. ¡Al fin podré contarte mi noticia! Y estoy trabajando en una canción nueva que necesita algo de inspiración especial.

Hay un brillo pícaro en sus ojos. “Inspiración” significa “marihuana”; puede hacer que la música sea bastante mágica.

El examen se acerca, no tengo tiempo libre, pero es mi mejor amiga y, es verdad, la abandoné.

–Seguro, sí. Pero, apenas terminan las clases, ¿sí? ¿Y de qué noticia hablas?

–Tendrás que esperar a la tarde –asiente Sook–. En el camino, recogeremos algo de inspiración de la misma tipa de siempre.

La traficante de Sook es la vendedora de drogas menos sospechosa del mundo. Beatrice es una hippie de unos treinta y tantos que tiene una pequeña planta de marihuana junto a sus flores silvestres y hierbas legales. El verano pasado, regaló una bolsita de té de lavanda y bayas con cada compra.

Sook dobla por la calle principal.

–¿Tú estás bien? –indaga mi amiga.

El examen de Cálculo es el viernes. Si repruebo, será literalmente imposible obtener una A en esa clase. Si no consigo esa A, no tendré un promedio perfecto. En tal caso, seré un postulante menos atractivo para Harvard. Si soy un postulante menos atractivo, no me admitirán. Si no me admiten…

–¿Ariel?

Aclaro mi garganta y esbozo una pequeña sonrisa.

–Estoy genial. Totalmente genial.

Paso la clase de Cálculo mordiendo un pellejito en mi dedo y utilizando toda mi concentración para evitar hacer contacto visual con Amir. Quiero disculparme, pero si lo hago, tendré que explicar, al menos en parte, qué me está pasando. Y si le cuento a alguien que ese examen fallido puede reescribir todo mi futuro, la situación será más real de lo que puedo manejar.

Cuando suena la campana, Amir se pone de pie y se marcha antes de que pueda cerrar mi cuaderno. Tal vez él también está en una misión de evitar el contacto visual. Mientras reúno mis cosas, el señor Eller me llama con el movimiento de un dedo.

Mis entrañas se retuercen de terror. La mayoría de mis compañeros está en la habitación. Siento sus ojos sobre mí, preguntándose qué quiere el profesor. Le echo un vistazo a Pari y sus ojos parpadean con interés.

Siento una presión en el pecho mientras me acerco lo más posible al

señor Eller con la esperanza de que hable en voz baja.

–¿Qué sucede?

–Otra vez lucías un poco perdido en clase, Ariel. ¿Te anotaste para trabajar con un tutor?

Está hablando suavemente, pero hay tantas personas alrededor; alguien podría escuchar.

–Tengo un tutor –digo–. Todo está bien. Gracias –giro antes de que pueda pensar otra pregunta y me marcho apresuradamente de la habitación, camino a toda velocidad por varios pasillos. Sin darme cuenta, termino en frente de la oficina de mi consejera.

La señorita Hayes le está sonriendo a algo en la pantalla de su ordenador cuando golpeo su puerta. Levanta la vista con ojos brillantes.

–¡Buen día, Ariel! ¡Ven a ver esto!

Hoy solo hay una taza de café en su escritorio. Mis hombros se relajan un poco. Bordeo los muebles y miro su pantalla; es un GIF de una canasta con cachorritos que está dada vuelta y los perritos están jugando y corriendo en un jardín.

–¿No es adorable? –pregunta la señorita Hayes.

Sonrío pensando en Ezekiel. No puedo esperar a ir al refugio este fin de semana.

–Son muy lindos –concuerdo.

Pasa al siguiente GIF y pregunta:

–¿A qué debo el placer de tu compañía esta mañana? ¿Mejoraste tu calificación de Cálculo? Sabía que podrías hacerlo.

–Eh, sí, bueno… –rasco detrás de mi oreja–. Conseguí un tutor.

–¡Excelente! ¿Quién?

–Bueno, no terminó funcionando así que volví a estudiar por mi cuenta.

–Lamento oír eso –su sonrisa desaparece–. ¿Qué sucedió?

–No, eh, no trabajamos bien juntos.

–Es una pena –replica la consejera–. ¿Hay alguien más a quién puedas pedirle ayuda?

–En realidad, no… –paso una mano por mi cabello; está demasiado largo, incluso a pesar de los rizos–. ¿No hay otra opción?

–No puedes abandonar Cálculo. Los estudiantes no pueden abandonar clases de matemáticas o ciencias.

–¿Qué? ¿Abandonar la clase?

La señorita Hayes se pone de pie y estudia su tabla de corcho, luego arranca una hoja azul y me entrega.

–Veintiuno de octubre. Puedes quedarte esa hoja. Es la fecha límite para retirarse de una clase. No puedes abandonar Cálculo, pero podrías dejar otra asignatura para alivianar tu carga de trabajo y tener más tiempo para estudiar. Una electiva como… –tipea algo en su computadora–. Literatura Inglesa AP.

–Pero tengo una A en esa clase –gracias a que me mantengo al día con la cantidad absurda de lecturas.

–Lo entiendo, Ariel, solo te cuento que es posible. Pero estoy de acuerdo. Deberías abandonar una clase solo si no tienes otras opciones. Aparecería en tu expediente académico. Resaltaría. Estoy segura de que puedes subir tu calificación.

Clavo la mirada en la fecha. El dos está un poco borroneado, como si el papel hubiera sido arrancado de la impresora demasiado rápido. Septiembre está por terminar, entonces tengo menos de un mes hasta la fecha límite.

No puedo creer haber llegado a esto. Todavía recuerdo mi primera reunión con la señorita Hayes en primer año. En ese momento, recuerdo estar emocionado. Yo era especial, un chico inteligente. Muy inteligente. Describió mi futuro como un viaje de exploración repleto de oportunidades maravillosas. Clases con menos estudiantes, mejores profesores. El postulante universitario perfecto.

Y lo peor es que, cuando me va bien, todavía me siento como ese chico especial. Como si fuera importante por tener tantas cosas que hacer. Los chicos en la escuela alardean por trabajar toda la noche como si fuera una medalla de honor. Hay una parte retorcida de mí que se siente orgulloso, hasta vigorizado, cada vez que estudio toda la noche.

Pero no soy especial. No soy lo suficientemente inteligente. Es una fachada y ahora se está desmoronando.

–No me di cuenta… Es solo una calificación.

–Escucha –la señorita Hayes baja la voz–. No debería decir esto, pero sé que Pari Shah también se solicitó admisión anticipada a Harvard. Solo aceptaron a un estudiante de esta secundaria el año pasado, será una competencia reñida. No puedes descuidarte.

Siento náuseas en todo el cuerpo.

–No estoy intentando abrumarte, cariño –la señorita Hayes se estira sobre el escritorio y me da una palmadita en la mano–. Tienes que tomar algunas decisiones, eso es todo. Creo que deberías volver a intentarlo con ese tutor. ¿Harías eso por mí?

–Sí –alejo la mano para que no pueda notar que está temblando–. Seguro, no hay problema.

–¿Quieres más? –pregunta Sook.

Asiento y me pasa el cigarro. Se redujo al largo del capuchón de una pluma así que cuando inhalo, el humo hace arder tanto a mi garganta como a mis ojos.

–¿Otro? –pregunto mientras lanzo la colilla al suelo y la aplasto con la base metálica de mi botella de agua. Mi cabeza zumba y burbujea.

–Gran idea –replica mi amiga.

Estamos sentados en una roca gigante, a medio kilómetro de los senderos sinuosos de Tinder Hill. Las copas de los árboles nos dan un respiro de los últimos calores del verano, pero el aire sigue pegajoso por la humedad.

Sook saca su encendedor y un segundo cigarrillo de una cartuchera floreada. Lo enciende y le da una pitada antes de pasármelo.

La hierba tranquiliza mi pulso acelerado. No fumo con frecuencia y mucho menos durante el año escolar. Generalmente, me gusta poder ordenar mis ideas rápidamente. Me da una ventaja, me ayuda a hacer más cosas. Pero hoy, en este momento, necesito relajarme.

–¿Algo de Grateful Dead? –propongo mientras agrego música a la cola de reproducción.

–Está bien –Sook se ríe–, supongo que es apropiado –vuelve a tomar el cigarrillo de mis manos–. Tal vez sea inspirador cambiar un poco.

Empieza a sonar Scarlet Begonias. Sook y yo terminamos el cigarrillo y nos reclinamos en la roca. Se siente una brisa fría y el rastro del sol entre los árboles. La música de Jerry Garcia se mezcla con el sonido del viento agitando las hojas.

–¿Te acuerdas de la primera vez que fumamos? –pregunta Sook y me hace reír.

–Desafortunadamente, sí. El verano después de primer año de secundaria. Isaac tenía algo de hierba, pero le preocupaba que le hicieran una prueba de narcóticos para su juego de fútbol americano, así que nos la dio a nosotros.

–Y vinimos a esta misma roca –dice Sook–. Bueno, después de caminar unas dos horas por todos lados intentando encontrar el lugar menos sospechoso.

–Y luego tuvimos que buscar en YouTube cómo armar un cigarrillo, cómo encenderlo y cómo fumarlo.

–Fue mucho trabajo –se ríe–. Por suerte, aprendemos rápido.

Nunca olvidaré ese verano. Mis últimos meses de libertad antes del trabajo duro; aunque, en ese momento, no sabía lo que me esperaba. También fue el verano en el que empecé a descifrar mi sexualidad.

Siempre he sentido atracción por chicas. Mi primer beso fue de lo más cliché; un juego de hacer girar la botella en sexto año de primaria, un besito con mejillas sonrojadas con Cindy Lao en frente de veinte de nuestros amigos más cercanos. Luego, en primer año de secundaria, tuve mi primer beso de verdad. Era la fiesta de bat mitzvá de Ava Newman, Hailey Bloom y yo nos escabullimos del evento principal, fuimos al ala este de la sinagoga y nos besamos por diez minutos en un salón de kínder vacío. Fue genial.

Pero el año siguiente, conocí a Ian. Tenía ojos azules y tocaba el contrabajo en la orquesta y mi estómago se retorcía cada vez que lo veía. Intenté desestimar mi interés como un tonto capricho. Me gustaban las chicas, no los chicos. Pero el capricho progresó hasta un enamoramiento y, un día, estaba pasando tiempo con él en la sala de los contrabajos después de clase cuando me besó y correspondí el beso. Y también fue genial.

Fue necesario procesarlo bastante. Sabía que existía la bisexualidad, pero supongo que quería que fuera sencillo: heterosexual o gay. Sook, que ya había salido del clóset, fue la primera persona a la que se lo conté. Durante ese verano, me ayudó a confirmar que sí, me atraen las chicas y sí, me atraen los chicos. La bisexualidad existe y puede que sea difícil de comprender para algunas personas, pero con el tiempo será más sencillo.

Y luego miramos esa escena de Brooklyn Nine-Nine en la que Rosa le cuenta a escuadrón como cien veces que es bisexual.

–¿En qué estás pensando? –Sook me da un pequeño codazo e imito el gesto.

–En cuánto quiero a mi mejor amiga –río–. Dios, era tan tonto en ese momento. Hice un gran esfuerzo para estar drogado como en las

películas. No dejaba de mirar mis manos. Decidí que estaba famélico, comí las sobras de mi almuerzo y actué como si fuera lo más rico del mundo –pauso–. Demonios, deberíamos haber traído snacks.

–¿Ariel Stone no tiene golosinas ácidas?

–Nos he fallado. Nunca aprenderemos.

La canción cambia a China Cat Sunflower.

–Esta me gusta –dice Sook.

–Es mi favorita, suena a rayos de sol.

–Quiero hacer eso. Evocar un sentimiento tan puro –Sook cierra los ojos y tararea, sus dedos simulan estar tocando la guitarra en su brazo; yo hago lo mismo cuando practico violín.

–Entonces –indago en tanto termina la canción–, ¿me contarás tu noticia especial?

–Pensé que nunca preguntarías –su sonrisa es contagiosa, se sienta erguida y alisa su cabello–. Mis padres me ofrecieron un trato.

–¿Qué tipo de trato? –alzo una ceja.

–Un trato que me permitirá incursionar en mi carrera musical en vez de ir a su pequeña universidad de segunda.

–Bueno –aclaro mi garganta–, no llamemos a Dartmouth una “pequeña universidad de segunda”.

Los padres de Sook quieren que asista a Dartmouth, su alma máter, en dónde definitivamente la admitirán gracias a sus donaciones y a la

inteligencia de Sook. Intento sentir empatía por mi amiga que tiene que ir a una Ivy League. Entiendo que Sook no quiere vivir en una ciudad pequeña, pero estudiar en Dartmouth podría encaminar toda su vida.

–Sí, bueno, lo sé –dice–. Es una universidad increíble. Gran educación, etcétera. Pero es en el medio de la nada. No es el lugar para convertirme en una estrella musical. Pero si estudio en Atlanta o hasta en Athens, allí hay un gran circuito musical y Malka y yo podemos seguir tocando juntas.

–¿Y cuál es este acuerdo mágico? –pregunto.

–¡Mis padres dicen que, si Dizzy Daisies consigue un representante antes de mi graduación, puedo elegir la universidad que quiera!

–Ah, increíble.

–¿Por qué no estás más emocionado? –Sook entrecierra los ojos–. Alégrate por mí.

–¡Lo estoy! –me río y alzo las manos–. Lo prometo. Pero ¿cómo planeas conseguir un representante?

–Trabajo duro y genialidad. Obvio.

–Excelente –Sook es una persona determinada. Si alguien puede hacerlo, probablemente sea ella–. Ey, hablando de artistas femeninos geniales, ¿cómo están yendo las cosas con tu chica soñada, la cantante principal de Carousels, Clarissa?

–¡Excelente! –replica–. Ahora nos seguimos en Tumblr y escuchó una de nuestras canciones y comentó “buen sonido”.

–Gran progreso –digo y juego con mi teléfono, Yesterday de los Beatles empieza a sonar. Una suave guitarra resuena en el aire. Sook y

yo pausamos por un momento, nos dejamos envolver por la letra y la melodía.

–Escribí una nueva canción –dice Sook–. Le vendría muy bien un violín.

–Sook… –advierto.

–No digas que no todavía. Escucha, hoy Malka vendrá a ensayar. Ven a casa y escucha la canción. Solo te pido que lo pienses –me da un empujoncito, sonríe y pone una cara tierna–. ¿Por favor?

–Está bien –suspiro y sonrío en contra de mi voluntad–. Pero no estoy prometiendo nada.

–¡Trato hecho! –chilla Sook–. ¿Sabes? Ya no nos quedan tantas tardes juntos.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo esperaba. En un año probablemente viviremos en estados diferentes y solo nos veremos durante las vacaciones. He estado tan ocupado corriendo hasta la meta final que no pensé mucho en lo que sucederá cuando la cruce.

–Todavía tenemos muchas tardes –digo. La música pierde intensidad acompañada de la voz melancólica de McCartney y la guitarra estable. Envuelvo a Sook con mi brazo y la acerco a mí. Es suave, cálida y huele como el ayer.

Una bandeja para horno resuena en el suelo.

–¡Estoy bien! –grita Sook–. ¡Estamos bien! ¡Las galletas están bien!

Se ríe, yo resoplo y ambos estallamos en una risa histérica.

–Oh, por Dios –dice Malka–. ¿Están drogados?

–Sip –responde Sook.

–Gracias por invitarme –Malka pone los ojos en blanco.

–¡Estabas en clase! –se defiende Sook.

–Buen punto, supongo.

La cocina de mi mejor amiga es digna de un programa de televisión. Tiene una isla gigante, superficies de mármol, electrodomésticos de acero inoxidable y tres hornos. Mi familia vive en un área adinerada, pero la familia de Sook tiene otro nivel de dinero. La cocina huele a galletas calientes. Sook está haciendo mis favoritas: chispas de chocolate con trozos de caramelo derretido. Debería estar en casa estudiando o, por lo menos practicando el solo de violín, pero se

siente tan bien decir “al diablo” por una tarde. De todos modos, no puedo relajarme por completo.

–¡Llegamos! –gritan dos voces. Sus padres entran a la cocina.

–Mmm, huele bien –dice su mamá y le da un beso a Sook en la mejilla. La doctora Kim tiene cabello corto y se viste como una adolescente, prefiere jeans y camisetas en vez de prendas formales. Raramente está en casa, siempre está desaparecida trabajando en su próxima invención. La mayor parte de su fortuna proviene de una especie de tela extraresistente que les vendió a las fuerzas armadas por una obscena suma de dinero.

–Ariel, ¡qué placer verte! –me saluda el papá de Sook–. No nos vemos hace tiempo.

El doctor Kim prefiere trajes a la medida y camisas caras. Tal vez sea porque es neurocirujano y se cansa de pasar la mayor parte del día en ropa quirúrgica.

–También es un placer verlos –respondo–. Sook me contó del trato que hicieron con ella. Gran gesto de su parte.

–Oh, bueno –dice su mamá–. Estoy segura de que terminará en Dartmouth.

–Conseguiré un representante –Sook arruga las cejas.

–Tu música es muy buena –su mamá asiente con una suave sonrisa–. Pero tienes toda la vida para tocar con tu banda. No quiero que te estreses demasiado.

–Y amarás Dartmouth, Sook. ¡Puedes hacer música allí! –añade su papá.

Sook dice algo entre dientes sobre micrófonos abiertos en cafés

deplorables y sigue sacando las galletas de la bandeja. Conversamos con sus padres mientras guardan las compras del supermercado. Luego, tomamos las galletas que se están enfriando. Apilo cuatro en mi servilleta mientras mordisqueo una quinta. El caramelo está tibio y gomoso. Benditas sean.

Avanzamos a paso firme hasta el sótano de Sook. Tiene paredes a prueba de sonido, una variedad de instrumentos y sofás de cuero. Sook se acomoda en la mesa con el ordenador Mac, mientras Malka y yo nos dejamos caer en el sofá de cuero.

–Denme un segundo, chicos –pide Sook–. Quiero agregar algunos ensayos al calendario.

–¿Más ensayos? –Malka gruñe–. Ya añadiste uno más por semana.

–La gente necesita aprender a tomarme en serio –replica Sook señalando con un dedo hacia arriba–. Conseguiremos un representante y los sorprenderemos. Nada de Dartmouth para mí.

Malka reprime un suspiro y gira hacia mí.

–La queremos, ¿no?

–Sí –asiento–, la queremos.

–Escuché eso –dice Sook mientras tipea en la computadora.

–¡Bien! –grita Malka.

Me entretengo con un hilo del cojín que estoy sosteniendo.

–¿Qué cuentas? –pregunto–. ¿Qué te parece la universidad?

–Está bien, supongo –Malka encoge los hombros, echa un vistazo alrededor y luego se aclara la garganta–. No sé, estoy intentando… no sé.

–¿Intentando qué? –le doy un empujoncito–. ¿Qué sucede?

–Nada –agita una mano–. No te preocupes.

La estudio con la mirada.

–¡En serio! –afirma–. Ey, ¿sabías que hay una sede de Jabad en el campus? Creo que iré algún día. Comida gratis. Judíos. Debería ser divertido, ¿no?

–No puede ser malo si hay comida gratis y judíos –concuerdo.

–¡Bueno! –dice Sook–. ¡Todo listo! Revisa tu correo. Envié el nuevo calendario.

Malka toma su teléfono y suspira.

–¿En serio, Sook? ¿Tres ensayos por semana? Eso puede ser complicado para mí.

–Estarás bien –replica Sook.

–No, no vivo al final de la calle precisamente. Son muchas horas conduciendo. Y sabes que el tráfico es una pesadilla.

–Pero estás aquí todos los fines de semana y dos de los ensayos serán en esos días –responde Sook. No lo entiende. No comprende cuando las cosas no salen como lo planea.

–Sí… –dice Malka–. Pero no siempre pasamos tiempo juntas los

domingos y voy a los servicios religiosos y tengo tarea y una vida.

–Amiga, nunca estás en la universidad. Estoy segura de que tienes tiempo.

Malka se queda inmóvil. Estoy a punto de apaciguar la situación cuando Malka se aclara la garganta y dice:

–Vamos, toquemos la nueva canción para Ariel.

–¡Ok! –dice Sook, no tiene idea de que acaba de pisotear a su amiga. Debería hablar con ella más tarde. Es el deber de un mejor amigo hacer notar actitudes desagradables.

Caminan hacia los instrumentos. Solo están ellas en la banda, así que Malka toca la guitarra y Sook toca el piano, canta y graba las pistas de batería. Saco mi Kindle y leo Crimen y castigo mientras afinan y entran en calor.

Pero no me puedo concentrar. Mis pensamientos terminan en Amir. Me equivoqué. Debería disculparme porque merece una disculpa… y también porque necesito su ayuda si quiero tener alguna oportunidad de aprobar el examen de Cálculo.

–¡Listo! –dice Sook.

Mientras empiezan a tocar, envío un mensaje de texto antes de que pueda pensarlo demasiado:

Lamento lo que pasó ayer. ¿Estas libre esta noche? Me gustaría intentarlo otra vez si estás abierto a la idea…

Doy vuelta mi teléfono y me siento en la otra punta del sofá, demasiado nervioso para mirarlo. Lo revisaré cuando termine la canción.

Sook toca un botón en el teclado y la batería completa la canción. Su sonido es distinto de mis clásicos de rock preferidos, pero es pegajoso y relajado. Los dedos de Sook recorren el teclado con ritmo cómodo y luego Malka se une con la guitarra. La voz de mi mejor amiga es dulce, pero suelta pequeños gruñidos cuando menos lo esperas y captura tu atención una y otra vez.

La canción es breve e hipnotizante y puedo escuchar exactamente en dónde la melodía del violín podría sumar profundidad. Cuando terminan, ambas chicas sonríen y las aplaudo. El fantasma de la melodía todavía suena en mi cabeza.

–Eso fue genial –digo–. Me encantó.

–Sonaría todavía mejor con cuerdas –replica Sook.

–Es verdad –concuerdo–, pero no puedo.

–Por favor –pide Sook–. Solo algunas canciones.

–Sook…

–¡No tienes que comprometerte para siempre! Si suena bien, siempre podemos encontrar otro violinista más adelante. Por favor, Ariel. Creo que esto realmente podría ayudarnos a conseguir un representante. Un par de canciones. Por favor.

Sook me atraviesa con ojos suplicantes. Sé cuánto quiere esto y sería divertido tocar con ellas. Tal vez, si funciona, podría incluirlo en mi postulación a la universidad. Esto podría ser la pasión que me falta.

–Por favor –repite.

Con mi dedo pulgar y con el índice sostengo la raíz de mi nariz.

–Ok, está bien.

–¿En serio? –pregunta Malka con las cejas arqueadas y encojo los hombros.

–Seh. En serio.

–¡Ay, sí! –chilla Sook–. Eres el mejor. Verdaderamente el mejor. Te quiero.

–Aja –digo–. Yo también te quiero.

Sook y Malka empiezan a tocar otra canción que podría incorporar un violín. Miro mi teléfono, nervioso. Luego, lo volteo como si estuviera arrancando un apósito. Amir no respondió.

Siento un vacío en el estómago. Pero cuando estoy a punto de guardar el teléfono, recibo un mensaje.

Amir:

Creo que puedes disculparte mejor.

Rápidamente respondo:

¿Me dejarías disculparme en persona? ¿Tu familia está en casa? Puedo llevar los libros y snacks.

Mi corazón palpita mientras espero una respuesta, observo los tres puntos grises aparecer y desaparecer.

Al fin:

La casa estará vacía por un par de horas. Si traes galletas de azúcar, te dejaré entrar.

Sonrío y respondo:

Hecho.

SEIS

–No debería comer dulces nunca más –afirmo.

Luego, tomo una segunda galleta de azúcar y le doy un mordiscón.

–Debo reconocer el talento de Sook –dice Amir mientras parte una de sus galletas a la mitad y se lleva un trozo a la boca–. Estas están increíbles. Casi tan buenas como las de azúcar.

Tomé algunas galletas que sobraron de la casa de Sook y luego fui rápido al supermercado para comprar lo que había pedido Amir y leche chocolatada. Cuando Amir abrió la puerta, asomó la cabeza sobre la bolsa como si no confiara en que hubiera cumplido con lo pedido, luego asintió y dijo: “Puedes entrar”.

–Entonces –Amir toma una galleta de azúcar y le da pequeños mordiscos. Mis ojos se detienen en sus labios y mi nuca levanta temperatura–. ¿Qué sucedió ayer? Pensé que estábamos trabajando bien juntos. Y luego, bueno, fuiste un poco grosero.

–Sí –asiento–. Yo, eh…

–Si algo no está bien, puedes hablar conmigo.

Su mirada sin defensas se posa sobre mí y siento como si estuviera bajo cien reflectores. ¿Cómo sabe Amir que algo no está bien cuando ni mis padres ni mi mejor amiga sospechan algo? Tal vez cuando no eres tan cercano con alguien, la distancia les permite verte con claridad.

Amir me observa, no con presión sino con paciencia. De todos modos, mi pulso se acelera. Tomo mi servilleta y destrozo una esquina.

–Sí, bueno…

No sale ninguna mentira.

Tal vez eso sea algo bueno.

–Eh, la verdad es… –inhalo brevemente, mi pierna izquierda no para de moverse. Estoy demasiado nervioso, mis hombros están demasiado tensos y mi corazón late demasiado rápido. Siento que mi cuerpo no pude contener todo esto físicamente. Así que encuentro los ojos de Amir. Son oscuros y cálidos y me tranquilizan.

–Si repruebo Cálculo, no seré el mejor promedio.

Amir espera; sabe que hay más.

Sigo destrozando la servilleta.

–Y lo que es peor, Harvard podría enterarse. ¿Por qué Harvard aceptaría a alguien que está desaprobando…? –Harvard. Podría ser rechazado por Harvard. Años de estrés y falta de sueño por nada. De repente, siento el azúcar correr por mi cuerpo–. Estuve años trabajando para esta única meta. Es todo lo que soy. No soy Ariel el que toca en una banda o Ariel el que toma fotografías. Soy Ariel el que tiene el mejor promedio. Eso es todo –mi voz se quiebra con las próximas palabras–. Si no obtengo calificaciones perfectas, entonces, ¿quién soy?

Puedo ver empatía en los ojos de Amir y sé que lo que vaya a decir significará mucho para mí así que continúo.

–Lamento haber reaccionado así ayer. En serio. No debería haber cargado nada de esto en ti. Tengo que lidiar con mi propia mierda. Y sé que otras personas tienen problemas reales, como pagar la universidad o hasta costear las solicitudes de admisión. Solo estoy sintiendo lástima por mí mismo.

Inhalo brevemente. Ok, Ariel. Ya hablaste suficiente.

–Mmm –dice Amir. Estudia su cuaderno de espiral con las manos entrelazadas delante de él. Después de un momento, asiente y levanta la mirada. Mis hombros se relajan cuando nuestros ojos se conectan. La empatía casi desapareció y me pone nervioso que quiera indagar todavía más.

–¿Sabes? Es verdad que la gente tiene mayores problemas. Pero tu ansiedad es real y tus sentimientos son válidos, ¿sí?

Se me forma un nudo en la garganta.

–Sí.

–¿Quieres hablar más sobre eso? –pregunta Amir.

Dibujo líneas en mi cuaderno, una y otra vez hasta que mi lápiz casi atraviesa la hoja.

–Tal vez podríamos solo estudiar –propongo–. Si te parece bien.

–Seguro.

Asiento y vuelvo a mirarlo a los ojos.

–Gracias, Amir.

–Ey –sonríe–. Gracias por las galletas.

Dos horas después, estoy haciendo en voz alta mi quinto problema consecutivo cuando Amir dice:

–Rayos.

–¿En qué me confundí? –dejo caer mi lápiz.

–No, tú no. Nos quedamos sin problemas para practicar. Debería habernos conseguido material adicional.

–Puedo buscar algo para la próxima vez –ofrezco.

–¿La próxima vez? –Amir alza una ceja.

–Ah, quiero decir… si no te molesta… O, si tienes tiempo para estudiar otra vez, ¿eso estaría bien?

Cuando se ríe, todo su rostro se ilumina.

–Nunca pensé que vería a Ariel Stone nervioso. Realmente estás confundiendo a mi mente.

–¿En serio? –me inclino hacia adelante–. ¿Cómo luzco normalmente?

–Seguro de ti mismo –responde Amir–. Disperso, pero confiado. Siempre haces cinco cosas a la vez, pero pareces estar en control.

–Entonces, ¿lo he logrado? ¿He dominado el arte de aparentar que mi vida está en orden?

–Diría que sí. Es como ver a una estampida. Caos ordenado –sus ojos brillan–. ¿Cómo me ves tú a mí? Tengo curiosidad –está tan cerca que puedo oler la menta y la albahaca. Mi pulso se acelera.

–Bueno, en general estás callado, le prestas más atención a tu cámara que a la gente a tu alrededor. Y a veces puedes parecer un poco… –toso las siguientes palabras–… obsesionado contigo mismo.

Se ríe fuerte y luego se reclina en la silla y rasca la barba incipiente en su mandíbula.

–Tal vez lo estoy, un poquito –dice–. Aunque, siendo sincero, la confianza en mí mismo está mezclada con fuertes sentimientos de dudas. Como mis amigos…

–¿Tus amigos mayores y cool? –interrumpo.

–Sí, ellos –vuelve a reírse–. Todos son más grandes que yo y, a veces, me encuentro intentando impresionarlos, como si tuviera que compensar ser el más joven.

–¿Por qué pasas tiempo con gente más grande?

–Tengo algunos amigos en la escuela –encoje los hombros–, pero no lo sé. Sucedió de manera natural. Me hice amigo de los compañeros de Rasha y con el tiempo, conocí amigos de amigos y ellos se convirtieron en mi círculo –hace una pausa–. Me gusta la excusa para salir de casa y poner algo de distancia. Amo a mi familia, pero pueden

ser abrumadores. Necesito alejarme y descomprimir.

Su familia es como la mía… ruidosa.

Para una persona introspectiva como Amir, debe ser un desafío lidiar con eso. Lo que me frustra un poquito porque significa que, por años, pasé por alto al chico sentado a mi lado.

–Bueno, me alegra recibir oraciones enteras de tu parte –digo y se ríe.

–Gracias. Entonces, espera, ¿de qué estábamos hablando?

–Mmm, de volver a estudiar juntos.

–¡Cierto! Sí, hagámoslo. El contenido también es difícil para mí.

–Por favor –digo–, eres como un genio de las matemáticas.

–Tal vez comparado contigo –dice con ojos divertidos.

–No es gracioso.

–Solo bromeaba –sonríe–. Bueno, no del todo. Terminemos este problema. ¿Lo entendiste?

–Ya veremos.

–Lo entendiste –su sonrisa se ensancha.

Hago paso por paso, dudo antes de marcar los números en mi calculadora, reviso todo mi trabajo. Mi lápiz vacila sobre la hoja. Estoy a punto de pedirle ayuda a Amir cuando me dice:

–Continúa.

Su seguridad me estabiliza. Asiento, inhalo y termino el problema.

–¿Está bien? –le echo un vistazo a Amir, inseguro.

–Veamos.

Revisa el final el libro, luego mira mi página y el libro una vez más.

–¿Y?

–Puede que haya dos genios de las matemáticas en la habitación –asiente.

–Fantástico –de repente, me siento más liviano. Me pongo de pie y paso el peso a mis talones un par de veces. Quiero lanzar un puño al aire como ese tipo al final de El Club de los Cinco, pero puede que sea un poco demasiado.

–¿Estás bien? –pregunta Amir.

–Muy bien. Creo que, de hecho, aprobaré el examen del viernes.

–Harás más que aprobar. Estaré irritado y orgulloso cuando obtengas una calificación mejor que la mía.

Río y luego camino hasta el refrigerador. Por primera vez desde que reprobé, me siento verdaderamente feliz, casi optimista. Amir tiene razón; haré más que aprobar. Subiré mi calificación y todo será como debe ser otra vez.

–¿Te molesta si tomo algo para comer? Estoy famélico. Mucha azúcar, poca sustancia.

–Seguro. También tengo hambre. Debería comer algo antes de salir.

–¿Salir? –le echo un vistazo a mi teléfono–. Son casi las nueve.

–Mi amigo Jacob tiene una exposición en Elaine's. Es una galería increíble en el centro, pequeña, pero siempre convoca a los mejores artistas. Sería increíble ver mi trabajo allí algún día. De todos modos, le prometí que iría un rato.

Rasco detrás de mi oreja.

–¿Jacob, eh, va a nuestra escuela o es un amigo más grande?

–Es más grande. Tiene, veintidós, creo.

Veintidós. Es demasiado grande para que estén saliendo, ¿no?

De todos modos, mi positividad se desvanece. Ya sea que esté intentando ser cool o no, Amir visita galerías de arte por la noche durante la semana con amigos mayores más interesantes. Intento desestimar el sentimiento de rechazo. Hace un par de días, no pensaba ni un minuto en Amir. Pero ahora tengo problemas para quitarle los ojos de encima. Al igual que para sacarlo de mi cabeza.

Estoy seguro de que no es nada. Es la primera persona a la que le conté sobre mi estrés por la escuela. Es un alivio estar cerca de él. Eso es todo.

Me echa un vistazo y sonríe. Mis mejillas se calientan.

Sep, estoy seguro de que no es nada.

Diez minutos después, preparamos suficiente ramen para comer dos platos y terminamos un paquete entero de dulces ácidos de sandía mientras cocinábamos porque, ¿por qué no consumir más azúcar?

–Es bueno saber que eres un gran cocinero como yo –dice Amir mientras sirve el ramen.

–¿Quién tiene tiempo para cocinar hoy en día?

–Desearía tener tiempo.

Nos sentamos en la mesa con el ramen y un recipiente de fruta cortada.

–Tengo hambre todo el tiempo y, lamentablemente, mis padres tienen otras cosas que hacer además de alimentarme. Sería genial poder preparar biryani cuando quiera.

–Es verdad, si pudiera cocinar sopa de bolas de matzá, probablemente comería eso todos los días.

–Nunca la probé.

Apoyo mi cuchara lo miro boquiabierto.

–¿Nunca has probado sopa de bolas de matzá?

–Nop –Amir come su ramen despreocupado.

Giro mi silla hacia él y me inclino hacia adelante, manos sobre mis rodillas.

–Pero, amigo, te estás perdiendo el mejor plato del mundo.

–Veo que te apasiona esa sopa –ríe.

–Es una sopa digna de pasión. En serio, ustedes han cenado en casa tantas veces. ¿Nunca comimos sopa de bolas de matzá?

–Nop. Pero, una vez, tu mamá hizo un brisket con un sabor indescriptible.

–Mmm, amo el brisket –bebo el caldo de mi plato. Delicioso sodio–. Pero no puedo creer que no hayas probado la sopa de bolas de matzá. Tendrás que venir a casa. Le pediré a mamá que la haga pronto.

–Seguro –me sonríe–. Es un buen plan.

–¿Ariel? –dice una nueva voz–. ¡Ey! ¿Qué estás haciendo aquí? –Amir y yo alzamos la mirada y encontramos a Rasha en la puerta. Está vestida de negro de pies a cabeza, desde su hiyab hasta sus botas de motociclista. Supongo que estábamos hablando demasiado como para escucharla llegar. Es tan extraño pasar tiempo con un Amir conversador.

–Ah, hola –saludo moviéndome en mi asiento. Demonios. Quería irme antes de alguien llegara a casa–. Mmm, estaba…

–Me estaba ayudando a estudiar para Cálculo –responde Amir, señalando los libros.

La mentira me llena de culpa y alivio.

–¿En serio? –pregunta Rasha–. No sabía que ustedes dos… pasaban tiempo juntos.

–Sí, a veces –digo–. ¿Quieres un poco de ramen? –ofrezco, ansioso por cambiar de tema.

–Asqueroso –la expresión de Rasha acompaña sus palabras–. Sí acepto un poco de fruta.

Se sienta, acomoda sus pies en el borde de la mesa y toma una rebanada de melón.

–La clase de hoy fue eterna. Solo digo que debería ser ilegal que una clase de tres horas se extienda todavía más.

–Suena duro –respondo.

De todos modos, estoy celoso. En menos de un año, seré yo el que esté en la universidad. Salones gigantes con cientos de personas, nadie se concentrará en mí o en mis calificaciones. No tendré la presión de ser el mejor solo para ser lo suficientemente bueno.

–Sí, ahora estoy atrasada con mi tarea –sigue Rasha–. Y se suponía que hoy repartiría panfletos promocionando el Festival de Comida Halal de la mezquita, así que supongo que lo haré en la mañana. Amir, irás, ¿verdad? ¡Lo prometiste!

–Eh, seguro –dice Amir. Rasha siempre ha sido más practicante que el resto de su familia. Intenta que sus padres vayan a la mezquita con ella, al igual que Malka intenta que sus padres la acompañen al templo.

–Y tengo un montón de cosas pendientes para Nuestro Campus –sigue–. Este gobierno no nos da un respiro. Estamos haciendo un segmento de política todas las semanas.

–¿Nuestro Campus? –pregunto echándole un vistazo a Amir.

–Es este… –asiente.

–¡Es el podcast en donde trabajo! –lo interrumpe Rasha–. Hay algunos en mi universidad, pero Nuestro Campus es el más importante. Conseguí una pasantía en primer año y, como soy increíble, ya soy asistente de producción. Presentamos historias de todo tipo: política, arte, historias personales, música y, por supuesto, algunos segmentos sobre la universidad. Es genial. Quiero que mi hermano hable de fotografía. Creo que podría ayudarlo a despegar su marca, pero sigue negándose.

–No quiero una marca, Rasha –masculla Amir.

–Bueno, si quieres tener algo de éxito como fotógrafo, será mejor que empieces una.

–No quiero… –Amir se tensa, pero su voz permanece tranquila–. Lo tendré en cuenta.

–¡Es lo único que digo! Solo estoy intentando ayudar. Te quiero –se pone de pie y le da un beso en la cabeza–. De todos modos –Rasha gira hacia mí–, producimos todo tipo de segmentos.

Amir luce como si quisiera decir algo más, pero luego toma su teléfono y se abstrae. Rasha es un poco entusiasta, pero solo está intentando ayudar.

Mientras digiero lo que dijo Rasha, una luz se enciende en mi cerebro.

–Entonces, música –digo–. ¿Aparecen bandas en el podcast?

–¡Sí, todo el tiempo!

–¿Escuchan audiciones?

Rasha lleva una uva a su boca y mastica, luego se inclina hacia adelante con los ojos iluminados.

–Espera, ¿estás en una banda? ¿Cómo no sabía esto? ¡Amir! –lo mira como si su hermano estuviera en falta de alguna manera y él encoje los hombros–. ¿Por qué no nos lo contaste?

Amir sigue concentrado en su teléfono. Creo que está en Tumblr, llego a ver un GIF de Hermione golpeando a Malfoy.

–Acabo de unirme a una –le explico a Rasha–. Dizzy Daisies. ¿Recuerdas a mi amiga Sook? La conociste en mi casa, estoy seguro. ¡Ah! Y Malka. Está en primer año en tu universidad ahora.

–¡Malka Rothberg! Amo a esa chica. La he visto en el campus. Olvidé que tenía una banda –asiente emocionada–. Sí, las oí el año pasado. Eran muy buenas. ¿Todavía están juntas? ¿Te les uniste?

–Sí, necesitaban un violín, así que ahora tocaré un poco con ellas.

–Eso es genial. Solo entrevistamos a estudiantes de la universidad, pero mientras una estudiante esté en la banda, podemos hacerlo. Ay, por Dios. ¡Organicemos esto! Es una gran idea.

–¿En serio? Es fantástico –sonrío–. Te daré sus datos para que puedan coordinar.

–No puedo esperar para presentar eso. ¡Tal vez hasta me dejen producirlo!

Veinte minutos más tarde, Rasha se retira con un chillido y dice que tiene que darse una ducha. Guardo mis cosas mientras se marcha. Sook estará emocionadísima. Este tipo de exposición podría ayudarlas a conseguir un representante.

–Entonces… –digo. Mi mochila está lista y Amir sigue mirando su teléfono–. Me marcharé. Lamento que Rasha no comprenda lo de la fotografía.

–Está bien –Amir encoje los hombros levemente.

Reprimo una sugerencia. Estoy seguro de que sabe mejor que yo cómo lidiar con su familia y no es mi lugar intervenir.

–Okey, diviértete en tu presentación.

–Gracias.

No levanta la mirada. Juego con mi uña. Tal vez estos sentimientos sean producto de mi imaginación o un efecto secundario de aprender Cálculo.

Tomo mi mochila, luego pauso.

–Creo que serás un gran médico.

Esta vez, alza la mirada con una sonrisa cálida en los ojos.

–Gracias, Ariel.

–No hay problema –mi sonrisa es demasiado ancha, pero no puedo evitarlo.

Oy gevalt.

SIETE

–Amo esta clase –Pari susurra mientras me pasa las palomitas de maíz. Tomo un puñado y le ofrezco de mis dulces.

–¿Gomitas ácidas?

–¡Sí, por favor!

Nuestra profesora, la señora Chen, eligió un episodio de El ala oeste de la Casa Blanca y nos permitió traer snacks. La clase de Gobierno AP siempre es un respiro bienvenido para desacelerar el día.

Suena mi teléfono. Es otro GIF de emoción de Sook. Le conté que Rasha quería que la banda apareciera en el podcast y está más que feliz. “Mejor amigo del mundo”, tipeó con una serie de emojis.

La señora Chen está sentada en su escritorio calificando evaluaciones mientras miramos el episodio.

Tareas sin complicaciones. Televisión en clase.

–Este año no termina más, ¿no? –pregunta Pari–. ¿No podemos graduarnos de una vez?

–Sí –digo. En realidad, el tiempo está pasando demasiado rápido. Mi postulación a Harvard tiene que estar lista el primero de noviembre y todavía no empecé a prepararla–. ¿Ya empezaste con tus solicitudes de ingreso?

–Sí –intenta quitar su barniz violeta resquebrajado de sus uñas–, ya envié unas cuantas.

Trago una palomita de maíz demasiado rápido. Se me pega en la garganta y toso lo suficientemente fuerte como para que los chicos sentados delante de mí se den vuelta para echar un vistazo.

–Aquí tienes –dice Pari mientras me ofrece agua.

Desenrosco la tapa y bebo.

–Gracias –otro sorbo–. Entonces, ¿ya enviaste tus solicitudes?

Lógicamente, sé que las universidades no evalúan las postulaciones que llegan temprano de manera más favorable que las que llegan el día anterior a la fecha límite. De todas maneras, estoy alterado. ¿Y si Harvard se enamora de Pari antes de que tengan la oportunidad de conocerme?

–Todavía tengo que terminar algunas porque no puedo solicitar ingreso anticipado en todos lados. Pero la gran mayoría ya está lista. Tardé una eternidad –toma la botella de mi mano y bebe un sorbo–. Medio que entré en pánico el año pasado cuando tú, bueno, ya sabes, con lo del curso de Ciencias de la Computación. Fue difícil lidiar con eso, saber que no podría ser el mejor promedio. Así que pensé que lo mejor era dedicarme a las solicitudes de ingreso y terminar con ello. Me sigo diciendo que ahora puedo relajarme, pero supongo que eso no sucederá hasta que reciba mi diploma. No hay muchas personas que comprendan lo que vivimos nosotros –agrega después de una pausa–. Quiero decir, Isaac trabaja duro, pero es diferente.

–Sí –asiento con los hombros tensos.

Hubo un momento en que estábamos todos juntos en esto. Como estudiantes de primer año, solo había una asignatura avanzada en la que podíamos inscribirnos. Recuerdo que nos sentíamos como los chicos importantes porque teníamos trabajo extra. Éramos como cien en esa clase y, en los fines de semana, una docena nos reuníamos en Whole Foods. Era un evento, juntábamos mesas y desparramábamos nuestros libros y cuadernos, pero después terminábamos conversando y comiendo toda la tarde.

Pero cuántas más clases avanzadas hacía, más se achicaba el grupo de pares y menos era el tiempo que tenía para pretender que estaba estudiando cuando había tanto trabajo para hacer.

Quiero contarle a Pari lo que me pasa, pero parte de mí se pregunta si está intentando hacerme bajar la guardia. Tal vez sabe de mi examen desaprobado y quiere que caiga todavía más.

Como dijo, no me relajaré hasta que me den mi diploma. La risa de nuestros compañeros llama nuestra atención hacia la televisión.

–Amo esta serie –Pari suelta una risita–. Es mi preferida para hacer maratones.

–Solo he visto algunos episodios –replico agradecido por el cambio de tema–. Tal vez la vea el año que viene.

La expresión de Pari cambia. Esboza una sonrisa amable.

–Ya casi terminamos, Ariel –suspira y descansa la cabeza en sus brazos mirando la pantalla–. Ya casi terminamos.

Saludo a Janet con la mano mientras entro al estacionamiento del Centro Comunitario Judío. Sonríe y sale del puesto de seguridad, toma mi licencia de conducir y revisa la foto. El protocolo establece que debe hacerlo, aunque me conoce desde que era un niño pequeño.

–Es bueno verte, Ariel.

–¡A ti también! ¿Cómo estás?

–Ah, ya sabes, muy bien. Feliz de que esos días de calor se hayan terminado.

Me hace un gesto para que avance e ingreso en el estacionamiento gigante. Conduzco hasta los campos de fútbol en la esquina trasera y elijo un lugar para aparcar. Generalmente, la mamá de una amiga de Rachel la lleva a casa, pero esa amiga hoy está enferma. Apago el motor y salgo del auto.

Es un día sorprendentemente lindo; está fresco y siento la cantidad correcta de sol sobre mi piel. Estiro los brazos en el aire y bostezo, cierro los ojos y disfruto la suave brisa. Llegué temprano así que me pongo mis auriculares y escucho a Simon & Garfunkel. Sus voces familiares me reconfortan.

Debería estudiar o por lo menos reproducir mi audiolibro de Crimen y Castigo, pero solo tengo unos minutos. Puedo permitirme relajarme por unos minutos. A veces, salgo a correr con el viejo iPod de papá en vez de mi teléfono porque me obliga a vaciar mi mente; no puedo hacer nada más que escuchar música.

Cierro los ojos y me reclino contra el capó de mi auto mientras suena The Boxer. Debo haberme dormido porque el sonido de mi teléfono me despierta. Echo un vistazo hacia abajo.

Es Amir:

¿Qué estás escuchando?

Alzo la cabeza, miro a la derecha y luego a la izquierda. Amir está descansando contra un gran árbol con buena vista al campo de juego.

Muerdo mi labio.

Me saluda con la mano y esboza una media sonrisa, que por algún motivo hace que mi estómago se retuerza infinitamente más que por una sonrisa completa. Devuelvo una sonrisa demasiado ancha y delatadora, luego froto mis manos contra mis jeans intentando dominar mis nervios repentinos. El sol brilla sobre su cabeza y revela mechones claros en su cabello oscuro.

Camino hacia él y, por un momento, me quedo de pie en un cómodo silencio a su lado. Inhalo su aroma a menta y albahaca. Mi hombro está a tan solo centímetros del suyo. Si me moviera levemente, nuestros brazos se rozarían. Desde aquí, podemos ver todo el campo de fútbol. El sonido familiar de los golpes al balón llega hasta nosotros y mueve algo dentro de mí. Lo extraño; la concentración, la euforia no concentrarme en nada más que en el partido.

Amir suspira y cierra los ojos. Clavo mi mirada en él descaradamente, estudio la barba incipiente alrededor de su mandíbula, la pendiente de su nariz, la curva de sus labios.

Se mueve en el lugar y abre los ojos. Son de un café dorado al sol.

–Es un día hermoso, ¿no? Clima perfecto para jugar al quidditch.

Alzo una ceja y evito reprimir una risita.

–¿Para jugar al quidditch?

–¡Es un deporte real! Hay ligas nacionales y todo eso.

–Nerd –digo.

–Lo sé –sonríe–. Pero, en serio, quiero unirme a un equipo en la universidad.

–Estoy un poco intrigado.

–Te mostraré videos de partidos, lo prometo, cuando no esté tan lindo afuera –exhala lentamente–. Desearía que tuviéramos este clima para siempre.

–El otoño es la mejor estación. Es un hecho. Entonces, supongo que viniste a recoger a Sara.

–Sí, ¿y tú a Rachel?

–Sip.

Disfrutamos el silencio por un rato más.

–Mañana es el examen de Cálculo –dice Amir.

Me tenso, pero tengo una sonrisita en los labios cuando respondo.

–¿Estás intentando arruinar este día hermoso?

–Estás listo. Sé que lo estás.

Es verdad que nuestra última sesión de estudio juntos fue buena y estuve resolviendo correctamente todos los problemas de práctica en casa, pero igual, si no apruebo mañana, si no obtengo una A…

Sujeto con fuerza las llaves en mi mano, los dientes de metal hacen

presión contra mi piel.

–Estás listo –repite Amir. Lo observo, su mirada es tranquila, segura–. Ariel, te prometo que estás listo.

Asiento y exhalo. Una canción estalla en el campo de juego. Las niñas están saltando y riendo.

–Creo que terminó la práctica –digo.

–Parece que sí –asiente Amir.

–Probablemente debería llevar a Rachel a casa y estudiar un poco más.

–Bueno –replica Amir.

Se reclina otra vez contra el árbol y lo imito. Esta vez, nuestros brazos se rozan.

Es un día hermoso.

Leo las consignas dos veces.

Okey. Puedo hacer esto, ¿no? Puedo hacerlo.

Es la mañana del viernes y el reloj avanza mientras todos observan sus hojas.

Bueno, concéntrate. Escribe los pasos.

Derribo el primer problema. Sencillo. Casi demasiado sencillo. Reviso mi trabajo. Está bien. Luego lo vuelvo a revisar. Sigue bien.

Me tomo mi tiempo con el resto del examen, mis ojos van y vuelven una docena de veces en tanto me aseguro de marcar los números correctos en mi calculadora y reviso por tercera vez mi trabajo. Cuando llego a la hoja final, Pari se pone de pie para entregar su evaluación. Luego, más estudiantes, uno tras otro. Cuando Amir regresa a su escritorio, se pone a leer el tercer libro de Harry Potter; es una copia de tapa blanda muy usada. Suelto una risita suave y rápida, pero me escucha y me echa un vistazo.

–Nerd –susurro señalando el libro.

Sonríe.

Vuelvo a concentrarme en mi hoja y se me revuelve el estómago. Cierto, todavía tengo que terminar esto.

Mordisqueo un pellejo en mi dedo. Por lo menos estoy en el fondo de la habitación. Tal vez nadie note que soy el último en entregar. Echo un vistazo al reloj. Mierda, solo quedan diez minutos. Tengo que concentrarme. Si la gente lo nota, que así sea. Hoy, una calificación perfecta es más importante que cualquier otra cosa.

Termino los últimos problemas y vuelvo a revisar mi trabajo. Luego, entrego mi examen.

El señor Eller me mira y habla en un tono brusco:

–Espera aquí, Ariel.

Me muevo en mi lugar, siento los ojos de mis compañeros sobre mí. El señor Eller toma una pluma roja y contengo la respiración. ¿Me está torturando a propósito? ¿Me calificará ahora? Toma una hoja con las respuestas de una carpeta y en un abrir y cerrar de ojos su pluma recorre mi evaluación. Mi corazón palpita. Puedo sentirlo. Tilde, tilde, tilde.

Estoy inestable mientras pasa las páginas. Tilde, tilde, tile.

Llega al problema final, me mira y también marca una tilde.

–Bien hecho, Ariel. Puntaje perfecto.

Siento la adrenalina en mi cuerpo. Lo hice. Puntaje perfecto. El alivio hace que mi cabeza revolotee. Pero sigo estando demasiado consciente de la gente a mi alrededor como para celebrar, entonces solo digo “gracias” y regreso a mi escritorio.

Mientras avanzo, mis ojos encuentran los de Amir.

“¿Y?” parecen preguntar.

Alzo mis pulgares.

Sacude la cabeza y susurra:

–Tonto.

Cuando suena la campana, me paro para contarle a Amir lo bien que me fue, pero sale del salón apresurado y ni siquiera mira en mi dirección.

Ah.

Pensé que tal vez…

No sé qué pensé.

Isaac lanza su balón antiestrés al aire y lo atrapa.

–¿Qué quería el señor Eller?

–Calificarme en el momento. No sé por qué –encojo los hombros y añado casualmente–. Obtuve un puntaje perfecto, así que…

–Ustedes dos –dice Isaac señalándonos a Pari ya mí– son demasiado inteligentes. Dejen de hacernos ver mal a los demás.

–Amigo –replica Pari–, tienes un promedio altísimo. Creo que te va bastante bien.

–Para los estándares nacionales, seguro. Pero para los estándares de Etta Fields High School, apenas estoy entre el primer diez por ciento. Esta escuela es ridícula.

–No es tan mala –respondo, aunque no sé por qué estoy defendiendo este lugar. Tal vez sufro del síndrome de Estocolmo.

–¿No es tan mala? –pregunta Isaac–. Cuando estamos perdiendo un partido de fútbol americano, nuestros aficionados gritan los puntajes del SAT porque al menos estamos venciendo a la otra escuela académicamente. Por favor, eso es ridículo. Espero que las universidades sepan cómo es este lugar y que no se concentren demasiado en los rankings. Ni siquiera deberían incluir esa información en nuestro expediente académico en una escuela como la nuestra. Juro que si no entro a Vanderbilt…

Es difícil creer que Isaac está preocupado por Vanderbilt. Es el candidato perfecto. Es jugador de fútbol americano e hizo una montaña de clases AP. Las universidades probablemente lo admitan sin pensarlo dos veces. Pari acaricia su espalda dibujando círculos.

–Estarás bien –dice–. Estoy segura de que entrarás. Tienen que admitirte porque ese campus era increíble y quiero poder ir a visitarte.

–Sí, amigo –sumo–. Eres un estudiante excelente.

–Sí, bueno, no solo necesito ser admitido. Necesito una buena beca. No todos podemos… –vacila.

–¿Qué? –indaga Pari.

–Escuchen –sacude la cabeza–, sé que entrar en una universidad de la Ivy League es su primera prioridad, pero algunos de nosotros tenemos que entrar en la universidad y también ser capaces de pagar la matrícula. “Excelente” no siempre es suficiente para las becas. Con un poco de suerte, todas estas malditas clases AP ayudarán.

Vacilo antes de hablar.

–Eso es difícil. Pero estás haciendo todo lo que puedes. No te estreses –Y el premio del hipócrita del año es para… –. Voy a buscar una Coca Cola antes de clase, los veré más tarde.

Camino por el pasillo y me siento raro a pesar de mi puntaje perfecto, pero luego escucho que alguien llama mi nombre:

–¡Ariel!

Me volteo. Amir. Está parado solo al final del corredor, cerca de una salida de emergencia y una fila de casilleros. Camino hacia él mientras envuelvo mi mano con una de las correas de mi mochila.

–Perdón por haber salido corriendo de la clase –dice–. Me llamó mi médico. Hace una semana estoy intentando coordinar una visita.

–Mamá también me hace programar mis propias citas ahora –gruño–. Las responsabilidades de adulto son lo peor.

–Concuerdo. ¿Entonces? El examen. Parecías feliz, ¿cómo te fue?

Me quito el cabello de la frente.

–Oh, ya sabes… puntaje perfecto. Nada importante.

–¿En serio?

–Sí, en serio –sonrío.

–¡Así se hace, Ariel!

Chocamos los cinco. Nuestras manos se unen y permanecen entrelazadas por un momento demasiado largo, luego, dos momentos demasiado largos. Sus ojos chisporrotean. El contacto me abruma. Necesito hacer algo con la electricidad que circula por mi cuerpo.

Quiero hacer algo.

Pero luego, suena la campana.

Amir le echa un vistazo al reloj del pasillo y su mano abandona la mía.

–Probablemente deberíamos ir a clase –digo.

–Sí, probablemente.

Ambos seguimos sonriendo.

–Siento que acabo de aprobar todos mis T.I.M.Os –suelto.

–Oh, por Dios –sus ojos se ensanchan–. Excelente referencia a Harry Potter.

–Estoy aprendiendo del mejor.

–Ven por Cálculo, quédate por la trivia de Harry Potter.

–Ese debería ser tu slogan cuando seas tutor profesional –aclaro mi garganta–. Si no lo dije todavía, gracias.

–Fue un placer.

La palabra “placer” se desplaza suavemente por sus labios.

–¿Por qué accediste a ayudarme?

–Me lo pediste –responde como si fuera lo más obvio del mundo. Da medio paso hacia adelante y trago saliva, mi pulso se acelera.

Suena la campana otra vez.

Amir se echa hacia atrás y rasca su mandíbula.

–Entonces, a clase supongo –digo.

–Sí. A clase.

Me muerdo el labio. La mirada de Amir se posa sobre él. Sacude la cabeza con una leve sonrisa.

–Te veré más tarde, Ariel.

Sí, lo hará.

–Saúl, ven a ver esto –dice Mamá–. Creo que nuestro hijo está poseído.

–¿En serio? –pongo los ojos en blanco.

Suena el microondas y saco la carne molida ahora descongelada. Tengo una cacerola con agua hirviendo lista para la pasta y la cebolla y brócoli picados en la mesada.

–Estás cocinando –dice.

–Está cocinando, Miriam –papá aparece en la puerta y mamá lo mira.

–¿Esto es un sueño? ¿Tengo fiebre?

–A veces cocino –replico. Aunque ahora no estoy exactamente seguro qué tengo que hacer con la carne. ¿La lanzo en la sartén? ¿Antes debería poner aceite?

–Me ocuparé de eso –ríe mamá y toma la carne de mis manos–. Mira cómo lo hago.

Mientras observo, papá termina de picar y toma otra sartén para los vegetales. Tira un poquito de aceite de oliva y ajo triturado y en instantes la cocina huele deliciosamente.

–¿Qué te sucedió? –pregunta papá–. ¿Tuviste un buen día?

Tuve un día excelente. Aprobé mi examen.

Aprobé mi examen y Amir…

Mis mejillas levantan temperatura.

–Sí –aclaro mi garganta–, bastante bueno. Y tenía algo de tiempo libre después de la escuela así que pensé que podría cocinar y podríamos celebrar una cena temprana de Shabat.

Tiempo libre.

El concepto me resulta tan extraño que cuando llegué a casa esta tarde, miré fijo al televisor diez minutos sin siquiera encenderlo. Clavé la mirada en la pantalla negra e intenté analizar qué hace la gente con su tiempo cuando no tiene pilas de tarea.

Hoy, aprobé Cálculo, hice mi ensayo de Crimen y Castigo y entregué un trabajo para Literatura Inglesa AP. Es viernes por la tarde y, como los servicios religiosos de Rosh Hashaná son el lunes y el martes, no iré a la escuela por cuatro días. Tengo que practicar el solo de Scheherazade y estudiar para otras clases, pero cuatro días es tiempo más que suficiente para hacer todo.

Entonces miré la televisión hasta que mi estómago gruñó y tuve una revelación: ¡Ah, la gente cocina en su tiempo libre!

Mis padres me han cocinado por casi dieciocho años. Sería lindo devolverles el favor.

–¿Moñitos o penne? –pregunto tomando la pasta de la alacena.

–Mmm… –mamá duda.

–¡Moñitos! –grita Rachel. Entra a la cocina saltando y luego corre alrededor de la mesa.

–¡Tranquila! –dice mamá–. Tienes demasiada energía. No puedo creer que les quitaron el receso a los niños de quinto año en tu escuela. Vamos –le da a Rachel una espátula–. Ayúdame a sazonar la carne.

Veinte minutos después, la cena está lista, ya dijimos la oración y

estamos sentados alrededor de la mesa, hundiéndonos en platos calientes de pasta y salsa de carne.

–Mmm –dice Rachel–. ¿Quién sazonó esto? Está delicioso.

Todos nos reímos.

–Gracias por hacer la cena, Ariel –dice papá.

–Tuve algo de ayuda.

–Lo que cuenta es el gesto –papá le da un mordiscón al pan de ajo–. Mmm y pensaste en descongelar este pan, así que ese gesto es importante.

–¡Miren esto! –Rachel lanza un trozo de pan al aire y lo atrapa con la boca. Sonríe mientras mastica.

–Lindo –sonrío mientras me reclino en mi asiento y mamá comienza con los momentos graciosos y destacados de la semana.

Estoy tan listo para terminar la secundaria, pero el próximo año, no estaré aquí para las cenas semanales de Shabat. Probablemente, solo tenga algunos días de vacaciones al año. Estoy listo para graduarme, pero mientras miro alrededor de la mesa y escucho a mi familia hablar de su semana, no puedo evitar desear que mudarme no significara alejarme de ellos.

OCHO

–¿Qué tan grande es su audiencia? –pregunta Sook. Pasa un dedo por las superficies del estudio de grabación e inspecciona el equipo con un cuaderno y una pluma en la mano.

–Depende de la semana –responde Rasha, luchando con el micrófono, lo mueve hacia la izquierda y luego a la derecha. Nunca vi a Rasha nerviosa. Tal vez tenga algo que ver con esa chica Lois, una de las productoras ejecutivas del podcast que nos está mirando sin nada de disimulo desde su oficina. Es el primer episodio que Rasha produce sola y parece que alguien no está lista para ceder el control–. ¡Ahora sí! –su voz se aliviana cuando logra acomodar el micrófono.

–¿Necesitas ayuda? –ofrece Malka. Estamos sentados en una mesa adicional contra la pared trasera de la habitación. Malka mencionó que Rasha la había invitado a ver una grabación esta semana así que esta es su segunda vez aquí.

–Sí, ¿podemos ayudar con algo? –pregunto.

–Estoy bien, ¡gracias igual! –Rasha tiene puestos unos lindos jeans y un blazer. Luce como una productora–. Pronto estaremos listos. Sook, no estoy segura del número exacto de nuestra audiencia, pero tenemos el mayor número de descargas de todos los podcasts del campus. Y estamos en el top cien en Atlanta.

Sook lleva su pluma a la hoja.

–Incluirás nuestras redes en las notas del show, ¿no? ¡Ah! ¿Twittean los nuevos episodios? ¿Etiquetarían a nuestra banda? Demonios, tengo que actualizar nuestra cuenta –garabatea algo–. ¿Y cuánto incremento de tráfico web han tenido sus invitados?

Rasha nos mira preguntándonos con los ojos si habla en serio así que

sacudo la cabeza y sonrío. Sook, abstraída de todo, voltea la página en su cuaderno y sigue escribiendo.

–En realidad, no estoy a cargo de esas cosas –responde Rasha–. Si quieres, puedo ponerte en contacto con alguien que se encarga de la parte de los negocios.

–Fantástico –Sook ya tiene el teléfono en la mano–. ¿Cuál es su número?

Reprimo una carcajada y Malka resopla.

–Bueno –dice Rasha–. ¡Ya estamos listos! Sook, te conseguiré esa información después. Ariel, si te parece bien, me encantaría entrevistar a Malka y a Sook primero y luego te incorporarás al final.

–No es necesario –replico–. Ni siquiera hemos ensayado juntos todavía.

–Solo serán unos minutos –explica Rasha–. ¿Está bien?

–Seguro –encojo los hombros. Supongo que, si decido escribir sobre Dizzy Daisies para mi ensayo para entrar a la universidad, mi "carrera musical" podría probarse de alguna manera.

Las chicas se acomodan en la mesa circular con el micrófono en el medio. Me reclino en mi lugar y descanso sobre mis manos. Rasha hace una cuenta regresiva y luego da la bienvenida al episodio. Su voz de grabación es ligeramente diferente, más sedosa, y se toma su tiempo para pronunciar, enuncia cada sílaba.

Empieza con preguntas básicas. ¿Cuándo empezó la banda? Primer año de secundaria. ¿En dónde ensayan? En el sótano de Sook. ¿Qué instrumentos tocan? Malka guitarra y Sook es vocalista y toca el teclado, la batería y se encarga de todos los sonidos de sintetizador que quieran.

Pero a medida que las preguntas se complejizan, noto que Sook se tensa. Hace girar un anillo de oro en su dedo índice y se detiene por un momento antes de responder, como si cada palabra tuviera que ser perfecta.

Malka logra un intercambio más fluido. Su conversación con Rasha suena natural, como si estuvieran pasando el tiempo. Conversan unos minutos sobre qué atrajo Malka a la banda en primer lugar. Y luego Rasha pregunta:

–Malka, ¿pensaste en dejar la banda cuando terminaste la secundaria?

–No –responde Malka–. El viaje de ida y vuelta puede ser duro, pero quiero mucho a Sook. Es talentosa y sabe lo que quiere. Sook logrará grandes cosas y, por lo menos por ahora, quiero acompañarla.

Sook parpadea, tarda un segundo en comprender el cumplido. Parece liberar algo de la tensión que está acumulando. Se inclina y besa a Malka en la mejilla.

–Malka olvidó añadir que ella también es increíblemente talentosa –dice–. Tengo suerte de que se haya quedado conmigo y estoy segura de que podremos llegar lejos juntas. Con dedicación y trabajo duro, lo lograremos.

La conversación se relaja otra vez mientras cuentan la historia de su primera presentación, que fue una pesadilla y, de alguna manera, involucra a un payaso.

Riendo, echo un vistazo hacia el vidrio, esperando encontrar a Lois fulminándolas con la mirada, pero en cambio mis ojos encuentran a los de Amir quien sonríe y me saluda con la mano.

Digo “hola” sin emitir sonido y luego me siento ridículo.

La mirada de Amir se posa sobre las chicas. Parece que las está escuchando grabar. Tal vez haya un parlante afuera de la habitación.

Me pregunto qué está haciendo aquí. ¿Visitando a su hermana?

–Ariel –Rasha intenta llamar mi atención y me sobresalto–, únete a nosotras.

Aclaro mi garganta y me pongo de pie, repentinamente nervioso. Camino hacia ellas y me acomodo en la mesa.

–Ariel también está en último año del secundario –explica Rasha–. Se unirá a este dúo para tocar el violín en algunas de sus canciones. Ariel, ¿cómo llegaste a Dizzy Dasies?

Tengo la mente en blanco. No sé la respuesta. No estoy preparado. Pero siento una mano sobre la mía y encuentro la mirada de Sook. Es cálida, familiar y parece estar diciéndome "tú puedes".

–Mmm –exhalo–. Soy muy buen amigo de Sook y Malka, necesitaban un violinista así que encajamos perfecto. Y soy, mmm, un apasionado por la música.

–¿Quiénes son algunas de tus influencias? –pregunta Rasha y me muevo en mi asiento.

–Crecí escuchando rock clásico y sesiones de jam, supongo que todavía es mi estilo preferido –pauso y pienso en la música que valoro–. Pero algunas de las piezas de orquesta que toco también son geniales. Creo que me gusta mucho lo instrumental y por eso encajamos bien; Sook es una compositora excelente –me mira radiante mientras continúo–. Es como que puede reproducir cinco instrumentos en su cabeza a la vez. Es increíble.

El resto del segmento pasa volando. Rasha concluye el episodio y luego todos nos ponemos de pie y estrechamos la mano con Rasha, quien le hace un gesto a Amir para que entre a la cabina.

–Gran trabajo –dice.

–¿Sonó bien? –Sook entrelaza sus manos.

–¡Sonó fantástico!

–Hola, hermanito –dice Rasha, lo que es gracioso ya que Amir le lleva unos quince centímetros. Se abrazan y luego Amir da un paso hacia atrás para pararse al lado de ella.

–Será un gran episodio. Algunas de las personas que entrevistan son tan aburridas que es doloroso.

–Guau –dice Rasha en tono sarcástico–. Gracias por el voto de confianza.

–Es un voto de confianza en ti –responde–. Sé que no produjiste ninguno de esos segmentos.

–¿Sabes qué sería un episodio interesante? ¡Hablar de tu fotografía!

La sonrisa de Amir se desdibuja, pero se mueve en el lugar y dice:

–Hablando de fotografía, iré a una muestra cerca del campus, en Elaine's si alguien quiere venir conmigo.

–Mmm, ¿qué les parece? –pregunta Sook.

–Bueno –dice Rasha–. No bebo, pero estos lugares suelen tener vino gratis y ningún recelo en servirle a menores.

–¿Vino gratis? Oh, definitivamente iremos –responde Malka.

–¿Te interesa, Ariel? –pregunta Amir. Se estira para rascar su cuello, su camiseta se levanta y revela un poquito de su estómago. Tez café y un dejo de cabellos finos.

–Seguro –trago fuerte–. Cuenten conmigo.

–Es raro beber vino sin rezar antes –le murmuro a Malka. Estamos de pie en frente de una fotografía gigante en un lienzo. Es una imagen sencilla; un campo, el destello de una mano pequeña y el vestido de una niña en un costado, justo fuera del lente de la cámara. Me genera una necesidad extraña de correr tras ella y ver qué está persiguiendo fuera del marco.

–Sí –Malka se ríe–. La primera vez que me emborraché con algo que no era Manischewitz también fue raro, pero no te preocupes –me da una palmadita en el brazo–, te adaptarás.

Elaine's queda a unos kilómetros del campus. Comprendo por qué Amir ama este lugar. Las salas son pequeñas pero cálidas, la gente es silenciosa pero amigable y suena una guitarra acústica a través de parlantes escondidos. La canción que suena ahora parece ser una versión sencilla de Blackbird de los Beatles.

Los cinco compartimos un auto desde el estudio. Si me hubieran preguntado un mes atrás con quién estaría un viernes por la noche y qué haría con ellos, no hubiera respondido esto. Me pregunto si la universidad es así, seguir la corriente, siempre decir que sí porque a quién le importa la pila pendiente de tarea. Es increíble; las

posibilidades de un viernes libre.

Amir se desplaza por la habitación, estrecha manos y conversa con varias personas. Aquí está cómodo, confiado. La gente parece gravitar hacia él. Intento no detenerme en cada muchacho que estrecha su mano o le da una palmadita en la espalda. Me pregunto si Jacob, el fotógrafo de veintidós años, está cerca.

–Estás mirando fijo otra vez –susurra Malka.

–¿Eh? –me llevo la copa de vino a los labios, pero está vacía–. ¿Quieres más? Necesito, mmm, limpiar mi paladar antes de la próxima foto.

–No creo que eso exista –replica Malka.

–Definitivamente no.

Nos servimos más vino de todos modos y pasamos a la siguiente imagen. Y la próxima después de esa. Después de un rato, Malka dice que me tome mi tiempo. Hay un pequeño parque al lado de la galería e irá a pasar el tiempo ahí con Rasha y Sook.

Paseo por la habitación por mi cuenta mientras disfruto del vino que no sabe a jugo de uva y del arte que no pide nada de mi parte. Hay una sección destacada con un reflector, una pared para una artista nueva. Su trabajo complementa bien el resto de la galería. Me acomodo en frente a una toma de un cielo nocturno. Una silueta se desdibuja en la base de la foto, tal vez alguien bailando bajo las estrellas.

–Esta es una de mis favoritas –dice una voz familiar.

Menta y albahaca.

Le echo un vistazo a Amir. Está parado cerca de mí con la mirada

clavada en la fotografía.

–Es linda –digo–. Me hace sentir feliz.

–En paz. Muchas fotografías son oscuras, deprimentes. Es como si solo los asuntos serios inspiraran buen arte. Creo que es más difícil hacer feliz a alguien que entristecerlo.

–Sí –asiento–. Supongo que eso es cierto.

–Vamos –su mano roza mi brazo–. Quiero mostrarte algunas más.

Me alegra que las chicas no estén aquí. Este momento se siente demasiado indulgente como para compartirlo. Paseamos por la galería juntos. Siento un cosquilleo en la piel. Quiero tomar su mano.

Lleva un cárdigan sobre su camiseta. Le queda bien la combinación… se ve sexy. Entrecierro los ojos al notar su camiseta de Hufflepuff.

–Pensé que eras de Ravenclaw –digo.

–Observador –sonríe–. Soy un Ravenpuff así que visto las dos

–Me encanta Harry Potter, pero nunca pensé demasiado en mi casa.

–Mmm, diría que eres un Gryffinclaw.

–Me compraré dos camisetas –bebo el último sorbo de vino–. ¿Cuán seguido vienes a estas presentaciones?

Ahora estamos en una esquina oscura de la exhibición. Una luz solitaria brilla sobre una foto de una polilla sobrevolando un farol. Nuestros hombros están cerca, se tocan de manera casi imperceptible. Juro se está inclinando hacia mí. Trago saliva, no quiero moverme y

romper el momento.

–No tanto como quisiera –responde–. Pero por lo menos un par de veces al mes.

–¿Vienes solo o con algún amigo o con tu… novio? –casi digo la última palabra tosiendo.

–No tengo novio. Generalmente vengo solo y me encuentro con amigos –me echa un vistazo sonriendo–. Esta noche estoy disfrutando la compañía.

El aroma de la comida llega antes que los platos. Se me hace agua la boca. El restaurante tailandés es pequeño y oscuro. Estamos estrujados en una cabina en el fondo. Unas velas flotantes iluminan la mesa negra laqueada. Estoy en una esquina y Amir está a mi lado. Rasha y Malka están sentadas en frente nuestro y Sook se acomodó en la punta de la mesa. Rasha nos contó que come aquí por lo menos una vez por semana.

Nuestra mesera apoya nuestros platos en la mesa. Pilas de fideos con carne con especias y pimentones cortados. Arroz con huevo, cebolla de verdeo y tofu triturado. Pongo mi rostro sobre mi plato e inhalo el vapor perfumado; literalmente se me hace agua la boca. La segunda cena perfecta.

Amir toma su tenedor. Pidió pollo con jengibre y una salsa color café liviana con cebollas salteadas.

–Ariel –dice–. Deja de mirar mi comida.

–No puedo evitarlo –río, tomo mi tenedor y miro mi propio plato.

Rasha me sonríe desde su lugar.

–Prepárense para que todas las demás comidas de su vida sean una decepción para siempre.

Pruebo un bocado. Demonios, es sabroso. Nunca comí comida tailandesa así. Picante y dulce con un dejo ácido por la lima. Los fideos están cocidos a la perfección, la carne es suave y especiada.

–Hola, por favor entiérrenme en este restaurante porque nunca me marcharé.

–Y a mí en la parcela contigua –concuerda Amir.

Nuestra mesa cae en un silencio de satisfacción mientras todos se hunden en sus platos. Me recuerda a los cinco minutos previos a la comida cuando tenemos invitados para la cena de Shabat. Somos una familia conversadora, pero cuando la sopa de bolas de matzá de mamá está servida, nadie tiene tiempo para hablar.

Terminamos, uno tras otro. Me reclino contra la cabina con la mirada fija en mi plato vacío. Amir se reclina a mi lado, nuestros hombros se tocan. La cabina es pequeña, tienen que tocarse. Está bien, puede que me esté inclinando un poquito hacia él.

–Realmente quería que sobrara –su plato está tan limpio como el mío–. Puede que mañana regrese por más.

–Inteligente. Tráeme contigo –digo.

–Está bien –sonríe y mi piel se sonroja. Sé que está bromeando, pero igual… ¿Amir y yo en un restaurante solos? ¿Un restaurante acogedor, con luces tenues e íntimas?

Algo roza mi mano. Miro hacia abajo. Los dedos de Amir acarician los míos. Echo un vistazo a los demás, pero nadie parece ver debajo de la mesa. Nuestros dedos se entrelazan. Miro a mis amigas intentando mantener una expresión neutral mientras su mano estruja la mía.

Dios, quiero besarlo.

Nos sumamos a la conversación grupal. Pero toda las risas y el parloteo parecen lejanos, distante. Solo puedo concentrarme en el calor de nuestras manos unidas.

Termina haciéndose tarde y el restaurante se vacía. Nuestra mesera suelta el suspiro de “quiero terminar mi turno”.

–Iré a buscar el auto –ofrece Amir, aparcamos a ocho calles.

–Te acompaño –digo sin pensarlo dos veces.

Solo Malka nos mira con sospechas. Sook y Rasha nos agradecen y siguen conversando.

Un minuto después, estoy solo con Amir. Caminamos por las calles iluminadas con faroles. Ya extraño su mano, pero se siente demasiado real tomar su mano aquí afuera. Amir volvió a callarse. Es un silencio contemplativo, pero estoy estallando de adrenalina con la necesidad de hacer que algo suceda. No dejo de echarle vistazos a sus labios.

–Me divertí esta noche –digo al fin–. Mucho mejor que estudiar en

casa.

–Bien, me alegro –Amir me mira. Sus ojos son más cálidos que nunca con la luz de los faroles. Los estudio por un momento, preguntándome si siente lo mismo que yo.

La curiosidad alimenta el coraje.

–Tal vez podríamos hacerlo otra vez. Solo nosotros. Si sabes de otras exhibiciones…

–Me gustaría.

Volvemos a caer en silencio, pero el aire cruje a nuestro alrededor. Cuando llegamos al auto, Amir me sigue hasta la puerta del pasajero. Se para delante de mí con las manos en los bolsillos. Mi espalda casi toca el auto. Intento respirar profundamente para calmarme, pero inhalo menta y albahaca.

–¿Ariel? –pregunta Amir. Su mirada es sincera y determinada–. ¿Puedo besarte?

Se me seca la garganta, mi voz suena áspera.

–Sí, puedes besarme.

Nuestros labios se encuentran y el beso es suave y dulce con un dejo de necesidad. Amir jala de mi chaqueta y me acerca más a él. Nuestros pechos se tocan ligeramente y mi pulso se acelera.

Es el beso más gentil del mundo. Deliberadamente suave, es como si pudiéramos quedarnos aquí contra este auto por una eternidad. Sus labios rozan los míos y luego exploran mi mejilla y mi mandíbula, ligeros como una pluma. Mis manos se dirigen instintivamente a su cabello. Es abundante y suave y Amir hace un pequeño sonido cuando mis dedos lo acarician.

Con el tiempo, su boca regresa a mis labios para un beso final.

Luego apoya su frente contra la mía y abro los ojos solo para verlo así de cerca. Sus ojos siguen cerrados, sus pestañas son largas y oscuras.

Amir retrocede solo un poquito. Me da un pequeño empujón con una sonrisa insoportablemente seria y dice:

–¿Sabes, Ariel? Estoy muy feliz de que seas malo en Cálculo.

–Oh, por Dios –río y luego lo empujo suavemente, pero mi mano sujeta su camiseta y lo acerco a mí–. Eso es terrible.

–¿Lo es?

–Sí –respondo y lo beso otra vez.

NUEVE

–Rachel, ¿puedes traer el jabón extra del armario? –grito con los codos hundidos en el fregadero mientras baño a este dulce perrito.

No hay respuesta.

–¿Rachel? –grito con más fuerza.

–Ugh. Un minuto.

Entra a la habitación ofendida unos minutos después y deja el jabón sobre la mesa.

–Aquí tienes, ¿feliz? –gira sobre sus talones y se marcha.

–¡Eres demasiado joven para estar convirtiéndote en una adolescente! –grito cuando se marcha.

Una hora después, terminé de bañar a todos los perros, pero no estoy para nada cansado. Mis labios siguen vibrando por el beso con Amir de ayer a la noche. Podría haberme quedado así, con espalda contra el auto, toda la noche. Pero nuestras amigas seguramente hubieran notado algo si nunca las íbamos a buscar.

Solo pasaron catorce horas desde que lo vi, pero ya se siente como demasiado. El lunes y el martes iré a la sinagoga en vez de a la escuela. ¿No lo veré hasta el miércoles? ¿Cuándo podré volver a besarlo? ¿Podré besarlo otra vez?

Estoy asumiendo que no fue algo de una sola vez.

Definitivamente no se sintió como algo de una sola vez.

Anoche cuando llegué a casa, fui directo a la cama. Colapsé después de toda la adrenalina y dormí por ocho horas antes de despertarme para el templo. Tal vez pueda ver a Amir mañana. Rachel no tiene partido de fútbol por las fiestas, así que mi único compromiso mañana es ensayar con Dizzy Dasies.

Saco a Ezekiel de su jaula y me dirijo a la habitación de adelante.

–¿Quieres jugar con él afuera? –le pregunto a Rachel.

Está en el sofá, leyendo de una carpeta con las cejas arrugadas. Su mochila está repleta sobre su regazo y la abraza como si fuera un cojín.

–¿En qué estás trabajando? –pregunto–. ¿Piratas? ¿Capitales?

–Trabajo de lectura –Rachel pasa de página mientras mordisquea una de las tiras de su sudadera.

–¿Quieres tomarte un descanso? ¿Jugar un rato con los perros?

–Seguiré trabajando –dice sin levantar la mirada.

–Vamos, será divertido.

–Estoy trabajando, Ariel. No quiero retrasarme.

Supongo que hasta los niños de quinto año de primaria tienen que ponerse al día si faltan dos días a clases. De todos modos, vacilo. Pero luego Ezekiel suelta un ladrido a mis pies y agita la cola.

–Está bien –digo–. Estaremos afuera si quieres unírtenos.

Tomo mi teléfono y llevo a Ezekiel al jardín.

–Son muchas partituras –digo cuando Sook me da una pila de papeles. Es domingo por la tarde y estamos en su sótano para nuestro primer ensayo juntos. A la mañana, Amir me envió un mensaje e hicimos planes para estudiar juntos esta noche en mi casa. No dejo de echarles vistazos a mi teléfono, miro los minutos avanzar hasta la noche.

–Bueno, obviamente –replica Sook–. Esta no es una de tus canciones de orquesta. No te iba a permitir inventar las notas.

–Pero son muchas partituras –ojeó las páginas.

–Pensé que te sumaríamos a algunas de nuestras canciones. Ya sabes, por si acaso tocarás con nosotras.

–Sook –le advierto. Parece que me escribió partes para la mitad de su repertorio por lo menos.

Malka baja las escaleras como puede. Sostiene un bagel en la mano mientras peina su cabello en un rodete.

–Ay, Dios –dice Sook–. Estaba a punto de enviarte un mensaje.

–Lamento haber llegado tarde –responde Malka–. Mi compañera de habitación me obligó a ir a mi primera fiesta en una fraternidad ayer a la noche, así que ya saben, resaca. Salir de la cama esta mañana fue lo peor que me pasó en la vida.

–¿Ahora estás bien? ¿Tal vez deberías tomar algo de agua? –Sook tamborilea sus dedos contra el teclado.

–¿Cómo estuvo la fiesta? –pregunto–. ¿Te divertiste?

–Fue un poco asquerosa –Malka arruga su rostro–. La casa era un asco, pegajosa y oscura. E hicieron una especie de poche en un cesto de basura gigante, no estoy bromeando. Y todos los chicos estaban ebrios y gritaban. Para nada lindo. No fue mi tipo de fiesta.

–Qué asco –digo–. Entonces, ¿no fue nada divertido?

–Bueno, mis amigos y yo nos acomodamos en una esquina y abrimos una botella de vodka saborizado así que bebimos eso. Y después de ponernos bastante ebrios, fuimos a Waffle House juntos y eso fue divertido. Esos wafles eran increíbles, me cambiaron la vida.

–¿Entonces en la universidad solo deberíamos emborracharnos para poder comer después de la borrachera?

–Sí –Malka se ríe–, básicamente.

–Entonces… ¿irás a buscar algo de agua? –interviene Sook–. ¿Así podemos ensayar?

–Sí –Malka la mira molesta y tensa–, ya regresó.

–¡Gracias! –replica Sook. Mientras Malka sube las escaleras, Sook hunde su rostro entre sus manos y gruñe.

–¿Qué sucede? –pregunto.

Arrastra las manos hacia abajo para que pueda verla a los ojos.

–Sé que estoy siendo irritante. Puedo escucharme siendo irritante –se detiene–. Este trato que hice con mis padres… sé que suena ridículo, quejarme por tener que ir a una universidad de la Ivy League. Es un capricho y un privilegio y absurdo –muerde su labio–. Pero este es mi sueño y mi oportunidad para intentarlo. No quiero ser la persona que persigue a los demás todo el tiempo, pero si no ensayamos, no mejoraremos. Y entonces no conseguiré un representante y mi carrera musical terminará incluso antes de iniciar –su voz se quiebra con la última palabra y comienza a llorar–. Es ridículo. Soy ridícula.

–Ey –digo caminando hacia ella. Me siento en la banqueta a su lado y le doy una palmadita en la espalda.

–¿Qué soy? –esboza una sonrisa irónica–. ¿Uno de los perros del refugio?

–¿Quieres que rasque detrás de la oreja?

Se ríe y me empuja.

–Oh, Dios, no.

Me río con fuerza y golpeo su hombro con el mío con suavidad.

–No seas tan dura contigo misma. No eres ridícula. Sabes lo que quieres. Pero tal vez –pauso–. Tal vez estás siendo demasiado dura con Malka. Cuéntale lo que te está pasando. Pregúntale si quiere las mismas cosas.

–¿Y si no quiere? –Sook entrelaza sus manos.

–Apestaría, pero es mejor que arruinar su amistad.

Vuelve a hundir su rostro entre sus manos y gruñe una vez más. Vuelvo a darle unas palmaditas en la espalda.

–Necesito que esto suceda –murmura. Inclina la cabeza y sus ojos encuentran los míos–. Si no persigo mis sueños ahora, no lo haré nunca. Iré a Dartmouth, estudiaré y conseguiré un trabajo de verdad. Pagaré las cuentas, me casaré y nunca volveré a priorizar mi música otra vez. Sé que solo estoy en la secundaria, pero es como si ya se me estuviera acabando el tiempo.

Sus palabras resuenan con mi propia espiral de pensamientos. Si no entro en Harvard, toda mi vida será correr detrás de una oportunidad que ya perdí.

Estoy tentado de contarle a Sook lo que me pasa. Confiarle lo que me sucede como se lo confié a Amir. Pero mis problemas terminaron, ¿no? Aprobé el último examen. No necesito quejarme sobre un problema que ya no existe.

Siento los pasos de Malka sobre la escalera, le doy un pequeño codazo a Sook.

–Habla con ella –susurro.

–Ya casi estoy lista, lo prometo –dice Malka bebiendo su agua, aún luce tensa.

–Está bien, tómate tu tiempo –Sook alza la mirada.

–¿Por qué? –Malka entrecierra los ojos.

–Escucha –Sook se aclara la garganta–. Lamento haber sido tan insistente con la banda y no haber sido la persona más agradable últimamente –le echa un vistazo a Malka–. De verdad quiero esto,

¿sabes? Y solo tengo como medio año para lograrlo. Pero sé que estás en la universidad y que tienes otra vida ahora y tengo que ser más considerada.

Malka luce sorprendida, pero su rostro se suaviza.

–Gracias por la disculpa. En serio, yo… –se detiene–. Amo esta banda, pero ¿quiero que sea mi prioridad? ¿Quiero conseguir un representante e intentar esto en serio?

–¿Quieres? –pregunta Sook,

–A decir verdad –Malka vacila–, no lo sé. No quiero comprometerme, decir que sí y después abandonarte.

–Sí –Sook retuerce la boca–, tampoco quiero que me abandones.

–¿Puedo prometer ser honesta contigo? Si comienzo a dudar de mi compromiso, te lo diré y te daré tiempo para encontrar a alguien nuevo.

–Eso es muy justo y verdaderamente lo odio. Te quiero, Malka.

–Yo también te quiero.

–Esto es como el final feliz de una película original de Disney Channel –digo sonriendo.

–Cállate –dicen mis amigas al mismo tiempo.

–Bueno, pero si me callo no puedo contarles mis noticias –se me acelera el corazón por tan solo bromear con ellas. Todavía puedo sentir la suave presión de los labios de Amir contra los míos.

–Creo que sé cuáles son tus noticias –Malka sonríe.

–¿Qué? –Sook luce confundida–. ¿Estoy perdiéndome de algo? Me estoy perdiendo algo –se pone de pie–. ¿De qué me estoy perdiendo, Ariel? ¡Cuéntame!

–Amir y yo nos besamos el viernes a la noche. Cuando fuimos a buscar el auto.

–¡Lo sabía! –chilla Malka–. Como si quisieras caminar hasta el auto con él de la nada. Sí, seguro. No podían quitarse los ojos de encima en la cena.

–Ey –gruño–. ¿De verdad fuimos tan obvios?

–Claramente no –dice Sook–. No tenía idea –entrecierra los ojos–. Pensé que no te caía bien. ¿Qué está pasando?

–No… quiero decir, sí, era irritante. Pero no lo sé. Comenzamos a pasar tiempo juntos porque… –vacilo–. Queríamos estudiar para Cálculo y nos llevamos mejor de lo esperado y una cosa llevó a la otra y… –mi sonrisa es demasiado grande. Tomo un cojín y escondo mi rostro detrás de él.

–Oh, por Dios, adorable –dice Malka–. Hacen una linda pareja.

–¿Pareja? –pregunta Sook–. ¿Están saliendo?

–¡No! –digo–. Quiero decir, todavía no. Solo nos besamos hace unos días y todavía no hablamos de eso, pero se supone que estudiaremos juntos esta noche, así que…

–Ok –dice Sook–. Genial.

–Tu entusiasmo es abrumador –la miro fijo.

–Lo lamento.

Sigo clavándole la mirada.

–¡Lo lamento! –levanta las manos y sonríe con los ojos bien abiertos–. ¡Lo digo en serio! Estoy feliz por ti. Solo necesito tiempo para ajustarme. No tenía idea. La verdad es que me siento algo excluida, Ariel. No me dijiste que te gustaba. Te conté lo de Clarissa y ella ni siquiera vive en esta ciudad.

Tiene razón.

–Tienes razón –rasco mi oreja–. Sucedió muy rápido. No le conté a nadie. ¿Me perdonas, mejor amiga?

–Pero por supuesto –envuelve mi hombro con un brazo–. Estoy feliz por ti, en serio. Ahora vamos. Es tiempo de tocar nuestros instrumentos de una vez.

Nos posicionamos. Se siente raro tener mi violín en un ambiente nuevo. Hago sonar mis nudillos y luego mi cuello. Ayer practiqué el solo de Rimsky-Korsakov por horas así que mis dedos están adoloridos por las cuerdas de metal. Será una semana dura de prácticas para el solo y para la banda.

Leo la partitura. Es mucho más sencillo que lo que estamos tocando en la orquesta, pero es una presión diferente. Sook y Malka son casi profesionales. ¿Y si no soy lo suficientemente bueno? ¿Y si, al final del ensayo, Sook de voltea y dice: “Muchas gracias, pero no te preocupes, llamare a Pari”?

No tengo tiempo para los nervios porque Sook empieza la cuenta regresiva y luego comienza a tocar con Malka. Es la canción nueva, la que me encantó en el último ensayo, la que tenía el espacio perfecto para un violín. Cuando se acerca mi momento, posiciono mi violín, bajo el mentón y llevo el arco a las cuerdas.

La primera nota es dubitativa. Pero luego, toco las siguientes, una por una. El violín es dulce y salvaje como el resto de la canción.

La música envuelve la habitación, es evocadora y deslumbrante. Terminamos la canción y toco la última nota con vibrato. Mi cuerpo tararea. No puedo recordar la última vez que me dejé llevar por una pieza musical como ahora.

–No está mal –dice Malka con una sonrisa.

–Podría ser mejor –Sook también sonríe.

–¿Podemos tocarla otra vez? –pregunto.

–A mi cuenta –Sook guiña un ojo.

Más tarde esa noche, vuelvo a casa. Estoy solo, practicando en mi habitación. Mi familia fue a cenar a la casa de un amigo, pero me disculpé más temprano y mencioné que el ensayo podría demorarse. Y se demoró. Después de algunos intentos, mis orígenes de rock clásico salieron a la luz y sugerí algunos riffs más duros para las transiciones. Sook aprobó la idea y funcionó genial. Sentí ese estallido de satisfacción, como el que siento cuando obtengo una calificación

perfecta.

Pero se formaron algunas ampollas en mis dedos por presionar las cuerdas de metal y en mi cuello por mantener el violín en su lugar. Tengo que superarlo y aprovechar mi fin de semana largo para practicar este solo para la orquesta. Aprobar la evaluación de Cálculo alivió mucha de la presión, pero mi postulación a la universidad se siente vacía sin fútbol. Tal vez podría haberme anotado en el equipo de debate o participar del consejo estudiantil. Necesito la orquesta para parecer un estudiante completo y tengo que conservar el puesto de primer violín para destacarme de los otros estudiantes completos.

Acomodo la partitura. Luego tomo un pequeño ladrillo de resina y lo deslizo por la cuerda de mi arco. Es un ritual, parte de los pasos previos a tocar. Afinar, colocar resina, sentir el sonido del metrónomo.

Una vez que termino, levanto mi violín y me concentro en la página. Puedo hacer esto. Inhalo e imagino el preludio. El inicio de los contrabajos, el canto de las violas. Todo lleva a mi solo y cuando escucho al oboe tocar las últimas notas, comienzo. Dedos ampollados contra cuerdas de metal tocan notas dolorosas y perfectas.

El solo se acelera, es rápido pero airoso y puedo escuchar a la orquesta acompañándome. Construimos y tocamos la pieza juntos.

Y luego, cuando se termina, relajo mi postura y respiro.

No fue lo suficientemente bueno.

La voz de la doctora Whitmore resuena en mi cabeza: Otra vez.

Toco el solo de Scheherazade una y otra vez. Cada vez mis notas son un poco más precisas. Cada vez mi arco se desliza sobre las cuerdas con más control. Cada vez mis dedos arden con más dolor, pero es un sentimiento distante. No tiene importancia. Se supone que debe ser así. Así es como ensayan los primeros violines. Hay que darlo todo, cuerpo y alma. Estoy a punto de intentar el solo una vez más cuando alguien golpea la puerta de mi habitación.

Me sobresalto. ¿Mis padres ya regresaron?

–¿Mamá? –pregunto con cautela.

–No, soy yo.

¿Amir? Me froto los ojos. ¿Cómo olvidé que vendría hoy?

–¿Ariel?

–¡Ahí voy! –abro la puerta y allí está Amir afuera de mi habitación. Tiene un pantalón de friso negro que descansa sobre su cadera. Trago saliva.

–Lo lamento, el garaje estaba abierto y no respondías el teléfono. Te escuché tocar desde abajo. Suenas bien –alza el libro de texto–. ¿Todavía quieres estudiar?

–Mmm, sí. Estudiemos, entra –me hago a un lado. El silencio hace que mis palpitaciones sean demasiado ruidosas así que toco la pantalla de mi teléfono y pongo Scheherazade. Las cuerdas nadan en la habitación.

–Entonces, ¿quieres…? –rasco mi oreja.

–Estás sangrando –dice Amir.

–¿Qué?

Se acerca a mí mirando mi cuello. Y luego siento sus dedos sobre la piel delicada. Tengo un escalofrío. Sus dedos viajan hasta mi brazo y luego hasta mis dedos. También sangran. Solo unas gotas. He visto peores. Alza su mano como para mostrarme la evidencia.

–Oh –digo.

–Sí –replica.

Está parado cerca de mí, nuestros ojos no se despegan. Y luego la música toma ritmo y nos estamos besando. No estoy seguro de quién se inclinó hacia adelante primero. Tal vez fuimos los dos, pero sus labios están sobre los míos y estoy respirando su aroma; menta y albahaca.

Es un beso más hambriento que el primero.

Mis brazos envuelven su espalda y sienten sus hombros anchos. Y lo acerco más a mí. Sus labios abandonan los míos y viajan por mi mandíbula y cuello antes de volver a encontrar mi boca. Damos un paso juntos y luego otro hasta que sus piernas tocan el borde de mi cama. El primer movimiento de Scheherazade avanza. Mi pulso se acelera para aclimatarme al tempo.

Me alejo de él un segundo, respirando con dificultad.

–¿Estás bien? –pregunta Amir.

Mis manos están entrelazadas con las suyas, es como si no pudiera romper el contacto completamente.

–Estoy bien, pero eh… –aclaro mi garganta y le echo un vistazo a mi cama–. No quiero tener sexo ni nada. Quiero decir, quiero, algún día, pero no quiero tener sexo ahora mismo.

–Yo tampoco –dice Amir. Exhalo y él rasca su cuello, extrañamente cohibido por un instante–. ¿Los pantalones se quedan donde están?

–Los pantalones se quedan donde están –concuerdo.

Ambos sonreímos.

Después, volvemos a besarnos. Y luego estamos en la cama besándonos, dando vueltas y acercándonos todavía más. Mis labios recorren su piel, la barba incipiente de su mandíbula hasta su cuello y llegan a su clavícula. Amir tiembla debajo de mí cuando mordisqueo su piel accidentalmente.

Es demasiado sexi. De hecho, es una persona demasiado sexi.

–¿Esto está bien? –pregunta jugando con el dobladillo de mi camiseta.

–Sí –jadeo un poco cuando me quita mi camiseta y luego remueve la suya. Estoy abrumado por la presión de su pecho desnudo sobre el mío.

Bajamos la velocidad y los besos se parecen más a nuestro primer beso. Nos detenemos en el momento. Besos errantes como nuestras conversaciones. El tiempo se nos escapa y solo nos separamos cuando Scheherazade termina y la habitación queda en silencio.

Inclino mi cabeza sobre su pecho desnudo e inhalo su aroma. Mi mano acaricia su piel. Hay una gota de mi sangre seca de antes. La froto y luego beso el lugar en donde estaba. Amir suelta un suave suspiro como respuesta.

Parpadeo, mis ojos semicerrados, repentinamente me siento somnoliento y satisfecho.

–No quiero ir a la sinagoga mañana –digo–. Quiero quedarme aquí.

–Desearía tener un giratiempo como Hermione. Piénsalo. Podríamos retroceder el reloj y quedarnos aquí el tiempo todo tiempo que deseáramos.

–Me gustaría eso.

–¿Tus padres regresarán pronto?

–Tenemos algo de tiempo –miro a nuestros pechos desnudos–. Pero tal vez deberíamos volver a ponernos las camisetas –pauso–. ¿Deberíamos decirles?

Amir se mueve para poder mirarme.

–¿Decirles qué? –está sonriendo, provocándome. Quiere que lo diga.

–No lo sé –respondo–. Que estamos pasando tiempo juntos. Hablando.

–Creo que estamos haciendo un poquito más que hablar –pasa un dedo por mi clavícula y me sonrojo.

–Tal vez deberíamos esperar.

–Tal vez –coincide–. Ah, mañana vendré a tu casa. Tu mamá nos invitó para la cena de Rosh Hashaná.

–Entonces, definitivamente deberíamos esperar –digo–. Seremos animales en un zoológico si les contamos antes de pasar la noche todos juntos.

–Buena decisión –concuerda Amir. El aire acondicionado se activa y el aire frío envuelve la habitación. Amir jala de la manta para cubrirnos. Aquí abajo está tibio y acogedor–. Por ahora nos dejaremos la capa de invisibilidad –dice Amir.

–Nerd –resoplo.

–Tonto –sonríe Amir.

DIEZ

Las bancas crujen cuando todos nos ponemos de pie para el Amidá.

–Baruj ata Adonai, eloheinu veilohei avoteinu, elohei Avraham, elohei Yitzchak, veilohei Yaakov…

El servicio continúa. Memoricé la oración tras años de repetición así que la recito mientras miro a mi alrededor. La sinagoga está repleta por Rosh Hashaná. El Año Nuevo Judío. Muchos de nuestros congregantes solo vienen al templo para las festividades más importantes. Nuestro santuario hasta tiene divisores removibles para poder duplicar el espacio.

Voces estallan a mi alrededor, toda la congregación se une en algo más poderoso que una canción. Siempre es reconfortante estar rodeado de tantas personas recitando las mismas oraciones que enunciaron generaciones anteriores.

Mientras la Amidá pasa a la parte silenciosa, pienso en Amir en mi habitación ayer a la noche. Mi nuca levanta temperatura.

Tomo mi teléfono, lo mantengo bajo contra mi pierna. No tengo mensajes. Actualizo mi casilla de correo. En general, recibo correos no deseados, pero cada vez que aparece un mensaje de una universidad mi corazón se detiene, entro en pánico y me pregunto si me estoy olvidando de algo.

La gente comienza a sentarse así que yo también lo hago. Mis padres siguen rezando. Mi madre articula en hebreo y papá sigue la traducción en español con su dedo. Le hecho un vistazo a Rachel; está jugando con una bandita elástica, la estira y retuerce, sus manos nunca se quedan quietas.

Suena mi teléfono. Un recordatorio para prepararme para mi

entrevista con Harvard, que es en menos de dos semanas. Miro rápido mi calendario: examen de Cálculo, de Gobierno, un ensayo para Literatura Inglesa, ensayo para la universidad, practicar el solo de violín, trabajar en las solicitudes de ingreso…

Tal vez tengo más trabajo del que pensaba para este fin de semana.

La oración termina y otra comienza.

Todos dan una vuelta después del servicio religioso. Rachel sale corriendo para jugar en Tinder Hill y mamá y papá le desean feliz año nuevo a cien personas distintas. Están conectados con cada familia por alguna buena acción, desde hacer un reportaje sobre la crisis de salud en una escuela hasta representar legalmente a familias sin cobrar. Hacen tanto por la comunidad y nunca piden algo a cambio. Mis horas como voluntario en el refugio son una miseria en comparación.

Encuentro a Malka en la marea de congregantes y paseamos por el área casi desierta del preescolar de la sinagoga. Espiamos uno de los salones de clase, vemos su mapa de Israel, juguetes y mesas y sillas en miniatura.

Malka se ríe y se acomoda en uno de los asientos minúsculos.

–¿Puedes creer que alguna vez fuimos así de pequeños?

–Nop –respondo y me siento; no entra ni la mitad de mi trasero.

–Recuerdo cuando ustedes dos eran así de pequeños –suena una nueva voz. La rabina Solomon está parada en la puerta sosteniendo su bolsa lavanda del talit.

–¡Rabina! –dice Malka–. ¡Shana Tová!

–Shana Tová, Malka. Shana Tová, Ariel.

–¡Shana Tová! –respondo–. Disfruté el servicio.

–No estaba segura de que lo hubieras escuchado mientras revisabas tu teléfono –replica levantando una ceja.

–Ohhhhh –dice Malka riendo disimuladamente como si fuéramos niños otra vez.

–Lo lamento –me sonrojo–, estaba escuchando, lo juro.

–Está bien –la rabina agita su mano restándole importancia–, vengan conmigo. Ariel, tengo algo para darte.

–¿Está segura? –pregunto, aunque me da curiosidad saber qué tiene para mí–. ¿No está ocupada hoy?

–Demasiado ocupada. Necesito esconderme y ustedes dos serán mi defensa hasta llegar a mi oficina. Actúen como si estuviéramos en una intensa conversación, ¿fershtay?

Malka y yo asentimos, ambos divertidos. Nuestra rabina nos está haciendo participar de un engaño. Caminamos por el pasillo uno a

cada lado de ella. Efectivamente, todas las personas que cruzamos intentan llamar su atención.

–Hermosas palabras, rabina, quería preguntar…

–Rabina Solomon, ¿cómo está…?

–Ah, bien, rabina, resuelva este debate…

Nos turnamos para interrumpir a la gente, pero la rabina Solomon es la más versada. Alza un dedo con una expresión seria y dice:

–Lo lamento mucho. Estoy en el medio de algo importante con estos dos jóvenes.

Y luego seguimos avanzando por el corredor. Nunca atravesé una multitud en la sinagoga tan rápido.

Llegamos a su oficina y la rabina suelta un suspiro dramático de alivio y cierra la puerta detrás de nosotros.

–Baruj Hashem –dice–. Lo logramos.

Su oficina es grande. Hay suficiente espacio para una mesa para seis personas además de su escritorio y dos sillones gigantes. Estanterías cubren casi todas las paredes, repletas de textos en hebreo y en español. En los estantes también hay arte judaico. Desde piezas ornamentadas de gran valor hasta arcilla esculpida por los niños de preescolar. La rabina Solomon fue mi tutora para mi bar mitzvá, tuvimos algunas sesiones uno a uno en su oficina para mejorar mi D'var Torá.

Recuerdo que lo disfruté. Sus preguntas y comentarios me impulsaron a aprender y crecer. Y fue lindo mejorar mi oratoria solo por el hecho de mejorarla y no por una calificación.

–Aquí estamos –dice la rabina Solomon y toma un libro de la estantería–. Es una versión abreviada del Talmud; la que tenía cuando era una niña era demasiado voluminosa así que nunca abandonó la mesita de la sala de estar. Pero esta edición podría caber sin dificultad en una mochila o hasta en una bolsa. Llevé mi copia a la universidad y la leí allí. Antes de darme cuenta, estaba leyendo el Talmud todos los días. Por supuesto, me quedé sin historias y pasé al libro grande. Me gusta darle a cada estudiante que termina la secundaria una versión abreviada.

–Gracias –tomo el libro y siento un poco de culpa porque probablemente terminará en una estantería en casa. Pero la rabina dijo que era para la universidad, así que tal vez tendré tiempo para leerlo el año que viene.

–Malka, ¿estás disfrutando tu copia? ¿Qué tal la universidad?

–Sí, la estoy disfrutando –acomoda su cabello detrás de sus orejas. Hoy tiene aretes dorados y sus labios están cubiertos con algún tipo de brillo–. Leí algunas historias, eran buenas. Y la universidad es… ¡genial! –se clara la garganta, luce como si quisiera cambiar de tema–. Fui al Jabad del campus. Fueron amables.

–¡Eso es maravilloso! –la rabina une las manos–. ¡Me encanta el rabino Shmul! Ha hecho un gran trabajo en involucrar a los estudiantes.

–Si –dice Malka–. Me cae bien.

–Maravilloso, maravilloso. Me gusta escuchar que nuestros jóvenes se dedican a su comunidad. Esas relaciones perdurarán toda su vida –le echa un vistazo a su reloj y suelta un chasquido–. Probablemente debería regresar a las masas. Gracias a ambos por proveerme un respiro –sonríe–. Y una vez más, shana Tová.

–¡No lo hagas! –chilla Sook.

Rachel suelta una carcajada y persigue a Sook por la cocina con los dedos cubiertos de miel.

–¡Te atraparé!

–¡Haz que se detenga! –grita mi mejor amiga.

–¡A la orden! –intervengo y levanto a Rachel por las axilas hasta la altura de mis ojos. Se ríe con picardía–. No lo hagas –le advierto, pero planta su mano pegajosa sobre mi mejilla–. Ugh, ahora te arrepentirás.

La apoyo en el suelo y tomo el plato de manzanas y miel de la mesa. Lo sostengo por encima de su alcance, unto mi dedo con miel y corro detrás de ella alrededor de la mesa del comedor, pero antes de poder alcanzarla, se abre la puerta principal y me paro en seco delante de Rasha y Amir.

–Feliz Año Nuevo –saluda Amir, parece excepcionalmente entretenido.

–Gracias –respondo sin aliento. Nuestros ojos se conectan por un largo momento y trago fuerte.

La mirada de Rasha pasea entre Amir y yo.

–Algo está pasando aquí. Ustedes están…

–¡Shh! –la callamos al mismo tiempo.

–Aún no tuvimos chance de contarle a nuestros padres –dice Amir.

–Lo haremos. Pronto.

–Es reciente –añade Amir–. No necesitamos que planeen nuestra boda antes de que Ariel me invite a una cita.

–Ah, ¿yo te invitaré a una cita?

–Bueno, la exhibición de fotografía fue mi idea, así que ahora es tu turno. Mejor que sea algo bueno.

–Desafío aceptado.

–Guau –dice Rasha–. Entonces esto está sucediendo de verdad –vuelve a mirar a su hermano, luego a mí y asiente–. Okey, bueno. Me gusta la pareja.

–Bien –sonrío–. Me daré una ducha. Hay miel por todos lados.

–¿Por todos lados? –pregunta Amir.

–Ay, por Dios –gruñe Rasha mientras me ruborizo.

Subo las escaleras, me baño rápido, mi cuerpo cosquillea por las endorfinas y los nervios. Todavía tengo tarea pendiente para este fin de semana, pero lo único que quiero hacer es pasar tiempo con Amir.

Salgo del baño con una toalla alrededor de mi cintura y me quedo congelado. Malka, Sook, Rasha y Amir están en mi habitación.

–Hola, chicos –digo–. Por favor, pónganse cómodos.

Todos se ríen.

–Perdón, amigo –replica Malka–. La conversación se estaba poniendo un poco pesada y adulta allí abajo.

–Sí, de verdad no podía soportar que una persona más me preguntara a qué universidad voy a ir –se queja Sook.

–O qué me gusta de la universidad –añade Rasha.

–O cómo es mi dormitorio –suma Malka.

–O a qué universidades me postularé –termina Amir, pero su voz es más aguda de lo normal y está claramente desviando la mirada de mi estado actual en toalla.

–Es comprensible. Yo solo, eh… –abro mis gavetas y tomo algo de ropa–. Me cambiaré y volveré en seguida.

Diez minutos después estamos jugando al Catan en el suelo de mi habitación. Me encanta este juego y no tuve tiempo para una partida desde el verano. Amir nunca lo jugó porque, como era de esperarse, prefiere la versión Harry Potter de Clue, pero aprende con facilidad. Es claro que Rasha es una mente maestra del Catan.

Comemos mis golosinas mientras jugamos, fideos ácidos y gominolas con sabor a durazno. El juego pasa rápido con risas y gritos de "¡Camino más largo!" y "¡No me robes!".

Amir está recostado sobre su estómago a mi lado, sostiene su cabeza

con su brazo y se ríe mientras Rasha y Sook intercambian trigo y ovejas. Echa un vistazo en mi dirección y burbujeo de placer.

En un abrir y cerrar de ojos, nos llaman a cenar. Miro rápidamente por la ventana a la luz desvaneciéndose. Tendré que trabajar un poco después de que todos se marchen, tal vez tenga que ir a dormir más tarde, pero está bien. No necesito mucho sueño para permanecer sentado durante el servicio religioso de la mañana. La mayoría de los chicos ni siquiera van a la sinagoga el segundo día de Rosh Hashaná. Algunos porque no son tan practicantes y otros porque si es difícil faltar un día a la escuela, perder dos días es todavía más complicado. Pero en mi familia, los dos días son obligatorios.

Bajamos en una fila. La casa resuena con voces fuertes y risas. Hay un par de decenas de personas invitadas a la cena. Los padres de Malka y Sook. La familia entera de Amir. Algunas otras parejas de la sinagoga. Los primos de mis padres. Todos me saludan, una mezcla de abrazos, apretones de manos y besos en las mejillas.

–¡Shana Tová!

–¡Feliz Año Nuevo!

–¡Shana Tová!

La cocina está cálida y siento el aroma a sopa de bolas de matzá y brisket. Amir se une a su familia en la mesa mientras mis padres sirven recipientes con sopa.

El señor Naeem envuelve a Amir con un brazo.

–Asegúrense de recordar el nombre Amir Naeem –le dice la señora Rifkin del shul–. Será un fotógrafo famoso.

–Estará en todas las galerías, lo sé –concuerda la señora Naeem–. Es un genio con la cámara.

Amir fuerza una media sonrisa y siento una presión en el corazón. Debe sentir que lo estoy mirando porque alza la mirada. Señalo el comedor con la cabeza y Amir se disculpa y camina en esa dirección, pasa junto a mí con una rápida sonrisa.

Les pido dos porciones de sopa a mamá y papá; están haciendo los mismos comentarios.

–Ariel se postulará a Harvard –dice mamá. Mi mandíbula se tensa. A veces siento que es lo único que cuentan sobre mí, como si fuera lo único interesante de mí, lo único de lo que vale la pena estar orgulloso. En Pascua, ¿les dirán a las mismas personas "no, no fue admitido"?

Me uno a Amir en el comedor. Todavía está bastante vacío aquí y las pocas personas sentadas están ocupadas devorando su sopa.

Amir y yo nos sentamos en una punta de la mesa.

–¿Esto es lo que creo que es? –sus ojos se iluminan.

–Penicilina judía, la mejor comida del mundo. Sí, es la sopa de bolas de matzá de mi mamá.

–Pequeña introducción.

–Ni siquiera empieza a hacerle justicia a esta sopa –el aroma a eneldo y pollo kosher salado revolotea entre nosotros–. Dios, estoy celoso. Desearía poder recordar mi primera vez, pero seguramente mamá me dio el caldo en un biberón cuando era bebé.

–¿Es mejor que la comida tailandesa?

–Es mejor que toda la comida. Es otro plano existencial. Está la comida, luego existen grandes platos y después en otra galaxia muy, muy lejana está la sopa de bolas de matzá.

Posiciono mi silla para poder mirar a Amir. De repente estoy ansioso. ¿Y si no le gusta? Obviamente no podemos salir si no le gusta esta delicia.

–Siento que, sea cual sea mi reacción, no será lo suficientemente grande –dice Amir mirándome.

–Okey, me estoy calmando. Lo prometo –cruzo mis brazos y me reclino en mi silla–. ¿Ves? Estoy tranquilo.

–Ajá, seguro –Amir me mira con sospechas–. Bueno, aquí voy.

Levanta la cuchara y prueba un sorbo. Sus ojos se ensanchan. Clava la mirada en el recipiente y luego prueba otro bocado. Me echa un vistazo por un segundo antes de comer otra cucharada y otra.

–Prueba la bola de matzá…

Empiezo a decir, pero Amir ya está desmenuzando una con la cuchara y la lleva a su boca con un poco de zanahoria y pollo triturado. En un abrir y cerrar de ojos, se termina toda la sopa. Me mira con ojos llenos de maravilla.

Finalmente dice el elogio preferido de toda madre judía:

–Por favor, dime que puedo repetir.

Más tarde esa noche, después de que se marcharon todos los invitados, mi familia se derrumba en la sala de estar. Papá ronca en el sillón, está demasiado cansado para ir a la cama. Ha perdido una de sus pantuflas.

–Oy, gevalt, recuérdame nunca ser anfitriona de las fiestas otra vez –dice mamá bostezando. Sus pies están elevados en un cojín sobre el regazo de Rachel y mi hermana le masajea los pies.

–Dices eso todos los años –respondo mientras leo las notas de Gobierno AP en mi teléfono. Hasta ahora, gracias a las presentaciones detalladas que nuestra profesora publica para cada clase, no he tenido que tocar un libro y no me quejo para nada–. Y después, todos los años dices que harás una cena tranquila sin gran producción y luego, invitas a toda la tribu y terminamos así, con tu hija de diez años masajeándote los pies.

–¡No me molesta! –dice Rachel–. Siempre masajearé pies a cambio de sopa de bolas de matzá.

Salgo de mis notas y abro mi calendario. La fecha límite de Harvard se acerca peligrosamente, pero por lo menos estoy otra vez en el camino correcto. Utilizaré mi último día sin clases para practicar el solo de violín y para adelantar mi lectura para Literatura Inglesa.

–Gracias, mamaleh –replica mamá–. Ariel, ¿tus amigos disfrutaron la sopa?

–Siempre la disfrutan –respondo.

–¿Y a Amir? ¿Le gustó la sopa?

Me congelo. Lo sabe. ¿Cómo lo sabe?

–Mmm….

–La madre de Amir mencionó que nunca la había probado. Hoy sí comió, ¿no? ¿Sabes si le gustó?

–Ah –digo y aclaro mi garganta–. Sí, le gustó. Quiero decir, creo que sí. Es tu sopa; a todos les gusta.

–Qué bueno. ¿Y hace cuánto están saliendo?

Mierda.

Fue astuta.

–Mmm…

–¿Estás saliendo con Amir? –chilla Rachel.

–Bueno, nosotros… cómo lo…

–La señora Naeem y yo siempre dijimos que serían linda pareja. ¿Cuándo inició? Noté que hablaban en el partido de Rachel. Sabes que apoyamos que seas gay, ¿no?

–Bisexual –aclaro después de aclarar mi garganta.

–¡Sí, cierto! Lo lamento, quise decir eso… No me importa que seas bisexual. Quiero decir, sí me importa. En un buen sentido.

–Lo sé –le sonrío con suavidad.

Mis padres fueron bastante geniales cuando se los conté. Hubo muchos abrazos y afortunadamente no muchas preguntas. Mamá tardó un poco en entender la aparte de chicos y chicas y, siendo justos, yo también tardé un poco en entenderlo. Sé que lo intenta y sé que Amir y yo somos ridículamente afortunados de tener padres que quieran que sus hijos salgan.

–Entonces –mamá me da un codazo suave–. ¿Hace cuánto salen?

Me ruborizo, pero supongo que es mejor arrancar el apósito. Debería haber sabido que se daría cuenta tarde o temprano.

–No estamos saliendo, pero sí, estamos hablando o lo que sea… es algo nuevo –froto mi rostro. No estoy para nada preparado para definir la relación, mucho menos con mi mamá en vez de con Amir–. ¿Podríamos dejarlo así por ahora?

–Sí, sí podemos –mamá sonríe–. Por ahora –suspira y se vuelve a relajar en el sofá–. Rachel, ¿podría pedirte que tomes algo de loción de mi baño?

–Depende –responde Rachel con ojos conspiradores–. ¿Puedo almorzar las sobras de la sopa el miércoles? ¡Mi profesora me dejará usar el microondas!

–Es un trato –afirma mamá.

Mi teléfono suena mientras intercambian un apretón de manos. Es un mensaje de Amir.

Advertencia: los padres saben.

Me río.

Seh. Eso fue rápido. Somos excelentes guardando secretos.

Responde:

La verdad que deberíamos ser agentes secretos. Tiene sentido.

–¿Es Amir? –mamá pregunta justo en el momento en que me doy cuenta de que tengo una sonrisa ridícula en el rostro.

–Mamá –gruño.

Se ríe y extiende su pie para darle un empujoncito a mi pierna.

–Te quiero, tatala.

–Yo también te quiero –balbuceo con las mejillas rojas y todavía sonriendo.

ONCE

La mañana del miércoles avanza rápido mientras me pongo al día con mis clases. Siempre le pido a mis profesores que me indiquen antes de tiempo los deberes, pero pocos se preparan para ayudar al puñado de estudiantes judíos en sus clases. Para cuando llego a Literatura, sé que necesitaré una larga noche para hacer todo esto. Y mi familia cenará en la casa de Amir así que ni siquiera podré empezar hasta después de las ocho. Por lo menos veré a Amir. Tal vez tengamos tiempo para escabullirnos unos minutos.

Noto que Sook está emocionadísima mientras me deslizo en mi asiento.

–¿Adivina qué? –pregunta.

–Uno de tus videos de YouTube se volvió viral y te llevarán a Los Ángeles mañana.

–Ojalá –responde–, ¿te acuerdas de mi gran nueva amiga Clarissa?

–¿Te refieres a tu amiga de Tumblr?

–Es lo mismo –agita la mano–. De todos modos, le dio me gusta a mi posteo sobre la presentación y luego dijo… –Sook lee algo en su teléfono–. "Suena genial. Estaré cerca. Nos vemos allí". ¿Puedes creerlo? ¡Clarissa! ¡Clarissa de Carousels! ¡En nuestro show!

Dizzy Dasies tocará en un café reconocido por su música en vivo. Es un lugar pequeño, pero siempre presentan a las futuras grandes bandas así que es bastante genial que hayan invitado a la banda de las chicas. Sook dijo que se rumorea que busca talentos visitan el lugar a veces.

–Definitivamente puedo creerlo. Tu música es genial al igual que tú.

Sook sonríe y luego se inclina hacia adelante.

–Creo que estoy nerviosa de verdad. Gracias a Dios esta noche tenemos ensayo. No lo olvidaste, ¿no?

De hecho, lo había olvidado.

Rayos. Cena en lo de Amir. Ensayo. Y luego una pila de tarea. Aprieto la raíz de mi nariz.

–Por supuesto que no. ¿A qué hora era?

–Mmm, ¿crees que puedas llegar a las siete?

–Haré un esfuerzo.

–Gracias, en serio –Sook me mira a los ojos–. Eres un amigo increíble, Ariel.

Suena la campana y la señora Rainer entra a la habitación tintineando. Los flecos de su bufanda tienen pequeñas campanitas. Intento y fallo reprimir un bostezo. Ya me cansa pensar que estaré cansado. Volvemos a repasar ensayos para la universidad. Tomo mi teléfono y marco un doble asterisco al lado de "ensayo" en mi lista de pendientes. Realmente tengo que hacerlo.

Cuando termina la clase, la señora Rainer nos devuelve nuestros exámenes de Crimen y Castigo. Siempre me pone nervioso recibir una calificación, incluso en una clase con una A asegurada. Inhalo brevemente y volteo la hoja de papel.

Setenta y ocho.

Una C.

Pero todos me dijeron que esta era la clase AP más sencilla de todas.

Me aferro al borde de mi escritorio, mi corazón palpita en mis oídos cuando suena la campana. Esto no está bien. No puede estar bien. Levanté mi calificación de Cálculo. Se suponía que todo estaría bien ahora.

–¿Vienes, Ariel? –pregunta Sook. Pasa su bolsa por un hombro. Su ensayo descansa sobre su escritorio. Noventa y dos. Ya casi ni estudia, dedica todo su tiempo libre a la banda y obtuvo un noventa y dos.

Por un momento, odio a mi mejor amiga.

–Eh, sí, en un minuto. Tengo que revisar unos correos.

–Okey –toma sus libros y se marcha.

Saco mi teléfono de mi bolsillo y clavo la vista en la pantalla mientras espero que la habitación se vacíe. Mi visión se torna borrosa. Me froto los ojos con fuerza.

A fin, solo quedamos la señora Rainer y yo.

Camino hasta su escritorio y hundo una mano temblorosa en mi bolsillo. Se quita las gafas para leer; cuelgan de una cadena alrededor de su cuello.

–Ariel, me alegra que te hayas quedado. Hablemos.

–¿Esta…? –mi voz se quiebra–. ¿Esta calificación es correcta?

Me siento ridículo haciendo esa pregunta, pero tengo que hacerla. He

encontrado errores en el pasado, debatí respuestas poco claras en evaluaciones de elección múltiple y discutí excepciones a reglas gramaticales. A veces una A no empieza siendo una A. En algunas ocasiones, tienes que discutir partiendo de una calificación más baja. Los profesores están acostumbrados. Tal vez haya lugar para negociar.

–Ariel –la señora Rainer suspira–, esta no es una clase difícil. No quiero que sea una clase difícil. Pero para aprender, hay que leer y participar. Es obvio que no terminaste el libro.

Lo hice. Está bien, no lo hice. Leí la mayor parte del libro. Y el resumen de internet. Aunque el cambio entre el libro y el audiolibro sí fue un poco confuso. De todos modos, leí más que suficiente para escribir un ensayo competente.

–Lo leí –miento–. Lo juro.

–Entonces no con suficiente atención. Y nunca participas en los debates en clase. Apenas escuchas. ¡Hoy estuviste revisando tu teléfono otra vez! Y se nota en tu ensayo. Literatura no es una clase para hacer con desgano; es parte integral de su futuro. Si no puedes leer y escribir de manera competente, no llegarás a ningún lado.

Me muerdo la lengua para no decirle que obtuve un puntaje perfecto en el SAT.

–Lo lamento –digo–. Ha sido un inicio de semestre complicado, pero esta clase me importa. Me encanta la clase. ¿Hay algo que pueda hacer? ¿Reescribir el ensayo? ¿Algo de créditos extra?

Prácticamente contengo la respiración mientras espero su respuesta.

–Quiero que tengas éxito, Ariel –dice la señora Rainer al fin–. Así que te ayudaré. Pero prométeme que harás este trabajo extra con dedicación, no lo harás de prisa por el crédito.

–Lo prometo.

Me cubre una ola de alivio. Me quito el cabello de los ojos.

–De acuerdo –toma un libro grueso de su escritorio, debe tener al menos quinientas páginas–. Esta es una mis novelas contemporáneas favoritas. La publicaron el año pasado así que dudo que encuentres resúmenes y guías de estudio en internet. Léela, elige otra novela del siglo veintiuno y escribe un ensayo comparativo de veinte páginas.

–¿Veinte páginas? –siento un vacío en el estómago. El trabajo final para esta clase es solo de quince.

–Estoy intentando prepararte para la universidad –dice la señora Rainer–. Escribirás ensayos así de largos para tus clases. Y si esta asignatura es importante para ti, encontraras el tiempo.

Encontrar tiempo.

Mi visión vuelve a borronearse. Ya estoy tomando seis asignaturas AP, sacrifico el almuerzo, noches enteras de sueño y una vida social normal, así que seguro, simplemente encontraré el tiempo.

–¿Quieres el crédito extra o no? –pregunta la señora Rainer.

–Yo… –mi voz se quiebra–. Sí, lo quiero. ¿Cuánto representará?

–Todo es por la calificación –suspira la señora Rainer. Obviamente–. Si el ensayo me resulta satisfactorio, añadiré cinco créditos a tu calificación final. ¿Está bien?

Cinco créditos. Por lo menos es bueno.

–Y no te entretengas mucho –continua–. Espero tenerlo en mi escritorio en un par de semanas.

–Seguro. Gracias.

Me marcho y me camino derecho al baño. Entro en el más viejo, el que tiene un cubículo roto y los espejos quebrados, siempre está vacío. Me aferro al lavabo e inhalo temblorosamente. Mi corazón late demasiado fuerte. Se acumula la presión detrás de mis ojos.

–¡Mierda! –le doy un golpe al lavabo de porcelana y mi mano vibra de dolor.

Caen algunas lágrimas, pero solo unas pocas. Caen por mis mejillas. Mi estómago se tensa y vuelvo a inhalar.

Luego explota la campana.

Mojo mi rostro con agua y voy a mi próxima clase.

–¿Listo? –me pregunta Pari mientras afinamos nuestros instrumentos.

Hoy tocaré mi solo para la doctora Whitmore. Ya estoy en un precipicio con Literatura, si también arruino esto…

–Listo –miento y luego alzo mi violín y coloco mi arco sobre la cuerda

la.

La doctora Whitmore sale de su oficina y avanza a paso fuerte hacia el frente de la habitación. Me mira y asiente.

–Buenas tardes, Ariel –dice con brusquedad–. Espero que el solo te haya resultado agradable.

Me pregunto si puede leer el "la odio" en mis ojos. Todos apoyan sus instrumentos. Un arpa y un oboe. La doctora Whitmore deja caer la batuta y comenzamos. Mi pulso se acelera rápidamente, pero mantengo el tempo y no desafino. Ahora que ya memoricé la pieza, hasta levanto la mirada para observar la batuta y encontrar los ojos fríos de la doctora Whitmore. Cuento los minutos que tengo hasta que el inicio de mi solo. Unas pocas páginas. Una hoja. Solo líneas.

El oboe toca el interludio a mi solo, cada nota suena perfecta, la habitación se calla y…

Empiezo, mi arco se desliza demasiado rápido sobre la cuerda, pero recupero el control. Toco cada nota con precisión y levanto la mirada para encontrar los ojos de la doctora Whitmore. Los compases avanzan y luego, termino.

Contengo la respiración, esperando que diga "otra vez".

Pero la doctora Whitmore mantienen el tempo, mueve la batuta para guiar a la orquesta y avanzamos con la sección siguiente. No dice "otra vez". Seguimos tocando. Lo logré. La doctora Whitmore echa un vistazo en mi dirección y, por un momento de locura, espero hasta una sonrisa, pero mi corazón se detiene cuando recibo su mirada despiadada.

Durante el resto de la clase, mis hombros están tensos y mis dedos rígidos. Cuando suena la campana, la doctora Whitmore me pide que vaya a su oficina. Avanzo con temor.

–Ariel, el solo fue insatisfactorio –dice–. No tenía emoción. Fue mecánico. Sigue trabajando en él. Intenta encontrar el corazón de la pieza. Pero mientras tanto, consideraré una alternativa para el puesto de primer violín. Ambos tocarán para mí en tres semanas y entonces tomaré mi decisión. Dile a Pari que venga antes de que se marche.

Mis oídos zumban mientras espero en el estacionamiento como si escuchara una radio en una frecuencia equivocada. Un gran nudo se endurece en mi garganta. Mi pie sube y baja mientras mi mente analiza todas las cosas que tengo que hacer.

Estoy parado con Sook y Amir mientras esperamos que se libere el estacionamiento. La mayoría de los días conversamos unos veinte minutos en vez de esperar ese tiempo en una fila de autos.

Pari e Isaac se acercan a nosotros.

–¡Shana Tová! –dice Issac.

Pari no me mira a los ojos. Bien.

–Shana Tová –respondo, tengo la boca seca. Aclaro mi garganta–. ¿Tuviste un buen año nuevo?

Crecimos yendo a clases juntos los domingos en nuestra sinagoga, pero ya no suelo verlo en los servicios religiosos.

–Eh, fui a clases en vez de al templo –Isaac acomoda la mochila en su hombro–. No podía perder un día entero. Pero mamá hizo brisket para la cena así que fue un buen año nuevo.

–Qué bien –asiento.

–Lamento lo del solo –dice Pari–. La doctora Whitmore es una… –deja la oración en el aire–. No me gusta decir esa palabra. Pero, de todos modos, creo que lo tocaste bien. ¡Muy bien! –se corrige.

¿Pari lo lamenta de verdad? Esta es la oportunidad que siempre quiso. Puede quitarme el lugar de primer violín. Ya puedo imaginar la carta que le enviará a Harvard: Querida Junta de Admisiones, incluyo un apéndice a mi solicitud temprana. Ahora soy primer violín de la Orquesta Filarmónica de la secundaria Etta Fields.

No podemos ser primer violín los dos. Tendré que pausar mi postulación hasta que toquemos para la doctora Whitmore para que no luzca como que le estoy mintiendo a Harvard.

–¿Qué pasó con el solo? –pregunta Amir. Tiene su cámara en la mano y está jugando con el lente.

–No es nada –el agotamiento empieza a pesarme–. Solo una pieza complicada.

Miro fijo a Pari, rogando que no hable más del asunto. Su ceja se tensa un momento y luego se mueve en su lugar.

–Vamos, Isaac. Deberíamos irnos y empezar a hacer la tarea. Nunca se termina, ¿no?

–Estoy lista para terminar –replica Sook–. Quiero terminar ya. Diablos,

quería terminar el año pasado.

No puede ser tan malo, quiero decir. Solo estás tomando cuatro clases AP y tu universidad de respaldo es nada más ni nada menos que Dartmouth.

–Los veremos más tarde –se despide Isaac y caminan hacia su auto.

–También me marcharé –Amir me echa un vistazo–. Quiero ir a revelar unas películas. Ariel, ¿quieres que nos veamos después de cenar? Podemos estudiar –su sonrisa es tímida–. O no estudiar.

¿Cómo le digo al chico que me gusta que necesito estar solo? Sook responde antes de que tenga que hacerlo:

–Lo lamento, tortolito, tiene ensayo con la banda. Tenemos una gran presentación pronto a la que tú deberías venir.

–Ya lo tengo agendado –responde Amir.

–¿Y mañana, Ariel?

Mañana estaré atrasado con el trabajo que tendré que posponer esta noche. Mi cerebro da vueltas. Hay tantas cosas que hacer.

–No puedo –les echo un vistazo–. Tengo que ponerme al día con muchas clases por las fiestas. Desapareceré por unos días.

–Desafortunado –Amir coloca el lente en su lugar y nos toma una fotografía con Sook–. Pero debes hacerlo. Todavía te veré en la cena –da un paso hacia adelante y me besa suavemente en los labios, pero solo puedo pensar en todo el trabajo que tengo pendiente.

Me inclino hacia atrás y mordisqueo mi uña.

–¿Y te veré en el colegio?

–Sí, lo harás –saluda a Sook con la mano–. Bueno, adiós, chicos. Que tengan un buen ensayo.

–¡Gracias! –dice Sook mientras él se aleja. Luego se voltea hacia mí–. Es bastante tierno.

–Sí, estoy de acuerdo –paso una mano por mi cabello.

–Vendrás al ensayo esta noche, ¿no?

Una jaqueca punzante presiona mi sien derecha.

–Por supuesto.

–¡Las estafadoras! –grita Rasha y luego agita las manos–. ¡No, espera! ¿Buscando a Dory?

–¡Sí! –chilla Rachel. Salta hacia adelante y chocan los diez.

–Son competitivas –le susurro a Amir. Estamos sentados juntos en el

sofá pequeño mientras nuestras familias juegan al dígalo con mímica después de cenar. Tendría que haberme marchado hace cinco minutos para el ensayo, pero es grosero ir a comer a la casa de la familia Naeem y solo quedarme durante la cena.

Nos reímos. Sus ojos echan chispas cuando encuentran los míos. En una realidad alternativa, ha sido la noche perfecta. El señor Naeem hizo mi plato pakistaní preferido: pollo karahi, es un curry que incluso sabe mejor de lo que huele. Nuestros padres no nos avergonzaron durante la cena; bueno, con la excepción de la señora Naeem al decir "Ariel, ¿le pasarías el agua a tu novio?".

Amir y yo nos ruborizamos, pero ninguno lo negó y eso hizo que me sonrojara todavía más, pero fue lindo.

Ya cenamos y ahora estamos jugando y mi cabeza nada en la lista de pendientes de mi teléfono y ni siquiera puedo comenzar a trabajar hasta que termine el ensayo con la banda.

–Amir, ¡tu turno! –dice mi papá–. Vamos… ¡Los hombres necesitamos redención!

–Aquí vamos –Amir me empuja levemente y alza las cejas.

–¡Buena suerte! –digo.

Se pone de pie y toma un retazo de papel del recipiente. Sus ojos parpadean al leer las palabras y sus hombros se relajan. Bien, será rápido y como todos habrán participado al menos una vez, puedo marcharme después de su turno.

–¡Ya! –dice la señora Naeem. Se inclina en el sofá y cruza las piernas. Sus botas de motociclista hacen juego con las de Rasha.

Amir forma una caja con las manos.

–¡Programa de televisión! –digo.

Asiente. Papá y el señor Naeem se inclinan hacia adelante. Después, Amir marcha en su lugar.

–Una serie de militares –dice el señor Naeem–. ¿Qué series hay de militares?

–¿Qué hay de…? –empieza papá.

Amir sacude la cabeza. No, no es una serie militar. Luego, se estira y eleva por turnos sus brazos por arriba de su cabeza. Su camiseta se levanta y desvío la mirada porque no necesito la vergüenza de mis padres observándome mientras miro a Amir.

–¿Algo con atletas? –pregunta papá–. Deportes…

La señora Naeem debe haber escrito las pistas porque forma un círculo con las manos sobre su boca y susurra-grita:

–Intenta saltos tijera.

Amir, distraído, pausa lo que está haciendo. Sacude la cabeza mientras intenta decidir su próxima jugada. La señora Naeem se inclina sobre Rasha y le susurra algo y la chica se ríe.

–Amir, ¡la próxima pista! –dice Rasha–. No lo adivinarán con eso.

–¿Qué es? –les pregunta el señor Naeem–. ¡Dennos una pista!

–¡Sin trampa! –dice Sara.

–¡Ellas empezaron! –responde su padre.

Suena el reloj. Los labios de Amir forman una línea recta.

–Ay, lo lamento, beta –la señora Naeem hace una mueca, toma su teléfono–. ¿Quieres más tiempo? No hablaremos.

Amir sacude la cabeza y se sienta a mi lado hundiéndose en el sofá.

–Está bien –dice–. ¿Quién sigue?

La señora Naeem luce verdaderamente arrepentida y no quiero que Amir se moleste con ella. Pero ya está concentrado en su teléfono mirando fotos. Suena mi alarma.

–Rayos –murmuro–. Tengo que irme.

Amir está callado, ensimismado. No quiero dejarlo así, pero Sook me necesita en el ensayo. Esta presentación es importantísima para ella y tenemos que preparamos.

–¿Hablamos más tarde? –le pregunto a Amir.

Asiente con la mirada clavada en la pantalla. Así que tomo mi teléfono y le envío un mensaje. Un segundo después suena una campanita. Lo mira, sonríe y me empuja con suavidad. Sonrío e imito su gesto.

Mientras me paro para marcharme, recibo un mensaje:

Yo también nos shippeo más que a Harry y Cedric.

DOCE

Cuando la semana termina, estoy exhausto, pero me siento bien para variar, en control. Trabajar duro durante los últimos días ha sido lindo. Familiar. Siento como una intoxicación extraña cuando soy hiperproductivo y no dejo de tachar pendientes de mi lista. Y tengo muchas cosas en mi lista.

Planeé mis deberes por hora. Así que, si hoy trabajo toda la noche y solo duermo cinco horas por noche, estaré al día en menos de una semana. Tal vez cuatro horas por noche. Pero estaré bien. Puedo dormir cuando me gradúe.

Mientras nos sentamos para la cena de Shabat, tengo la novela que me dio la señora Rainer en mi regazo. La terminaré esta noche y elegiré un libro para compararla este fin de semana. Mamá recita la oración, enciende las velas y se nos une en la mesa.

–Ariel, Rachel, cierren los libros –dice papá con la copa de vino en alto.

Echo un vistazo en dirección a mi hermana. Está leyendo un libro que parece más grande que el mío.

–Un segundo –respondo mientras escaneo el resto de la página, cierro la novela y luego levanto la mirada.

Rachel sigue inclinada sobre su libro. Enrosca un mechón de cabello alrededor de su dedo cada vez con más fuerza.

–Cierra el libro, Rachel –repite papá.

–No tengo hambre –replica.

–Ra-chell –advierte papá. Utiliza la pronunciación hebrea así que habla en serio. Rachel suspira ruidosamente y cierra el libro con fuerza.

–Está bien. Cómo sea.

–¿Qué es eso? –pregunto.

–Una enciclopedia –responde.

–Pero… internet… –digo.

–Quieren que citemos fuentes –gruñe–. No sé. Es tan viejo y aburrido. Es sobre el clima.

–¿Cuál es la tarea? –pregunta mamá.

–No es nada. Aburrido. Cambiemos de tema.

Mamá vacila y mira a papá alzando una ceja, pero cumple sus deseos.

–¿Y tú que lees, jovencito? ¿Es un buen libro?

–Es bueno. Es para la escuela.

–No podíamos sacarte de la librería cuando tenías la edad de Rachel –dice papá–. Tal vez deberías relajarte un poco y leer algo por diversión.

–Sí –respondo con una débil sonrisa.

No entiendo a mis padres. Alardean sobre mi postulación a Harvard, pero luego me molestan por trabajar demasiado duro. Supongo que no

lo entienden. No pueden entenderlo. Harvard exige perfección. Muchas de estas universidades demandan perfección. Y no soy como mis padres. La perfección no me resulta natural… tengo que hacer sacrificios.

Decimos la oración para el vino y el jalá y comenzamos a comer, pero no puedo concentrarme en la conversación. Todavía tengo que hacer tantas cosas. Nuestro juego de momento destacado y momento divertido termina en tiempo récord, Rachel y yo damos respuestas cortas.

Mientras unto manteca en mi tercera rebanada de jalá, Rachel pregunta si puede retirarse de la mesa. Su plato ya está vacío y está golpeando las piernas contras la silla.

Mamá y papá tienen otro intercambio silencioso.

–Pensábamos que podíamos ir a tomar un helado después de la cena. ¿Qué les parece?

–¡Genial! –dice Rachel–. Por favor, tráiganme uno. ¡Menta con chispas de chocolate!

Sube las escaleras a toda prisa y papá suspira.

–¿Qué hay de ti, Ariel?

Sé que es grosero, pero también pretendo no entender la oferta.

–Menta con chispas de chocolate suena genial –me paro y tomo mi libro–. Muchas gracias, ¡diviértanse!

Por lo menos puedo leer este libro absurdamente largo desde la cama. Lo apoyo en una almohada sobre mi estómago. Mi ventana está abierta, así que el frío viento de octubre entra en mi habitación mientras mis parlantes reproducen Touch of Grey de Grateful Dead.

Es tarde, casi la una de la mañana y estoy leyendo con la luz de mi lampara. El libro no es malo, solo largo. Trescientas páginas eran suficientes para entender la esencia, pero sigue y sigue. Bostezo y bebo un sorbo de la Coca Cola a mi lado. Está un poco tibia, pero la máquina de hielo es ruidosa y no quiero despertar a nadie. Tomo una bolsa golosinas de mi mesa de noche y como de a dos gominolas a la vez.

Siento crujir el suelo en la habitación de al lado. ¿Rachel está despierta? Espero un segundo y la casa está en silencio. Tomo mi teléfono y veo un mensaje de Sook.

Sumo un ensayo para mañana. ¿A qué hora puedes?

Gruño. Estoy tentado a responderle: Lo lamento, Sook, no puedo hacer esto. Tengo demasiado trabajo y no suficiente tiempo.

Pero esta presentación es tan importante para ella que respondo:

A las cuatro, pero solo puedo quedarme un par de horas.

Sook:

Ok, gracias, te quiero

Tenía la esperanza de ver a Amir un ratito mañana, pero eso tendrá que esperar hasta el domingo. Además, no necesito que me vea así de estresado. Probablemente ya lo espanté con mi pánico por Cálculo. No puede verme al extremo.

Bostezo, mis ojos parpadean hasta quedarse cerrados. No. No puedo dormir.

Bebo otro sorbo de Coca Cola y sigo leyendo.

–¿Alguien quiere café? –pregunto mientras bajo a paso fuerte las escaleras al sótano de Sook. Es domingo a la tarde. Esta mañana prácticamente fui dormido a la sinagoga y al refugio animal. Estaba tan cansado que casi me olvido de encerrar a tres perros en sus jaulas antes de irme. En Dunkin' Donuts me pedí un café bien negro.

–Ay, por Dios. Sí, por favor –Malka acepta un café agradecida.

–No, gracias –dice Sook.

–Genial, beberé el tuyo –suena mi teléfono para avisarme que es hora de ensayar. Mi pulso se acelera y me tiemblan las piernas. Tal vez no necesitaba más cafeína después de beber café en el templo y en el refugio–. ¿Están listas para tocar? Tengo que marcharme a las seis.

–Uuuuu –replica Sook–. ¿Tendrás una cita con Amir?

–Nah, cena con la familia.

Y luego me quedaré hasta tarde estudiando. Me programé cinco horas de sueño para esta noche, pero toda la cafeína que consumí puede que me mantenga despierto hasta el amanecer. Bien. Tal vez pueda adelantar trabajo.

Preparamos nuestros instrumentos y empezamos una nueva canción. Es una presentación breve, pero Sook me rogó hasta que accedí a tocar cinco canciones enteras con ellas en vez de las dos que recuerdo haber aceptado. Las intervenciones del violín son sencillas, pero cada nota es dolorosa. Estoy practicando todo el tiempo para conservar mi puesto en la orquesta. Los callos no se forman lo suficientemente rápido.

Mi mente se dispersa hacia mi lista de pendientes mientras Sook y Malka hacen una pausa para discutir el orden de canciones. En mi apuro para sumar puntos en Literatura, olvidé que tenía que leer una historia de treinta páginas para Literatura Inglesa y hacer un examen en línea para Psicología AP. Es extraño, ahora Cálculo es una de las pocas clases por las que no tengo que preocuparme. Estudiar con Amir me puso en el camino correcto y me acostumbré al método desordenado de enseñanza del señor Eller.

El ensayo continúa. Esta sesión se supone que nos preparará para la presentación. Pero, aunque toco todas las notas bien, todavía no encajamos naturalmente. Por más que planee y me prepare, nada parece salir bien.

La mañana siguiente. Salgo de la ducha bostezando. Limpio el espejo empañado y encuentro ojos rojos.

–Rayos –murmuro y luego revuelvo mi gaveta de porquerías hasta encontrar mis gotas para los ojos. Me pongo dos gotas en cada ojo y parpadeo.

Ayer, mi alarma sonó a las seis y le dije a las chicas que tenía que irme, pero no sonábamos bien. Pensé que sería mejor extender el ensayo en vez de que Sook me pidiera que regresara otro día, así que me quedé hasta que nuestros instrumentos sonaron en perfecta sintonía.

Pero no llegué a casa hasta las nueve y me quedé despierto hasta las cinco de la mañana para terminar ese maldito libro. El poco sueño que logré conciliar fue breve y entrecortado, mi cuerpo seguía activo por la cafeína.

Tengo que dormir algo antes de la escuela mañana. Tal vez hasta pueda hacer algo de tiempo para salir a correr. Por lo menos no tengo clases durante el período cero este año. El año pasado, Sook me venía a buscar cuando todavía era de noche para llegar a tiempo a una clase de salud. El año anterior, mamá me llevaba temprano a Latín AP.

Suelto otro bostezo gigante y me obligo a salir del baño. El partido de

fútbol de Rachel iniciará pronto y no importa mi carga de trabajo, no puedo perdérmelo.

Veinte minutos después, ya aparqué mi auto y camino hacia el campo de juego. Reviso mi teléfono en búsqueda de novelas populares del siglo veintiuno e intento encontrar una que no sea ni tan larga ni muy corta; no quiero que la señora Rainer piense que estoy tomando un atajo.

–Ariel.

–¿Eh? –no me di cuenta de que había llegado a la parte del público. Amir está parado frente a mí. Pasaron días desde que lo vi afuera del colegio. Es como si mi cerebro lo hubiera ubicado en otro compartimiento, pero ahora inhalo su aroma de menta y albahaca y estoy tan condenadamente cansado que solo quiero apoyar mi cabeza en su hombro y que me abrace.

–Hola –bostezo en cambio.

–Hola, dormilón –sonríe y mi estómago revolotea–. Te extrañé.

–Yo también te extrañé –estoy demasiado cansado para moderar mi sonrisa rebelde–. Perdón por estar tan ocupado.

–Está bien. Me lo advertiste. ¿Qué tal el trabajo de Literatura?

–Me falta poco –encojo los hombros–. Es una cantidad ridícula de trabajo extra. Entre eso y Literatura Inglesa, no quiero volver a leer un libro nunca más.

–Excepto por Harry Potter –replica Amir.

–Excepto por Harry Potter –río y le echo un vistazo a nuestras familias que están hablando reunidas alrededor de la comida como siempre–. Probablemente debería ir a saludar.

–Probablemente tengas razón –replica después de chasquear la lengua. Conversamos con nuestros padres y Rasha mientras empieza el juego. Es agradable. Cuando inicia la primera mitad, suena mi teléfono para recordarme que vaya a la librería después del juego. Tengo que elegir una novela para no demorarme en la tienda.

Amir está hablando con Rasha, así que me dirijo hacia un lateral y vuelvo a mirar mis opciones de libros. El sol atraviesa las nubes dispersas. Me siento en el césped, me inclino sobre mi teléfono y entro en el calendario. La fecha límite para postularme a Harvard acecha. Bloqueo la pantalla e intento pensar en otra cosa. Sin darme cuenta, cierro los ojos con fuerza. No me quedo dormido, pero estoy en un estado intermedio, los sonidos del partido están en un segundo plano lejano.

–¿Estás bien? –pregunta Amir.

Mis ojos tardan en abrirse. Hago foco en él entrecerrando los ojos.

–Mmm, sí. Un poquito cansado –le doy golpecitos al césped a mi lado–. Siéntate, está tan lindo afuera.

Amir vacila, como si quisiera decir algo más, pero luego se sienta tan cerca que su hombro toca el mío.

Su contacto me estabiliza. Me reclino contra él y mis ojos parpadean hasta cerrarse.

–Te perdiste un gol –dice Amir.

–¿De Rachel o Sara?

–Del otro equipo.

–Qué lástima –hago una mueca–. Se recuperarán –tomo unas hojas del suelo y las destruyo con mis dedos. Amir hace lo mismo–. Entonces, ¿cómo estás? –pregunto–. ¿Cómo fue tu semana?

–Bueno…

Echo un vistazo en su dirección y Amir exhibe una de las sonrisas más grandes que vi en su rostro. Es una sonrisa tamaño Ariel, pero no intenta esconderla. Me enderezo un poco y luego me inclino hacia adelante.

–Cuéntame.

–¿Recuerdas que me presenté a una competencia de fotografía? ¿Qué tenía becas? –asiento–. ¡Clasifiqué!

–Por Dios, Amir. Eso es increíble. ¡Felicitaciones!

Sin pensarlo, me inclino hacia adelante y lo beso en los labios. Él me devuelve un beso, suave y largo, lentamente me derrito contra él. Dios, lo extrañé.

–Gracias –dice y empuja mi hombro con delicadeza–. Por las felicitaciones y por el beso. Es este viernes, ¿vendrás?

Sigo sonriendo, pero debajo de la superficie mi pulso se acelera. Por supuesto que quiero ir, pero ¿estaré al día con mis tareas para entonces? No puedo seguir agregando cosas a mi agenda y pretender cumplir con todo. La presentación con la banda es el sábado a la noche y consumirá una gran parte del próximo fin de semana. Por eso nunca salgo con nadie durante el año escolar.

Pero estar con Amir parece más inevitable que una elección.

Amir luce esperanzado, feliz. Esto es importantísimo para él.

–Por supuesto que estaré allí.

Gritos de emoción estallan desde la tribuna. Miramos al campo de juego y vemos a Rachel anotar un gol.

–Te dije que se recuperarían –digo.

–Sería una excelente cazadora.

–¿Todo se relaciona con Harry Potter en tu cabeza?

–Ey, no critiques ¿Qué tiene de malo ver magia en todas partes?

–Tienes razón –me inclino hacia él otra vez, mi cuerpo está relajado–. Un poquito de magia no tiene nada malo.

TRECE

–Muy bien, chicos. Pueden empezar. Siéntanse libres de intercambiar ideas con sus compañeros –dice la señora Chen.

Aprieto mi lápiz e intento concentrarme, pero mis ojos no se enfocan. Un terrible dolor de cabeza palpita contra mi cráneo. Debería haber empacado más que una barra de granola o haber hecho algo de tiempo para ir al comedor por una porción de pizza. Necesito dormir o calorías. Con disimulo, bebo un sorbo de mi bebida energizante que escondo debajo de la mesa.

Se supone que debemos inventar un gobierno y diagramar la estructura de poder. Por lo menos solo es un proyecto de clase.

Siento la mirada de Pari sobre mí.

–Ariel, ¿estás bien?

–Sí, estoy bien.

–Puedes hablar conmigo, ¿sabes? –dice–. Lo que sea –probablemente lo dice en serio. Probablemente.

Pero mi interior está quebrándose y no puedo dejar que también se desmorone mi exterior. Pronto, tocaremos el solo de Rimsky-Korsakov. Si muestro debilidad ahora, sabrá que tiene una oportunidad de robar mi puesto y practicará con más intensidad para lograrlo.

–No es nada –hago girar mi lápiz–. Una semana ocupada. Estoy bien.

–Sé que es difícil, pero mantén la perspectiva. Nada de esto importará en un año.

–¿En serio? –la hostilidad se asoma en mi tono–. ¿Realmente crees que esto no importará?

–Solo es la secundaria. Me he dicho lo mismo a mí misma por meses. De todos modos, no siempre lo creo, pero es verdad. Nos graduaremos e iremos a la universidad y nada de esto importará.

Cada músculo de mi cuerpo se tensa, se prepara para huir o…

–Todo importa, Pari. No seas ridícula.

Abre la boca y luego la cierra. Sus ojos brillan. Cuando habla su voz quebrada me atraviesa.

–No soy ridícula.

La bebida energizante se revuelve en mi estómago. No debería haber dicho eso. Empiezo a disculparme, cuando ella agrega:

–Puedes ser desagradable, Ariel. He trabajado tan duro como tú. Soy inteligente. Crees que soy ridícula, ¿por qué? ¿Por qué encontraste la clase AP en internet y yo no? Felicitaciones. Eso definitivamente te hace mejor que yo –aprieta la mandíbula–. Estaba intentando ayudarte, pero supongo que estás bien por tu cuenta. Buena suerte. Espero que obtengas todo lo que crees que es tan importante.

Se voltea y se inclina sobre su hoja de papel, deja caer su cabello para ocultar su rostro.

Regreso a mi página en blanco.

Hago una mueca mientras abotono mi camisa. Es la mañana del miércoles y Yom Kipur es el día más sagrado del año, así que estaré en la sinagoga en vez de la escuela. Mis dedos están sensibles por las nuevas ampollas. Anoche, salté la tradición anual familiar de cenar pizza antes del ayuno de Yom Kipur porque Sook convocó un ensayo de emergencia. Estaba a punto de irme a dormir a las dos de la mañana cuando recordé que tenía que enviar un análisis de la historia corta por correo electrónico a mi profesora de Literatura Inglesa ya que faltaré al examen en clase.

Para cuando me cubrí con las sábanas, el sol amenazaba con aparecer y el poco sueño que sí logré conciliar estuvo cargado de sueños por el estrés; fragmentos de la señora Rainer regañándome y los ojos de Pari repletos de lágrimas. No entiende cuán difícil esto es para mí, pero de todos modos no debería haberla tratado así. Le debo una disculpa.

Mi estómago gruñe cuando entro en la sinagoga. Mi familia ya está aquí. Traje mi propio auto porque estaba llegando tarde. Hay cientos de personas entrando y paseando por el lobby. Mi estómago ruge más fuerte, pero el ruido lo cubre. Puede que ayer solo haya almorzado un sándwich de pavo a las apuradas entre clases. No fue una decisión inteligente el día anterior a ayunar por Yom Kipur.

Encuentro a mis padres parados cerca de las puertas del templo. Generalmente, Rachel se separa para saludar a sus amigos, pero hoy está pegada a nuestros padres.

–¿Cómo estuvo la cena? –le pregunto.

–Bien.

Mordisqueo mi dedo. Mi hermana parece triste.

–¿Irás al refugio conmigo el próximo fin de semana? Ezekiel te extraña.

–Yo también lo extraño –replica con media sonrisa–. Te acompañaré.

–Bien –golpeo suavemente su hombro.

Entramos al templo, distintos cuerpos nos rodean. Me tropiezo, me siento aturdido y mareado por la multitud. Logramos ingresar y nos sentamos en las sillas plegables cerca de la parte trasera de la sinagoga. Sentarse se siente bien. Paso una mano por mi cabello antes de asegurar mi kipá. Mis dedos luchan con el invisible.

Suena mi teléfono. Malka.

¿En dónde estás?

Cerca del fondo. Sillas plegables, ¿tú?

Bancas a la izquierda. Mis padres se marcharán antes. ¿Puedes llevarme a casa?

Seguro

Reviso mi lista de pendientes para el resto de la semana. Debería revaluar mi estrategia, volver a dividir el trabajo por horas. Me preocupa que, si lo hago, me daré cuenta de que no tengo suficiente tiempo para hacer todo. Por lo menos terminé de leer los dos libros

para Literatura. Ahora solo tengo que escribir el ensayo.

Solo escribir un ensayo de veinte páginas.

Me río, casi en un delirio. Papá me echa un vistazo, pero clavo la mirada en mi Sidur.

Durante el servicio religioso, estoy un poco aturdido. Hay mucho ponerse de pie y sentarse cuando lo único que quiero hacer es acostarme. Es el servicio más largo del año y no termina hasta después de las tres.

–Los veré después –les digo a mis padres–. Llevaré a Malka a su casa.

–Ok, tatala –responde mamá.

Me escabullo antes de que la mayoría de la gente se ponga de pie. No tengo energía para socializar hoy.

Camino hacia el ala este de la sinagoga. Malka me envía un mensaje diciendo que cayó en el vórtice de las despedidas judías y se escapará apenas pueda. Eso significa que pasarán al menos treinta minutos.

El pasillo está milagrosamente desierto. Hay un sofá afuera de la oficina de la rabina Solomon. Me dejo caer en él y luego me acomodo sobre mi costado. Podría descansar aquí y ponerme cómodo hasta que Malka esté lista.

Suelto un pequeño bostezo. Me recuerda a Pari. Realmente debería disculparme…

–¿Ariel?

Mis ojos parpadean hasta abrirse.

La rabina está parada a mi lado con las manos en las caderas, luce preocupada.

–¿Estás bien?

Aclaro mi garganta y me muevo para sentarme. Demasiado rápido. Sostengo mi cabeza y cierro los ojos esperando a que se pase la sensación de mareo.

Soy como una margarita mareada, una Dizzy Daisy, me río en voz alta.

–¿Puedes pararte? Ven a mi oficina.

–Debería…

–Por un minuto –desestima mi excusa–. Ven ahora –me paro lentamente, inhalo y la sigo–. Siéntate –dice. Abre una gaveta y saca una caja blanca de panadería. Hay una docena de rebanadas de mandelbrodt–. Aquí tienes, come. Te buscaré un vaso de agua –mi rabina me está dando comida en Yom Kipur.

–Pero estoy ayunando…

–Hashem lo comprende. Necesitas alimento.

Vacilo, pero tomo un trozo de mandelbrodt. Estoy por dar otro bocado cuando la rabina Solomon regresa con un vaso con agua.

–¿Qué está sucediendo, Ariel? –pregunta–. ¿Estás enfermo? ¿Has estado durmiendo bien?

Vacilo. Mentirle a un rabino parece verdaderamente poco kosher.

–Tal vez debería ir a buscar a tus padres y decirles que no te sientes bien– responde ante el silencio.

–No es necesario –digo un poco demasiado fuerte. Mañana termina el plazo de mamá para entregar un artículo y papá tiene que estar en el juzgado toda la semana que viene. No necesito preocuparlos por nada–. En serio –afirmo–. Estoy bien.

–¿Qué te parece si hacemos lo siguiente? Llámame después de las fiestas y hazte algo de tiempo para verme. Tendremos una pequeña conversación. Te marcharás a la universidad en un abrir y cerrar de ojos.

–¿Y no les dirá a mis padres?

–Si vienes y hablas conmigo, no, no hablaré con tus padres.

–Okey, seguro –respondo con la cabeza palpitando. Una cosa más en mi lista–. Aquí estaré.

–Gracias por llevarme –dice Malka.

Mis dedos tamborilean sobre el volante. ¿Por qué no se mueve el auto delante de mí? ¡Muévete! El estacionamiento está atascado. Necesito

llegar a casa. Pensé que estaría en casa hace por lo menos una hora, pero el tiempo se me está escapando. Necesito un plan. Okey, primero comenzaré el ensayo…

–Ariel, puedes avanzar –dice Malka mientras el auto detrás de mí toca el claxon.

Me sobresalto y aprieto el acelerador. El auto avanza bruscamente.

–Rayos, lo lamento –murmuro. Enciendo la luz de giro y salgo del estacionamiento.

Okey, entonces, primero comenzaré el ensayo y luego me tomaré un descanso y los problemas de práctica para…

–¿Eh, Ariel? Mi casa es para el otro lado.

Le echo un vistazo a Malka y luego al camino.

–Cierto. Lo lamento –estaba en piloto automático pensando en que necesito llegar a casa. El semáforo delante de mí se torna amarillo, pero los carriles están despejados así que desacelero y hago un giro en U para encaminarnos hacia la casa de Malka.

–Ay –dice tocando el techo del auto–. Bueno, rápido y furioso.

–¿Qué?

–Nada –me mira de manera extraña–. Cambiando de tema, ¿qué tal el ayuno?

Mi estómago gruñe. El mandelbrodt solo me dio más hambre. Olvídalo. Debería comer cuando llegue a casa. Si la rabina dice que puedo comer, entonces puedo comer, ¿no? Llegaré a casa y comeré algo y luego iniciaré el ensayo y después me tomaré un descanso y

trabajaré en los problemas de práctica para…

–¡Ariel! –grita Malka.

Un claxon detrás de mi estalla mientras termino de cruzar una esquina. Echo un vistazo por mi espejo retrovisor. El auto que venía por la calle perpendicular está detenido en el medio de la intersección. Un minuto, ¿qué acaba de suceder?

Malka está aferrándose a la manija para los casos de oh, mierda.

–El semáforo estaba en rojo –dice seria–. Desacelera. Por favor, desacelera.

Mi corazón no puede desacelerar. Late a cien kilómetros por hora como si alguien hubiera cortado los frenos. Mi mente está completamente exhausta.

–Lo lamento –digo, pero mi voz ni siquiera es un susurro. Aclaro mi garganta–. Lo lamento, lo lamento.

–Ya casi llegamos. Por favor, ten cuidado.

Puedo sentir los músculos tensos de Malka, su cuerpo se prepara para un accidente.

Mierda. Mierda.

Posiciono ambas manos en el volante y miro el camino.

Concéntrate, Ariel. Avanza por esta calle. Dobla a la derecha hacia el vecindario de Malka. Ahora, lento. Cuarenta kilómetros por hora. Que sean treinta y cinco. Aparta en frente de su casa. Apaga el motor. Estás en una colina. Freno de emergencia.

Malka apoya su mano sobre la mía. Sigo aferrándome al volante. No quiero mirarla. No puedo mirarla.

–Ariel, ¿quieres entrar a casa un rato? Podemos dormir una pequeña siesta de Yom Kipur.

Parpadeo. Una siesta sería lindo, pero ya estoy retrasado. Llegaré a casa, comeré algo y luego comenzaré el ensayo…

–¿Ariel?

La miro y fuerzo una sonrisa.

–Nah, estoy bien –digo. Mi mano tiembla así que sujeto el volante con más fuerza–. No estoy cansado.

CATORCE

–¿Pizza o macarrones con queso? –le pregunto a Rachel.

–Mmm, ¿macarrones con queso? –responde desde el suelo de la sala de estar, en donde está rodeada por pinturas con relieve, un afiche y fotos de piratas.

–A la orden.

Logré llegar hasta el final de la semana. Entregué el ensayo interminable para Literatura, me puse al día con la lectura para Literatura Inglesa y obtuve otra A en el examen de Cálculo. Nuestros padres salieron a cenar a la casa de unos amigos así que estoy cocinando para Rachel; revuelvo la preparación con el cucharón mientras leo las notas de Gobierno AP en mi teléfono.

Suena una notificación. Es Malka. Me está llamando. He desestimado sus mensajes desde Yom Kipur con respuestas rápidas como “todo bien” y “genial”. Estoy tentado a ignorarla, pero respondo la llamada.

–¡Hola! –saludo con voz demasiado alegre.

–Hola –responde con sospechas por mi tono.

–Shabat Shalom –revuelvo los macarrones con queso

– Shabat Shalom. ¿Qué haces esta noche?

Esto no es normal. Ambos sabemos que no es normal. No nos llamamos… nos enviamos mensajes de texto. Me muevo en mi lugar antes de responder.

–Estoy haciéndole la cena a Rachel. Mis padres salieron, así que esta noche seremos solo nosotros –se escucha un zumbido. ¿Debería invitarla? No, tengo que hacer demasiadas cosas–. ¿Qué hay de ti?

–Yo… –hace una pausa–. Escucha, Ariel, ¿estás bien? Realmente me asustaste en Yom Kipur.

–Estoy genial. Bien –mi pulso se acelera.

–Estabas muy distraído y…

–Estaba ayunando –digo–. Tenía hambre. Todo está bien, lo prometo.

Se escucha otro zumbido.

–¿Tal vez quieres…?

–¡Ah! El agua está hirviendo. Lo lamento, ¡tengo que irme!

Termino la llamada y luego pongo el teléfono en silencio. Si no puedo escuchar su llamada, entonces no puedo estresarme por responder o no. Cruzar un semáforo en rojo no estuvo bien, pero ya sé eso. No necesito que se preocupe al respecto. Estaré mejor, dormiré más. De hecho, después de practicar mi solo esta noche, planeo dormir unas sólidas ocho horas. Está bien.

Estoy bien.

Cuando la comida está lista, llamo a Rachel a la mesa.

–¿Podemos comer aquí? –pregunta–. Quiero seguir trabajando.

–Seguro –llevo los recipientes a la sala de estar y me acomodo en el sofá. Puedo leer más notas mientras como y luego practicar por unas

horas e irme a dormir a la medianoche.

Rachel y yo demolemos nuestros platos y seguimos trabajando. Chirrido de marcadores, cortes de papel y páginas volteándose; los sonidos generan una linda atmósfera mientras estudio. Cada tanto, Rachel me echa un vistazo y me pide mi opinión.

–¿Te gusta eso? –pregunta después de pegar la imagen de una espada al lado de una ilustración de su pirata.

–Es genial, buena elección.

Le pregunto si quiere helado antes de subir las escaleras, dice que sí y me acompaña a la cocina para servirse. Preparamos sundaes completos con crema batida, cerezas y todo eso.

–¿En qué estás trabajando? –juega con la cuchara en su lado, pero no lo come.

–En… –suspiro– todo. ¿Cuándo tienes que presentar tu proyecto de la pirata?

–La semana que viene –mira su postre sin tocar.

–¿No lo comerás?

–¿Lo guardarías en el congelador? –hace una mueca–. Mi estómago se siente un poco raro. Demasiados macarrones.

–Seguro –digo.

Antes de regresar a la sala de estar, me abraza con un brazo y su cuerpo se siente cálido y cercano. Guardo su helado en el congelador, pero solo después de robarle un bocado.

Lavo los platos y voy a ver a Rachel antes de subir a mi habitación. Sigue trabajando en su proyecto, pero tiene a Disney Channel de fondo.

En mi habitación, hago sonar mis nudillos y examino las yemas de mis dedos. Una mitad tiene callos y la otra mitad ampollas; empeoraron después de haber lavado los platos. Pero tengo que practicar. Faltan menos de dos semanas para la competencia con Pari.

Puedo visualizarla tocando con emoción, su cabello peinado en una coleta de caballo impecable, uñas cubiertas con barniz azul, evocando cada nota con una perfección sentida. Si Harvard tiene dos postulantes de Etta Fields High School, ¿aceptarán a la primera silla o a la segunda?

Tomo un par de apósitos del baño y los envuelvo alrededor de mis dedos más maltrechos. Luego alzo mi violín y empiezo a afinarlo, giro los pequeños tornillos de metal.

¡Mierda! Me quedo sin aliento, mis dedos arden, casi dejo caer mi instrumento. Mis ojos se llenan de lágrimas.

¿Cómo se supone que haga esto? Tengo que practicar el solo para mantener la primera silla. No estoy para nada listo. Pero la presentación con Dizzy Daisies es mañana a la noche y Sook quiere

que ensayemos todas las canciones con vestuario incluido antes del show.

Mis dedos palpitan. No puedo hacer esto. Físicamente no puedo seguir. Puedo jugar con mi mente todo lo que quiera, pero mi piel se rasga y sangra. Limpio más lágrimas cuando caen.

Inténtalo otra vez. No es tan malo. Tocaré el solo y veré cómo suena.

Alzo mi violín y hago una mueca cuando posiciono mis dedos sobre las cuerdas. Las lágrimas reaparecen. Ignóralas. Empiezo a tocar, el dolor recorre mi cuerpo. Intento olvidarme de todo y hundirme en la música, pensar solo en las notas y en su ubicación. Y funciona. Lo logro. Pero cuando termino, el dolor reaparece y hay sangre en mis cuerdas.

–Mierda –siento que mi corazón se detiene. Solo hazlo. Termina con esto.

Limpio mis dedos sangrientos en mis jeans y le envío un mensaje a Sook:

Lo lamento mucho. No puedo tocar con ustedes mañana a la noche.

Miro fijo el mensaje, cansado y entumecido. ¿Qué tipo de mejor amigo deserta a último minuto? Especialmente en un momento tan importante.

Un instante después, Sook me está llamando.

Trago fuerte, mi pulso se acelera, luego ignoro la llamada y apago mi teléfono. Parece más seguro que silenciarlo.

Me voy a dormir, descansaré mis dedos y regresaré al trabajo mañana. Todo será mejor a la mañana. Me desvisto, me meto en la cama y me cubro con mi manta. Estoy cálido, seguro y en la oscuridad. Mi cuerpo

se hunde en el colchón. Me quedo dormido en el segundo que cierro los ojos.

Me despierto y encuentro oscuridad y voces frenéticas. Desorientado, giro en la cama para revisar el horario, pero mi teléfono está apagado. Mi ordenador está en el suelo al lado de mi cama. Lo abro y veo que son las cuatro de la mañana. Mi cabeza da vueltas, desorientada por la interrupción abrupta de un sueño profundo.

Las voces suenan demasiado amortiguadas. Me desprendo de mis sábanas, me pongo de pie y abro un poco la puerta. El pasillo está demasiado iluminado. La mitad de las luces de la casa están encendidas.

Bajo por las escaleras. Mamá está en la cocina, se está poniendo una chaqueta sobre su pijama. Papá camina de un lado a otro en la sala de estar mientras habla por teléfono.

–Sí, estamos por salir. La llevaremos ahora mismo.

–¿Qué está sucediendo? –pregunto.

Y entonces lo escucho. Rachel. Su llanto suena más animal que humano. Voy a la sala de estar a toda velocidad. Su proyecto todavía

está desparramado en el suelo y ella está en el sofá, aferrándose a su estómago, las lágrimas caen por sus mejillas.

–¿Qué pasa? –mi corazón palpita en mis oídos, giro hacia mis padres–. ¿Qué está sucediendo?

–No sabemos –dice papá y corta la llamada–. Vamos, iremos al hospital.

–Okey, eh, iré a vestirme.

Subo las escaleras de prisa, casi me tropiezo con un escalón. Luego me pongo una camiseta y unos pantalones de friso sobre mi bóxer. Cuando llego al garaje, mis padres ya están acomodando a Rachel en el auto. Está más callada, gimoteando. Tal vez sea su apéndice. ¿O algo que comió? ¿Fueron los macarrones con queso?

Pero entonces yo también estaría enfermo.

Me deslizo dentro del auto y me siento en el lugar del medio para poder envolverla con mi brazo.

–Lo lamento, lo lamento, lo lamento –digo, aunque no tengo idea de por qué me estoy disculpando.

Papá entra en la sala de estar.

–No hay novedades –dice. Rachel ingresó en la sala de emergencias hace dos horas. Descartaron diagnósticos con riesgo inminente de vida, pero es un pobre consuelo ya que todavía no saben qué está sucediendo.

–¿Cómo se siente?

–Mejor, Baruj Hashem. Le dieron medicación para el dolor y la ansiedad, pero como no sabemos qué causó los síntomas…

Papá deja la oración sin terminar y clava la mirada en la pared. Es inquietante verlo así. Papá siempre está en control, pero en este momento luce como tan perdido como yo. Me pongo de pie y lo abrazo. Sigue siendo más alto que yo. Acomodo mi cabeza en su hombro y él me devuelve el abrazo. Cierro los ojos e inhalo profundamente y, por un momento, me siento seguro, protegido, como un niño otra vez.

–Te quiero –digo.

–Yo también te quiero, Ariel –nos quedamos así un rato hasta que papá da un paso hacia atrás, pasa una mano por su cabello, sus rizos están más salvajes de lo normal–. Iré a buscar más café. ¿Quieres algo?

–Un café estaría bien.

Froto mis ojos y me vuelvo a acomodar en mi silla, nervioso y exhausto a la vez. Es extraño sentarme aquí sin nada para hacer. Nunca estoy quieto, nunca presiono el botón de pausa. Mi agitación hace que sienta un hormigueo en la piel.

Tengo mi teléfono, pero me pone nervioso encenderlo y ver los

mensajes de Sook.

La sala de espera está casi vacía. Hay una pareja de ancianos que lucen como si hubieran esperado aquí todo el día, una familia joven con niños pequeños que quieren que los entretengan y una chica con jeans rasgados y una campera con capucha sentada sola.

Echo un vistazo hacia abajo para ver lo que ellos ven. Un adolescente con rizos, una camiseta de Led Zeppelin y un pantalón de friso negro.

Diez minutos después, papá todavía no regresó y mis nervios se intensifican.

No entiendo qué sucedió.

No entiendo qué está sucediendo.

Me tiemblan las piernas. Necesito hacer algo.

Suspiro y enciendo mi teléfono.

Los mensajes de Sook iluminan la pantalla. El más reciente empieza con:

No puedo creer que…

La culpa que me carcomía hace unas horas ahora está en un lugar muy lejano. Creo que mi cerebro está compartimentando porque solo puedo lidiar con cierta cantidad de estrés a la vez. Paso sus mensajes y encuentro algunos de Amir. Apenas lo vi en toda la semana y mi cuerpo necesita tenerlo cerca, sentir una ráfaga de alivio. Abro nuestra conversación y leo:

Ey, ¿a qué hora vendrás?

¿Estás en camino?

Estoy en la esquina del fondo a la izquierda.

Solo queda una hora.

Espero que estés bien.

… gracias por el apoyo.

Parpadeo. Ah. Ah. Mierda. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no lanzar el teléfono contra la pared. Me olvidé de la exhibición de Amir. Programé una alarma para recordármelo durante la semana, pero estuve tan distraído con todo mi trabajo y luego apagué el teléfono…

Reviso la hora. Son las seis y media de la mañana del sábado. Mis planes para el fin de semana incluían ir a muestra de fotografía de Amir el viernes y la presentación con Dizzy Daisies el sábado. Pero elegí estudiar sobre mis amigos. Y ahora mi hermana está en la maldita sala de emergencias y estoy esperando solo después de haber arruinado las relaciones con los pocos amigos cercanos que tengo.

No puedo lidiar con esto. No puedo.

Estoy a punto de apagar mi teléfono otra vez cuando empieza a sonar. Sorprendido, casi lo dejo caer. Me está llamando Amir. Pero no respondí sus mensajes…

–¿Hola? –saludo.

–Ariel –su voz cálida despierta emociones inesperadas. Mis ojos se llenan de lágrimas. Los cierro y aprieto la raíz de mi nariz. Respira–. Lo lamento tanto –dice–. Acabo de enterarme lo de Rachel. Mi mamá está a punto de salir para el hospital. ¿Quieres que vaya con ella? Podría llevarte algunas golosinas.

Ah, por supuesto. Mi mamá probablemente le avisó a la señora Naeem. Son tan cercanas.

–Mmm, está bien… quiero decir… tal vez más tarde. Todavía no sé qué está pasando.

–Está bien, lo que tú quieras. Sin presiones.

Es raro hablar por teléfono con él. Suena tan distante.

–Lo lamento –dice–. Por todos los mensajes. No tenía idea de lo que estaba pasando con Rachel. Debo haber sonado tan desalmado.

–Ah –respondo–. Sí, en ese momento estaba bien, mmm….

Silencio.

–¿Qué?

–Estaba bien más temprano. Olvidé tu muestra. Realmente lo lamento, Amir. Tenía un recordatorio en mi teléfono, pero apagué mi celular porque he estado muy estresado con la escuela…

–Ah –dice.

–Lo lamento en serio.

–No quiero estar enojado contigo en este momento –su voz es tensa y sus palabras cuidadas–. Tu hermana está en el hospital.

–Pero estás enojado conmigo.

–Estoy… era importante.

Más silencio. Aclaro mi garganta.

–¿Cómo estuvo?

–Sí, no creo… no hagamos eso. Estoy aquí si me necesitas más tarde, ¿sí? –suena como si quisiera terminar la llamada.

–Okey –respondo.

Mantengo el teléfono contra mi oreja mientras me pregunto si dirá algo más, pero luego, solo escucho silencio.

Cerca de las nueve de la mañana trasladaron a Rachel de la sala de emergencias a una habitación normal. Apenas entré, corrí a abrazarla con un nudo en la garganta. Lucía tan pequeña en la cama… tan joven. Es una niña. Solo es una niña. Siento que no soy el único que se olvida de eso.

Ahora ya es casi mediodía. Rachel y yo dormimos un rato, pero es difícil dormir con el ruido de las máquinas y las enfermeras entrando y saliendo así que jugamos al Scrabble en mi teléfono mientras mamá y papá llaman a nuestros familiares desde el pasillo para contarles las

novedades.

–No lo hagas –le advierto. Normalmente, no dejo que Rachel gane. Es demasiado inteligente y me gana sin ayuda, pero hoy no pude evitar dejarle espacio para una palabra con puntaje triple. Está alerta y alegre considerando las circunstancias, su dolor casi desapareció por completo, pero sus mejillas siguen pálidas. Odio no saber qué causó esto.

–Lo haré –sonríe y acomoda la palabra "conjuro".

–Me estás matando –gruño.

Rachel sonríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos.

–Tú elegiste este juego. Tu turno.

Cuando tomo mi teléfono la doctora entra en la habitación. Viste ropa quirúrgica y unos tenis. Mis padres avanzan detrás de ella. Todos la miramos y esperamos que diga algo. Rachel habla primero.

–Entonces –dice–, ¿qué me pasa? –pregunta con tanta indiferencia que todos nos reímos y quebramos un poco la tensión en la habitación.

–Bueno, veamos si tu hermano puede esperar afuera un minuto –responde la doctora.

–Está bien –dice Rachel–. Quiero que esté aquí.

¿Por qué la doctora querría que espere afuera?

–Sí –me cruzo de brazos–, estoy bien aquí.

Mamá y papá también asienten.

–Está bien –dice la doctora–. Bueno, primero las buenas noticias; tu tomografía no presentó anomalías. Estamos esperando los estudios de sangre, pero creemos que anoche tuviste una respuesta psicosomática que se manifestó en fuertes dolores abdominales.

–¿Espera? –dice papá–. ¿Qué?

–En términos llanos –explica la doctora–, estaba abrumada y eso le causó dolor físico. Es común que el estrés cause este tipo de reacción.

–¿Estrés? –mamá frota su frente–. ¿Qué quiere decir…?

–¿Ahora está bien? –interviene papá–. No entiendo.

–Por supuesto que no está bien –salta mamá. Luego suaviza su voz–. No es físico, pero eso no significa que no sea dañino.

–Claro, no, por supuesto –dice papá.

Estoy sentado aquí intentando asimilar toda esta información, pero las piezas no encajan entre sí.

–¿Estrés? –pregunto–. Tiene diez años. Qué causó…

Pienso en la noche de ayer y el proyecto de la pirata por todo el suelo. Pienso en las últimas semanas y en Rachel haciendo tarea en vez de jugar con los animales en el refugio. Recuerdo que no quiso dejar de leer en la mesa. Giro hacia mi hermana.

–Rachel… –empiezo a hablar pero no quiero decirlo–. ¿Estás estresada por tu proyecto? ¿Por la escuela?

Su rostro sigue serio. Luego, se desmorona y su voz se quiebra cuando

habla.

–Solo quería hacer un buen trabajo.

Empieza a llorar y tengo que contener mis propias lágrimas. Quiero escaparme, pero es mi hermana. Necesito estar aquí para ella. Así que camino hasta su cama y la abrazo; hunde su rostro en mi hombro y yo hundo mi rostro en su almohada y ambos dejamos caer las lágrimas.

Está parado en frente de las jaulas con los dedos sobre las barras y su chaqueta del equipo de fútbol americano sobre su hombro.

–¿Isaac? –pregunto.

Se da vuelta y parpadea. Hoy hay movimiento en el refugio animal. Hay una familia y un tipo soltero en la recepción, ambos quieren firmar papeles de adopción con Marnie. Así que Isaac y yo estamos solos aquí atrás. No creo que ninguno esperara encontrarse con alguien.

–Hola, lo lamento –dice–. La mujer, mmm, Marnie dijo que podía venir aquí –sus ojos están desenfocados, su cabello desprolijo–. Debería estar en el entrenamiento… –deja la oración a medio terminar sin más explicaciones–. ¿Qué hay de ti?

–Eh –mi cerebro se congela. Luego, la verdad–. Acabo de volver del hospital. Mi hermana está enferma.

–Oh, maldición, ¿estará bien? ¿Qué tiene? ¿Gripe?

–No –rasco mi nuca–. Estrés. Eh, estrés por el colegio.

–¿Hizo que se enfermara?

–Supongo que sí –asiento. Se me cierra la garganta de solo pensarlo. Mi hermana pequeña estuvo en el hospital –el maldito hospital– por la escuela. Y Malka y yo podríamos haber terminado allí cuando la llevé a casa el otro día. Por la escuela.

–Eso es retorcido –dice Isaac–. Lo lamento.

–Sí, es retorcido –hago una pausa y le echo un vistazo a las jaulas–. Soy voluntario aquí y a veces Rachel me ayuda. Así que pensaba llevar a nuestro perro preferido para visitarla. Se supone que no podemos hacer eso, pero Marnie es genial.

–Sí, parece agradable.

Ezekiel está en una jaula al lado de Isaac. Agita su cola y sin sonido le digo “pronto”.

–¿Qué hay de ti? –pregunto–. Dijiste que deberías estar en el entrenamiento.

Isaac vacila. Saca su balón rojo antiestrés de su bolsillo y lo estruja dos veces. No me había dado cuenta de que siempre lo tiene encima.

–Me esguincé el tobillo en el juego de anoche –dice–. Si juego ahora,

podría empeorar la lesión y perderme el resto de la temporada. Perderé mi posibilidad de conseguir una beca –sus dedos aprietan el balón con tanta fuerza que se tornan blancos–. Pero si no juego, los reclutadores no me verán en el próximo juego y podría perder mis chances obtener una beca. Solo es un esguince… –su voz se entrecorta–… Pero podría arruinar todo.

Algo dentro de mí se quiebra.

No debería ser así. No debería ser así de difícil.

Isaac luce como si estuviera al borde de las lágrimas. Me pregunto si luzco muy distinto.

–Vamos –digo mientras abro la jaula de Ezekiel–. Podemos jugar con él afuera antes de llevarlo a casa.

–¿Tienes tiempo? Con tu hermana y todo…

–Tengo tiempo –digo. Ezekiel trepa hasta los brazos de Isaac y lame su rostro. Isaac se ríe y lo acerca todavía más–. Puedo hacer tiempo.

Esa tarde, golpeo la puerta de la habitación de Rachel. Después de que le dieron el alta y una cita con un psicólogo pediátrico, volvió a casa y

durmió una siesta. Al igual que mis padres. Era extraño estar en casa el sábado sin haber ido a la sinagoga antes. Estaba demasiado ansioso para dormir, así que fui al refugio animal.

–Entra –grita Rachel.

Abro la puerta. The Chain de Fletwood Mac suena en su iPad. El impecable gusto musical definitivamente corre en mi familia.

–Alguien vino a verte –digo manteniendo a Ezekiel fuera de su vista.

–¿Quién? –pregunta–. ¿Sara?

–Nop –me inclino y suelto la correa. Ezekiel entra corriendo, salta sobre la cama y lame el rostro de Rachel. Mi hermana chilla y lo abraza.

–¡Ay, por Dios! –dice–. ¿Es nuestro?

–Uh, ups. Desafortunadamente, no –hago una mueca–. Mamá sigue siendo alérgica. Pero ¿adivina qué? ¡Mi amigo Isaac y su familia lo adoptarán!

–¿En serio? –replica Rachel emocionada.

–¡En serio! E Isaac dijo que podemos ir a su casa y jugar con él cuando queramos.

–Oh, Dios –Rachel sonríe. Ezekiel intenta trepar sobre su pecho y termina abrazándola, una pata alrededor de su cuello y otra sobre su estómago. Rachel se inclina hacia adelante y lo lleva a su pecho. Inhala profundamente.

–Lo quiero mucho –dice.

–Yo también –me subo a la cama con ellos y acaricio a Ezekiel, pero solo lame mi mano rápidamente y se acurruca contra Rachel.

No sentamos con él por un largo rato, no hablamos de nada serio, discutimos cuán linda es su cola y su rostro de cachorro. Pero luego, Rachel dice:

–Me da miedo ir al psicólogo. ¿Alguna vez fuiste a uno?

–No –respondo. Pero tal vez sea una buena idea hablar con alguien. Hacer esto solo no está funcionado, así que tal vez sea hora de intentar algo nuevo–. Estoy seguro de que será muy amable. Además, mamá y papá son geniales. No te harán seguir yendo si no te gusta.

–Lo busqué –dice Rachel.

–¿Psicología?

–Respuesta psicosomática –pronuncia las palabras deliberadamente, como si todavía estuviera acostumbrándose a ellas–. Es un poco aterrador pensar que tu cabeza puede enfermarte. ¿Cómo se supone que haga mi tarea si trabajar puede lastimarme?

Me quedo en silencio mientras pienso en todas las veces que me dije a mí mismo que no dormir estaba bien, que no almorzar estaba bien, lo que sea para estar al día en la escuela.

–Desearía saberlo. Desearía poder decirte que te detengas, pero no estoy seguro de cómo podemos detener la escuela. Tal vez la psicóloga pueda ayudar.

–Tal vez.

¿Cómo evitas el estrés relacionado a la escuela si no puedes evitar la escuela?

Ezekiel trepa sobre mi regazo, descansa su cabeza sobre mi pierna. Mi estómago se retuerce de culpa. ¿Cómo puedo decirle a Rachel que la escuela no importa cuando no es verdad? Todavía le faltan tantos años. ¿Y si estas clases terminan destrozándola por dentro? Nunca quise tanto saber las respuestas correctas.

–Te quiero, Ra-chell –digo.

–Yo también.

–Siempre estaré aquí –golpeo la pared que separa nuestras habitaciones–. Lo sabes, ¿no?

–Lo sé –se acomoda en su cama–. Creo que dormiré un poco más, estoy cansada. ¿Ezekiel puede quedarse conmigo?

–Seguro, lo llevaré más tarde.

Rachel se hunde entre sus sábanas. Me pongo de pie y salgo al pasillo, pero dejo la puerta entreabierta para poder cuidarla.

QUINCE

Sook evita hacer contacto visual conmigo cuando entra a la clase de Literatura. El domingo trajo las galletas de avena y chispas de chocolate preferidas de Rachel y conversamos de cosas sin importancia, pero solo por el bien de mi hermana. Quería saber cómo le había ido en su presentación, pero estaba demasiado nervioso para preguntar. ¿Tocaron sin mí? ¿Fue algún representante? Y la pregunta que he intentado evitar: ¿arruiné su oportunidad de cumplir su sueño?

Hoy es viernes y no hemos hablado en toda la semana. Casi no hablé con nadie estos días, me dejé llevar de clase en clase, entregué tareas e hice exámenes, pero siento como si estuviera observando a un avatar de mí mismo actuar automáticamente.

Las disculpas que le envié a Sook por mensaje descansan en nuestra conversación sin ninguna respuesta. Nunca hice una cosa así. Quiero arreglarlo. Necesito arreglarlo. Pero no sé cómo.

–Hola –digo.

Se pone los auriculares y abre su agenda de cuero.

“Hola” no será suficiente.

Las cosas también están tensas con Amir. Me disculpé con él otra vez en la escuela y dijo que todo estaba bien, lo que históricamente y en todo el universo significa que no están bien. Pero tampoco sé cómo redimirme con él. Destruí dos de las relaciones más importantes en mi vida y necesito tiempo y dedicación para enmendarlas.

Pero estoy cansado.

Una parte de mí quiere mantener la cabeza baja, terminar el año

escolar y dedicar todo mi tiempo libre a Rachel. Tuvo su primera cita con la psicóloga esta semana y dijo que estuvo bien, pero ha estado más callada de lo normal.

Mamá y papá fueron a su escuela y hablaron con sus profesores quienes disculparon profusamente y dijeron que no tenían idea de que Rachel estaba bajo tanta presión. La excusaron de presentar ar su proyecto de pirata, pero esa es una tarea en una clase y una calificación. Mamá y papá no pueden presentarse en la escuela cada vez que Rachel tenga un proyecto. Los escuché hablar sobre cambiarla a una escuela privada el año que viene, una con una estructura de aprendizaje más creativa, pero Rachel no quiere dejar a sus amigos.

Mi hermana me necesita. Todo mi tiempo debería abocarse en ella. Pero necesito recuperar a mis amigos. Son mi grupo. No puedo apoyar a mi hermana si me estoy desmoronando.

–Sook… –empiezo a decir, pero la señora Rainer entra en la habitación.

–Muy bien, clase, es hora de nuestra consigna de escritura matutina.

Sook clava los ojos en la pizarra sin mirarme. Suspiro, saco mi cuaderno y mi lápiz número dos y empiezo a escribir.

La puerta principal de la sinagoga está cerrada. Solo las abren durante el servicio religioso de Shabat porque hay demasiadas personas entrando y saliendo y un guardia de seguridad cuida el estacionamiento.

Presiono el timbre.

–Ariel Stone. Tengo una cita con la rabina.

–Buenas tardes, Ariel –suena la cerradura–. Entra.

Otra persona avanza detrás de mí, una repartidora con una pequeña caja. Mi instinto me dice que sostenga la puerta para ella, pero recuerdo el protocolo de seguridad. Dejo que la puerta se cierre y le sonrío tímidamente. Me devuelve la sonrisa; lo entiende. La rabina Solomon quería que nos encontráramos a las cuatro, así que tenía sentido venir directamente después de la escuela. Pero llegué temprano, así que supongo que deambularé un rato.

El santuario se ubica en el centro del templo. Tiene puertas gigantes de madera y paneles de vitral. A su lado, hay una estantería con kipás y varios talit. Posiciono mi mano sobre la madera laqueada y me acerco. Aunque el santuario está cerrado, cierro mis ojos y puedo escuchar la oración al unísono. Inhalo suavemente, una, dos veces. Me cubre un manto de tranquilidad.

Después de un tiempo, me alejo y camino por el salón; paso las fotos de los presidentes de la sinagoga y de los niños que terminan la escuela hebrea. Encuentro mi foto del año de mi bar mitzvá. Estoy parado en la segunda fila con mejillas regordetas rojas y pantalones caqui ya unos centímetros demasiado cortos. Isaac está sentado delante de mí, sus gafas descansan sobre su nariz.

Pasé cuatro días a la semana con todas las personas de esa fotografía. La escuela dominical, más las clases después de la escuela los martes y jueves y los servicios religiosos del sábado; además de las fiestas de bar y bat mitzvá. Nos conocíamos muy bien a pesar de estar en diferentes grupos de amigos en la escuela. Ahora solo hablo con

algunos de ellos, mayormente con los que están en mis clases AP como Isaac. Mi círculo social se redujo con el pasar de los años. Y ahora, mis pocos amigos no me dirigen la palabra.

Suena una alarma en mi bolsillo, es hora de mi cita. Camino hacia la oficina de la rabina Solomon y golpeo la puerta.

–Adelante –grita.

Mientras entro, me doy cuenta de que esta es la tercera vez que visito esta oficina en un mes.

–Siéntate, Ariel. ¿Quieres té?

Casi digo que no, pero es viernes a la tarde y estoy al día con mi trabajo. Resulta que no hablar con tus amigos libera tu agenda. Mi entrevista para Harvard es mañana, pero estoy listo porque me estuve preparando desde que la programé. Así que, extrañamente, tengo la noche libre.

–Seguro, gracias.

–También tengo un poco más de mandelbrodt –la rabina guiña un ojo y luego enciende la pava eléctrica que está al lado de su escritorio.

Unos pocos minutos después, disfrutamos de una taza humeante de té israelí y un trozo de mandelbrodt. Hundo el mío en el té y luego pruebo un bocado.

–Entonces, Ariel. ¿Cómo estuvo tu lectura?

Más temprano en la semana, cuando concertamos la cita, me pidió que leyera una historia del Talmud. Era corta, solo una página. Fue lindo leer algo y saber que no tenía que escribir un ensayo al respecto.

–Me gustó –respondo.

Y es verdad. Conversamos sobre la historia. Se llama “El zorro en el viñedo”. Un zorro espía unas uvas deliciosas en un viñedo, pero el agujero en la cerca es demasiado pequeño. No puede entrar. Entonces deja de comer por tres días para poder cruzar y atragantarse con las uvas. Después de comer todas las uvas, no puede volver a atravesar la cerca. Tiene que ayunar otros tres días y se marcha tan insatisfecho como llegó.

–¿Cómo interpretaste la historia? –pregunta la rabina.

–Bueno, mi sensación inicial fue que tenía ojos más grandes que barriga, pero creo que es más profundo que eso. Es como si estuviera persiguiendo un objetivo sin sentido. Pasó hambre durante seis días por nada. Pensó que las uvas lo harían feliz, pero al final, fue un desperdicio de tiempo.

–¿Entonces trata sobre actividades infructíferas? –la rabina Solomon sonríe y alza las manos–. No fue un chiste intencional, lo juro.

–Ja, sí, no lo sé. Es confuso, ¿cómo sabes que una meta vale la pena hasta que la alcanzas? Trabajamos duro por un montón de cosas. ¿Deberíamos no esforzarnos tanto porque la recompensa podría no ser lo que esperábamos?

–Esas son grandes preguntas, Ariel.

–Supongo –rasco mi oreja–. Entonces, ¿tiene las respuestas?

–Las respuestas no son tan importantes. Las respuestas terminan una conversación; las preguntas hacen que nunca se termine. Estamos aquí para analizar y explorar. ¿Por qué terminar un viaje antes de empezarlo?

–Pero ¿por qué haríamos preguntas si nunca recibiremos las respuestas?

–¿Ves? –sonríe la rabina Solomon–, ya está entendiendo. Responde una pregunta con otra pregunta. Ese es el método de los rabinos –revuelve su té–. Ariel, ¿qué otras preguntas tienes? ¿En qué has pensado últimamente? –su rostro se suaviza–. Escuché lo de tu hermana, ¿te gustaría hablar de ello?

–Supongo que es como la historia. Rachel y yo queremos que nos vaya bien en la escuela. Si te va bien, entras en una buena universidad, consigues un buen trabajo y ganas bien… –le echo un vistazo a mis manos–. Pero ¿y si hacemos todo eso y estamos demasiado cansados para disfrutar la recompensa?

–¿Qué sucede si obtienes las uvas, pero estás demasiado lleno para valorarlas?

–Algo así –digo–. Pero no puedo simplemente detenerme. Es la universidad. No puedo abandonar. ¿Cómo se supone que hagamos todo bien sin agotarnos?

Los ojos de la rabina Solomon brillan con… tristeza.

–Es una pregunta difícil, Ariel.

–¿Tiene alguna historia del Talmud?

Media hora después, abandono la oficina y me congelo cuando veo quién está esperando en el sofá. La rabina Solomon asoma la cabeza:

–Dame cinco minutos, Malka. Tengo que hacer una llamada telefónica rápida.

–Seguro –dice Malka con una ligera sonrisa.

Solo ha pasado una semana desde la última vez que la vi, pero parece diferente. ¿Más grande? No sé. Esa es la parte extraña de ser amigo de alguien por tanto tiempo. Un día los miras y te das cuenta de que ya no son los niños de ocho años con los que construías fortalezas de almohadas.

–Hola –saludo con hombros tensos.

Con la excepción de un mensaje por Rachel, no hemos hablado desde esa llamada telefónica antes de la presentación de Dizzy Daisies.

–Hola –apenas asiente con la cabeza.

–No debería haberlas abandonado –araño el suelo con mi zapato–. No en el último minuto, especialmente sin explicar. Fui un idiota y lo lamento.

Se queda en silencio un momento y luego le da una palmadita al sofá.

–Ven. Siéntate.

–Realmente lo lamento –digo con la garganta seca y me siento al lado de ella. Miro mis dedos y los entrelazo.

–¿Por qué lo hiciste? –su voz se suaviza–. Ariel, ¿qué está sucediendo? He estado preocupada por ti desde Yom Kipur.

Muerdo el interior de mi mejilla mientras pienso mentiras. No. La verdad es mejor. Aprieto los puños y luego relajo mis dedos y se los muestro a Malka.

–Por esto.

–Guau –exhala. Mi piel está cubierta de callos y ampollas. Tengo apósitos en los puntos más lastimados. De hecho, lucen mejor, por lo menos en comparación con la semana pasada. No he tenido la voluntad para seguir practicando tanto para mi solo.

–La doctora Whitmore no estaba feliz con mi interpretación del solo, así que me hará competir con Pari. Y si ella toca mejor, perderé el puesto de primer violín. No podía seguir ensayando para la orquesta y la banda. Y no es solo eso… mis calificaciones también. Cada vez que levanto una, descuido otra. Y si no puedo arreglarlo, Harvard no me aceptará… –bajo la mirada–. No sé qué estoy haciendo mal.

–Jesús –dice con los ojos clavados en mis ampollas.

–Malka –replico–. Estamos en una sinagoga, Jesús no está involucrado.

Mi amiga resopla y sonrío. Algo de la incomodidad entre nosotros se aliviana.

–Igual, no lo entiendo –dice Malka–. ¿Por qué no nos contaste?

–Yo… –hago una pausa–. Estaba avergonzado. Se supone que debo tener todo en orden, pero estaba desmoronándome. Pensé que si trabajada lo suficientemente duro, podría asegurar mi puesto en la orquesta, subir mis calificaciones y que todo estaría bien. Pero no estaba durmiendo lo suficiente y en Yom Kipur…

–Me asustaste en serio, Ariel –Malka inhala–. Todo esto me asusta. Estás poniéndote en peligro y también me pusiste en peligro a mí.

–Mierda –trago fuerte–. Lo lamento –la presión se acumula detrás de mis ojos–. Nunca volveré a hacer eso. Tienes que creerme. Ya no me exigiré de esa manera. Mira lo que le hizo a Rachel. Si sigue así, la escuela podría… –froto mis ojos–. No quiero pensar en qué podría suceder.

–Ey, está bien. Estás bien –envuelve mis hombros con su brazo y se inclina sobre mí–. ¿Cómo puedo ayudar?

–No lo sé –suspiro–. Quiero que no me importe. Sé que Harvard no es el único lugar en el que puedo obtener una buena educación. Hay muchas universidades excelentes. Pero no puedo rendirme, ¿o sí? ¿Después de todo esto?

–No creo que sea una situación de todo o nada. ¿Puedes dejar una clase? Estoy segura de que no necesitas todas esas clases AP para graduarte.

–De hecho, mi consejera lo mencionó. Pero aparecerá en mi expediente académico. Ugh –hundo mi rostro en mis manos–. Tal vez necesito considerarlo. No puedo hacerme esto. Lo sé. No puedo hacerle esto a Rachel.

–Lo resolveremos. Lo prometo. Cuentas conmigo, con la rabina, con Sook… –titubea.

–¿Qué hay de ti? –le echo un vistazo a la puerta de la oficina–. ¿Por qué estás aquí?

–Vengo cada tanto –Malka jala de la manga de su camiseta–. Empecé hace unas semanas porque estaba luchando con todo el "ser una adulta en la universidad".

–Espera, ¿qué?

–Conducía hasta aquí todo el tiempo. Mientras todos los demás pasaban los fines de semana colándose en bares, yo regresaba a los suburbios con mis amigos de la secundaria. Me sentía como una perdedora, como si estuviera reprobando la vida universitaria.

–¡Pero no eres una perdedora! Eres nuestra amiga mayor e interesante.

–Gracias, Ariel –se ríe–. Me gustan algunas cosas del campus. Las clases y los eventos en el Jabad están bien, pero también me gusta estar aquí. En la universidad es como si siempre estuviera intentando ser alguien. Aquí soy Malka.

–¿Ahora te sientes mejor?

–Sí, dejé de poner tanta presión sobre a mí para vivir la experiencia universitaria. Y Rasha y yo nos hemos hecho buenas amigas. Me contó que vivió algo similar cuando decidió vivir en casa. Ahora está en paz con ello.

–Bien –asiento y la empujo suavemente, apoyo mi cabeza sobre su hombro por unos segundos–. Lamento que te sintieras así, pero me alegra que estés mejor. Podrías habérmelo contado.

–Sí y tú podrías haberme contado lo que te pasaba con la escuela.

Ambos sonreímos.

–Tendremos que mejorar –dice Malka.

–Concuerdo –mordisqueo el borde de mi uña–. Entonces, eh, ¿cómo estuvo la presentación?

–¡Ay, no! Nadie te contó, ¿no?

–¿Contarme qué?

–Bueno, no vino ningún representante –me inunda una ola de alivio. No arruiné su oportunidad después de todo. Dios, tengo suerte–. Pero Clarissa estuvo allí y mencionó que tocará en una muestra en el Teatro Georgia en Athens y una de las bandas canceló en el último minuto. Nos recomendó y ¡obtuvimos el lugar! Y varios representantes estarán presentes. Sook está enloqueciendo. Hemos ensayado sin parar.

–¡Amiga, eso es increíble! Es todo –Es un momento importantísimo y mi mejor amiga no me lo contó. Siento un vacío en el estómago–. Estoy muy contento por ustedes. En serio. Serán increíbles. ¿Hay algo…? ¿Necesitan que…?

–Sook ya está eliminando el violín de las canciones –responde con una mueca–. Pero puedes venir a vernos. Es demasiado testadura para decirlo, pero sé que te extraña.

–No estoy tan seguro –digo–. No quiero distraerla y arruinar su oportunidad. Además, mi entrevista con Harvard es mañana.

–Rayos.

–Sí.

–Malka –la rabina Solomon asoma la cabeza–, ya estoy lista.

–¡Ahora entro!

Ambos nos ponemos de pie y Malka me abraza. Es uno de esos abrazos largos y fuertes que me recuerda lo geniales que pueden ser los abrazos.

–¿Tal vez te veré después? ¿El domingo? –pregunta mi amiga.

–Sí, suena bien.

–Ey, si tienes tiempo, deberías venir conmigo a uno de los eventos en el Jabad.

–Seguro, iré.

–Espero que todo esto mejore para ti.

–Gracias –entrelazo mis dedos y luego sonrío–. Creo que todo mejorará pronto.

DIECISÉIS

El Starbucks está a solo unos minutos de mi casa. Solía venir aquí con Pari, Sook y otros compañeros para estudiar en primer año de secundario, cuando hablábamos más de lo que estudiábamos.

Suena una campana cuando abro la puerta. El lugar está repleto, padres con carritos de bebés y preadolescentes que beben batidos con crema batida. Escaneo la habitación hasta que encuentro a Hannah.

Luce más joven que la fotografía en su sitio web. Tiene un atuendo informal; jeans y una blusa. Rayos. Tengo puesto el traje que vestí para la sinagoga. Tenía tiempo para cambiarme, pero pensé que debía vestirme más formal para una entrevista con Harvard.

Dios, luzco ridículo.

Aclaro mi garganta y camino hacia ella. Un minuto, ¿debería comprar mi bebida primero? Ya tiene una taza blanca delante de ella. Pero ¿y si piensa que llegué tarde? Okey, salúdala y luego compra una bebida.

Cuando estoy a unos pocos metros, alza la mirada y sonríe.

–¿Ariel? –pregunta y pronuncia mi nombre de manera correcta.

No se detiene en mi traje, estrecho su mano. Su agarre es sólido pero delicado.

–Hola, es un placer conocerla, señorita Shultz –me apoyo sobre mis talones–. Iré a buscar algo de tomar –¿No? Sería extraño sentarme sin algo para beber–. ¿Puedo traerle algo?

–Hannah, por favor. Ya tengo mi café –le da una palmadita a su taza–. Tómate tu tiempo.

Me pongo en la fila y me muevo en mi lugar, incómodo. Hay cuatro personas delante de mí. ¿Por qué tantas personas beben café el fin de semana? Me pregunto si Hannah me está observando. Saco el teléfono de mi bolsillo y abro el correo que me envié a mí mismo con mis notas finales para la entrevista; repaso los datos de Harvard y Hannah y cuánto me gusta tocar el violín en una banda. Ja. Si tan solo supiera que la banda está en Athens en este momento, preparándose para presentarse en un teatro sin mí. Si tan solo supiera que soy un egoísta que puso sus propias metas sobre las de mis amigos. La culpa corroe mi estómago inquieto.

La línea avanza unos centímetros. Hannah sabe que llegué a tiempo, pero siento que estoy haciendo algo mal. Debería haber llegado antes, como media hora antes, comprar mi bebida primero y luego podría haber esperado pacientemente mientras ella compraba su café. Pasa otro minuto. Qué manera de causar una buena impresión.

Mi pulso palpita en mis oídos. Inhalo y llego al mostrador al fin.

–¿Qué puedo servirte? ¿Probaste nuestro latte moca de calabaza y avellanas?

–Eh, seguro. Uno de esos.

–¡Ya lo preparo!

Pago, luego doy un paso al costado y espero mi pedido. Sacudo mi cabeza para volver a concentrarme. No desperdicies la oportunidad que tienes la suerte de tener. Tomo mi bebida y camino hasta Hannah.

–Lo lamento –apoyo la taza sobre la mesa, luego la alejo del borde en caso de que la golpeé y se derrame por todos lados.

–No te preocupes –sonríe y saca un cuaderno con tapa de cuero de su bolsa. Me recuerda a la agenda de Sook y siento una presión en el pecho–. Entonces –dice–, en tu correo mencionaste que eres voluntario

en un refugio animal. Eso es genial. ¿Qué te atrajo a eso?

Horarios sencillos y mamá conocía a la directora.

Tomo mi bebida, pero está demasiado caliente.

–Quería ayudar a la comunidad –mis palabras suenan dolorosamente ensayadas–. Y me gustan los animales. Se siente bien ayudarlos.

–Adopté mi perro de un refugio –dice Hannah.

–¡Eso es genial!

–Está destruyendo mi casa –ríe–, pero lo quiero mucho. ¿Tienes alguna mascota?

–No, mi mamá es alérgica.

–Qué lástima –Hannah asiente–. ¿Tal vez puedas adoptar un perro cuando vivas solo?

Sonrío mientras pienso en tener cerca un perro como Ezekiel para jugar.

–Tal vez.

Hanna vuelve a mirar sus notas.

–También veo que estás involucrado con tu sinagoga. Yo también soy judía, si no te diste cuenta por mi nombre. ¿Estás buscando universidades que tengan una comunidad judía?

–No he pensado mucho en ello –respondo con honestidad–. A mi

amiga le gusta ir al Jabad de su universidad. ¿Hay Jabad en Harvard?

–¡Sí! Fui miembro y me encantó –Hannah me cuenta su experiencia; desde la noche de tacos de los martes con lecturas de la Torá hasta tener un lugar para celebrar las fiestas. Suena agradable, un espacio en un nuevo ambiente en el que puedo estar totalmente cómodo.

Seguimos hablando, parte de mi ansiedad se relaja cuando Hannah me cuenta sobre sus clases y profesores preferidos, los restaurants que tengo que probar y sobre las innumerables organizaciones y actividades en el campus. Hasta tienen una orquesta para los estudiantes que todavía no eligieron una especialidad.

–Y estaba en el equipo de softball bajo techo –dice–. ¿Practicas algún deporte?

–Sí –digo–. Bueno, no. Solía jugar al fútbol, pero estaba demasiado ocupado con mis clases.

–Ciertamente, hay una carga importante de trabajo en Harvard –dice Hannah–. Pero muchos estudiantes se dan cuenta de que tienen más tiempo libre que en la secundaria. Deberías considerar el equipo de fútbol si terminas allí.

Hannah se disculpa para ir al baño y me reclino en mi asiento imaginando todas estas posibilidades. He estado tan concentrado en entrar a Harvard que no he pensado mucho en cómo podría ser mi vida allí. Ya puedo verme caminando a clase en el hermoso campus, disfrutando de noches de tacos y Torá con mis compañeros judíos, tocando en la orquesta sin la nube oscura de la dotora Whitmore, jugando al fútbol y sintiendo la adrenalina de patear el balón en el campo de juego.

Subí mis calificaciones. Me está yendo bien. Solo faltan algunos meses para graduarme. Si sigo así, mi sueño de Harvard podría cumplirse en un abrir y cerrar de ojos.

Pero el rostro de mi hermana reaparece en mis pensamientos. Muerdo

el interior de mi mejilla y reviso los mensajes en mi teléfono. Tengo uno de papá:

¡Buena suerte!

Y uno de Rachel que dice:

¡Tú puedes!

Y luego, algunos mensajes de Malka:

Sook se olvidó la memoria USB con nuestras pistas de batería.

Hay representantes.

Se está volviendo loca.

No tenemos tiempo para ir a buscarlas.

La presentación empieza en dos horas.

Me congelo. El último mensaje lo envió hace cinco minutos.

Estoy aquí, soñando despierto sobre mi vida perfecta en Harvard cuando el sueño de mi mejor amiga está en riesgo. Busco Athens en Google maps y veo cómo llegar. Tardaré noventa minutos; si me marcho ahora y voy directo a la casa de Sook…

Este es el momento.

Esta es la oportunidad de Sook de conseguir un representante.

Mi chance de recuperar a mi mejor amiga.

–Ahora hablemos de… –Hannah regresa y se sienta.

–Lo lamento mucho –la interrumpo y me pongo de pie. No puedo creer que esas palabras estén saliendo de mi boca–. Tengo que irme.

–¿Está todo bien? –luce preocupada.

–Sí. No. Quiero decir, mi mejor amiga necesita ayuda. Está bien, pero… es difícil de explicar. Lo lamento.

–Está bien –Hannah vacila–. La entrevista no terminó. Me caes bien, Ariel, pero todavía tengo algunas preguntas. Podríamos terminar en quince minutos. ¿Estás seguro de que tienes que marcharte ahora?

Titubeo. ¿Quince minutos más harán que entre en Harvard?

¿Eso importa si pierdo a mi mejor amiga?

–Estoy seguro –digo sin aliento–. Fue genial conocerla. Gracias por contarme tanto de Harvard –hago una pausa y vuelvo a imaginar cómo podría ser mi vida en su campus–. Realmente pienso que me encantaría estudiar allí.

–Me alegra escuchar eso, Ariel –sonríe.

Y luego me marcho antes de que Hannah pueda decir algo más.

–Ariel, ¿estás haciendo qué? –mamá pregunta en el altavoz. Ya estoy en la carretera I-285 con la memoria USB de Sook en mi auto. The Who suena a todo volumen, Keith Moon resuena en mi cabeza. Bajo el volumen.

–Estoy en camino a Athens para llevarle a Sook su memoria USB para que pueda tocar en la presentación más importante de su vida.

–Ariel, ¿qué?

–Estoy en camino…

–Regresa. No tienes permitido conducir hasta Athens sin permiso. ¡Está a casi dos horas de distancia!

–Lo sé. Y por eso no puedo regresar. Se me está acabando el tiempo para ayudarla y esto es muy importante, ¿sí? Lo juro. Épicamente importante. Y, si no estás de acuerdo, cuando regrese a casa puedes castigarme por el resto del año escolar, pero no regresaré ahora.

–Ariel, eso no está bien.

–Lo sé. Lo lamento.

Mamá suspira. Puedo escucharla pensando, cediendo un poco.

–No, conducir y hablar por teléfono. Llámame en el instante que llegues. Y nunca vuelvas a hacer algo así. ¿Entendido?

–Entendido –digo–. Gracias, Mamá. Te quiero.

–¡Aguarda! ¿Cómo te fue en la entrevista?

Trago fuerte.

–Muy bien.

Intento no pensar en que tal vez arruiné todo. Pero creo que esto es más importante. No, sé que lo es.

Termino la llamada. Paso al carril izquierdo y presiono el acelerador.

–Aparcaré el auto –dice Amir.

Está aquí, parado afuera de la puerta del copiloto. Parpadeo. No, no es fatiga por conducir. Realmente está aquí. En Athens. Con su camiseta

de Hufflepuff. Su cabello está peinado hacia atrás y un mechón rebelde cae sobre su ojo. Lo he visto en la escuela, pero ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que lo vi.

–No sabía que estarías aquí –digo.

–Sí –rasca su barba incipiente–, bueno, Rasha grabará un segmento para el podcast y me preguntó si quería hacer el viaje con ella.

–Sí… –no puedo parar de mirarlo; sus hombros anchos, sus ojos oscuros y sus labios perfectos.

–Probablemente deberías apresurarte. Son las cuatro de la tarde.

–Mierda, sí –salgo del auto de un salto sin apagar el motor. Doblo por la esquina en el centro de Athens hacia el teatro. Hay como una docena de manzanas de bares, restaurantes con estudiantes universitarios por todos lados, disfrutando el clima de otoño, pasando de los bares a los restaurantes una y otra vez. La calle está bloqueada y una banda toca en un escenario al aire libre, la gente se mueve con la música con cervezas en mano.

–Guau, este lugar es increíble.

–Concuerdo –dice Amir–. La Universidad de Georgia tiene un excelente plan de estudios de medicina. Está subiendo en mi lista.

–Eso es genial. Entonces…

–¡Ariel, ve!

–Cierto –río y él también lo hace. Mi corazón se detiene. Nos extraño–. Voy, voy –digo con una sonrisa en el rostro.

Corro hacia el teatro. Compro un boleto y una vez adentro, llamo a

Malka. Responde instantáneamente.

–¿En dónde estás? –pregunto–. Estoy aquí.

–Baruj Hashem. Camina hacia el escenario. Nos encontraremos en la puerta lateral.

¿Sook estará feliz de verme? ¿Sabe que está a punto de verme?

En este momento, no hay ninguna banda en el escenario así que las personas están paseando y no es sencillo abrirme paso entre la multitud. Paso por al lado de un grupo de chicas que beben tragos a media tarde, un par de chicos riéndose de algo que ven en un teléfono y una chica que tiene un vestido con planetas y un par de baquetas contra su pierna.

Cuando me acerco al escenario, Malka y Sook salen por una puerta lateral. Hay una chica con cabello violeta al lado de Sook. La reconozco del video de Carousels que Sook me hizo ver; es Clarissa. Susurra algo en el oído de Sook y estruja su mano antes de que Sook y Malka caminen hacia mí.

–Rayos –digo–. Lucen genial.

Sook tiene un vestido negro con hombros rasgados y Malka viste jeans negros, Converse y una blusa negra.

–Gracias –dice Malka.

Sook no responde. Muerdo el costado de mi uña.

–Entonces, Clarissa, ¿qué pasa con ella?

Sook habla después de un largo momento.

–Somos amigas. Pero tal vez algún día… –está desconcentrada, nerviosa–. Entonces, ¿lo tienes?

Meto la mano en el bolsillo, por un momento me aterroriza haberla perdido de alguna manera, pero mis dedos encuentran la pequeña memoria USB.

–Justo aquí –se la entrego.

Cerca de una docena de emociones estallan en el rostro de Sook al mismo tiempo. Luego se abalanza hacia adelante y me abraza fuerte.

–Gracias, gracias, gracias.

Le devuelvo el abrazo e inhalo. Huele a Sook, jabón fresco y algo dulce, como si tuviera miel en su champú.

–Lo lamento –digo–. Lamento tanto haberlas abandonado a último minuto. ¿Hay alguna manera de que me perdones?

–Ariel –se queda cerca y toma una de mis manos. Cuando me mira a los ojos, se me cierra la garganta–. Malka me contó lo que te estaba pasando –mira hacia abajo un momento–. No lo sabía. No me había dado cuenta. Yo he sido una amiga terrible, no tú. Te presioné para unirte a la banda, te presioné para que tocaras más canciones y para que ensayaras extra para la presentación. Y durante todo ese tiempo estabas estresado por la escuela. Estaba demasiado concentrada en mí misma para darme cuenta.

–No es tu culpa –estrujo sus manos–. No quería que lo supieras. No quería que nadie lo supiera. Estaba… avergonzado. Estaba teniendo tantas dificultades cuando todos los demás… mis padres, mis compañeros, tú… tienen todo bajo control –inhalo–. No entiendo por qué es tan difícil para mí.

–Es difícil para todos, Ariel –dice Sook. Retuerce los labios–. Más temprano esta semana, hablé con mis papás. Me contaron que sus

padres pusieron mucha presión sobre ellos para que entraran en una buena universidad y no querían que viviera eso. Pensaron que entraría a Dartmouth sin mucho estrés.

–Ah, tiene sentido.

–Sí –sonríe–. De hecho, es genial de su parte. Salvo que me estresé por la banda en cambio –lanza las manos al aire y suspira–. Pero no hay nada de qué avergonzarse, Ariel. Nadie tiene todo bajo control. Apuesto a que ni siquiera tus padres. ¿Me prometes algo? Prométeme que hablaremos de estas cosas de ahora en adelante.

–Lo prometo –asiento.

Sook lleva su frente a la mía e inhala, luego da un paso hacia atrás.

–Te quiero –dice.

–Yo también.

Malka resuella, volteo y la veo secándose las lágrimas.

–Oh, cállate –dice–. Ey, ¿cómo te fue en tu entrevista?

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. No necesito contarles que me marché antes. No es mentir… solo no quiero que se sientan mal o hacerme parecer un mártir. Se merecen esto.

–Me fue bien, creo. Ya veremos.

–¡Vamos! Crucemos los dedos. ¿Te quedarás para la presentación?

–Sí –dice una voz detrás de mí–. La mirará con nosotros –me volteo y encuentro a Amir con Rasha a su lado. Hasta está sonriendo. Necesito

arreglar lo que pasó entre nosotros antes de que su instinto de Hufflepuff se acabe.

Diez minutos después, las luces se atenúan y Sook y Malka entran en acción. Estoy parado cerca del escenario con Amir y Rasha, me siento agradecido y despierto. El lugar se llena cada vez más. Las personas se mueven, gritan y bailan. Mis amigas son artistas de verdad. Sus canciones son originales. Están tocando en una presentación real y es increíble.

Mis ojos se llenan de lágrimas y me siento como un tonto, pero, por otro lado, no me siento nada tonto. Amir empuja suavemente mi hombro. Su mano acaricia la mía. Acepto el perdón temporario, sujeto su mano e inhalo. Menta y albahaca. Mi cuerpo se inunda de calidez y alivio y por primera vez en mucho tiempo, sé que estoy exactamente en donde debería estar.

–Estás en problemas –Rachel canta cuando entro a casa un poco después de las ocho.

–Gracias por restregarlo en mi rostro, hermana –despeino sus rizos. Luce mejor. Más como mi Rachel. Tiene puesto su vestido tie-dye y hay rastros de Cheetos en sus dedos.

Después de la presentación de Dizzy Daisies, mis amigos me pidieron

que me quedara y fuera con ellos a un show en un hotel de una banda popular de EDM que inició en Athens. Pero sabía que mi castigo sería peor cuánto más pospusiera el regreso a casa. Cuando me marché, una mujer con un peinado elegante estaba hablando con Sook y por la expresión en el rostro de mi amiga, estoy bastante seguro de que era una representante.

–Ariel Moshe –dice papá desde la sala de estar. Oh, oh. Mi nombre hebreo completo. Estoy en problemas.

–¿Puedes esperar arriba? –le pregunto a Rachel.

–Aja –dice–. Está bien.

Mamá y papá están sentados en sofá pequeño. Están enredados, una de las piernas de mamá descansa sobre el regazo de papá. Sonrío. Me gusta que todavía se gusten tanto.

–Siéntate –dice mamá.

Mi sonrisa se desvanece.

Me dejo caer en el sofá de tres cuerpos y me siento como un niño pequeño, hundiéndome en su inmensidad. Mi teléfono suena en mi bolsillo. ¿Tal vez sea Sook para contarme sobre la representante? Ahora no es el momento de revisarlo. Hago sonar mi cuello hacia la izquierda y luego hacia la derecha e inhalo profundamente.

–Antes de que digan algo –empiezo–. Lo lamento.

Papá presiona la raíz de su nariz.

–Está bien –dice papá–. Explícate primero. ¿Por qué fuiste a Athens?

–Sook olvidó su pista de batería y las necesitaba para tocar en su

presentación.

–Entonces, ¿después de tu entrevista condujiste hasta Athens? ¿Simplemente así? ¿Sin permiso? –pregunta mamá.

–De hecho, me fui antes de que mi entrevista terminara.

–No lo entiendo, Ariel –mamá sacude la cabeza–. Has trabajado tan duro para entrar en Harvard y ahora, ¿pones todo en riesgo? ¿Para qué? ¿Por qué?

–¡Porque Harvard no es lo más importante! –ladro y nos sorprendo a todos. Mamá deja caer su pierna del regazo de papá y los dos se sientan erguidos.

–Sabemos eso –dice mamá–. Parece ser lo único en lo que te concentras.

–Si no es importante para ustedes, ¿por qué les dicen a todos que me postularé allí? Es de lo único que hablan. Como si fuera lo único que vale la pena de mí –mi voz comienza a temblar–. Si no entro, seré Ariel: el chico que no entró a Harvard. Decepcionaré a todos. Los decepcionaré a ustedes. Y puede que no me acepten. Hay una verdadera posibilidad de que no me acepten porque no soy perfecto. Piden perfección y no soy perfecto y no sé qué más puedo…

–Ariel –dice mamá y su voz se quiebra.

No me di cuenta de que los tres estamos llorando.

–Ariel –papá se inclina hacia adelante. Hace una pausa y me mira a los ojos–. Todo sobre ti vale la pena –caen más lágrimas, pero con ellas la tensión abandona mi cuerpo–. La gente nos pregunta a dónde te postularás así que les decimos. Eso es todo. Están interesados en ti, entonces les contamos.

–Tatala, no nos importa a que universidad vayas. La perfección está sobrevalorada –los ojos de mamá brillan–. ¿Quién querría perfección cuando pueden tenerte a ti?

Trago fuerte y paso una mano por mi cabello.

–Pero ¿qué hago entonces? –pregunto.

Mamá camina hacia mí y se sienta a mi lado. Me abraza, siento su rostro húmedo sobre el mío.

–Haremos un plan. Verdad, ¿Saúl?

–Sí –dice papá–. Descifraremos esto juntos. Ariel, ya has hecho suficiente por tu cuenta. Has trabajado demasiado duro. Ahora cuentas con nosotros, ¿está bien?

–Está bien –exhalo–. Está bien.

DIECISIETE

–Aquí tiene –le entrego la hoja rosada a la señorita Hayes.

Es la mañana del lunes y fui directo a su oficina apenas llegué a la escuela. Después de una larga conversación con mis padres este fin de semana, acordamos que esta era la mejor decisión y ahora quiero terminar con esto de una vez. Todavía quiero ir a Harvard, más aún después de mi conversación con Hannah, pero no vale la pena destruirme para lograrlo.

La señorita Hayes alza la mirada, sorprendida.

–¿Dejarás una clase?

–Literatura Inglesa –digo–. Necesito su firma.

–Literatura Inglesa… –tipea en su computadora–. Pero tu calificación, tienes una A en Literatura –escanea la pantalla–. Tienes una A en todas tus clases.

–Lo sé –digo. Hasta mi nota de Literatura subió porque la señora Rainer incluyó los créditos extra–. Pero… –mi garganta está tensa. Hago un esfuerzo y sigo–. Es demasiado. Literatura Inglesa ocupa horas de mi semana y solo es una electiva. Está poniendo presión en mis otras clases y en mí. Necesito dejarla.

–Ariel, no estoy intentando resistirme. Solo quiero asegurarme de que estás considerando la situación. Harvard puede llegar a ver esto, además de las otras universidades a las que te postules. ¿Estás absolutamente seguro?

–Señorita Hayes –levanta la cabeza para mirarme–. De verdad aprecio todo lo que ha hecho por mí. Pero esta es mi decisión y es la correcta.

Si Harvard ve que abandoné una clase, bueno, con un poco de suerte el resto de mis calificaciones lo compensarán. Y si no lo hacen, no lo hacen. No puede garantizar que me admitirán si sigo en esta clase, ¿puede?

–No, pero…

–Entonces la dejaré –digo.

–Puede que no seas el primer promedio.

–Lo sé.

–Pari podría…

–Lo sé. Por favor, fírmela.

Sus ojos estudian los míos. Luego, suelta una risita y completa el formulario con una sonrisa divertida en los labios.

–Ey, tú mandas.

El resto de la semana pasa volando. Mi profesora de Literatura Inglesa se sorprendió cuando le dije que abandonaría su clase, pero no se resistió.

Ahora es viernes a la tarde y estoy hablando con Amir y Sook en el pasillo antes de Gobierno AP.

–Nos dijo que nos mantuviéramos en contacto –dice Sook. No firmaron un contrato con la representante, pero Sook sigue burbujeante por el entusiasmo–. Y dijo que tengo un montón de potencial y que los circuitos universitarios son excelentes lugares para empezar porque siempre hay bares que buscan bandas.

–Entonces, espera, ¿ahora sí quieres ir a Dartmouth? –pregunto.

–Sí –asiente–, creo que sí. Quiero decir, solo tengo diecisiete años, ¿no? Tengo mucho tiempo para convertirme en una música famosa. Supongo que puedo recibir una educación en la Ivy League antes.

–¿Supones? –Amir levanta las cejas y Sook se ríe.

–Juro que no sé en qué estaba pensando al rechazar esa oportunidad. Supongo que solo estaba siendo una mocosa privilegiada.

Amir sacude la cabeza y me sonríe. Hemos intercambiado varios mensajes y una noche hasta tuvimos una llamada de teléfono que duró horas; hablamos de todo, desde nuestras criaturas preferidas de Harry Potter y lugares en los que nos gustaría vivir si no tuviéramos que ir a la universidad hasta músicos muertos con los que me gustaría tocar música.

Pero las cosas todavía no están bien entre nosotros. No nos hemos besado desde antes de su exhibición de fotografía. Y no solo porque mis padres me castigaron después de conducir hasta Athens.

Tengo planeado algo épico para esta noche y espero que enmiende las cosas entre nosotros. Organizar todo me tomó más tiempo del que

esperaba. Al menos mis padres apoyan el plan porque tuve que pedir una excepción a mi castigo y utilizar parte de los fondos de mi bar mitzvá.

–He estado hablando con Clarissa –dice Sook–. Y creo que puede que Malka y yo nos mudemos a Athens durante el verano para ganar confianza en el escenario. Extrañaré tocar con ella, así que aprovecharemos al máximo nuestros últimos meses juntas.

–¿En serio? Eso es genial –digo mientras noto a Pari caminando por el pasillo. Tiene unos auriculares voluminosos y una sudadera con capucha.

El miércoles, tocamos el solo para la doctora Whitmore. No había practicado en días, pero no hubiera importado de todas maneras porque Pari estuvo impecable. Cuando la doctora Whitmore me dijo que sería el segundo violín, sentí una pizca de pánico y luego alivio. Pari se merece ser primer violín y no necesito seguir ensangrentando mis dedos para evitarlo.

–Los veré más tarde –les digo a Amir y Sook y camino rápidamente por el pasillo–. ¡Pari! –grito, no me escucha. Aumento la velocidad hasta estar detrás de ella y toco su hombro. Se da vuelta sobresaltada.

–Rayos –digo–. Lo lamento.

No se quita los audífonos.

–¿Podemos hablar?

Parece que me ignorará, pero luego asiente y se quita los auriculares. Doblamos por la esquina hacia uno de los pasillos cortos que llevan a una salida de emergencia.

–¿Qué? –pregunta con voz cortante.

–Lo lamento –jalo de la correa de mi mochila–. Lamento lo del otro día. Fui un idiota. Toda la presión por la escuela ha sido demasiado para mí. Sé que no te afecta tanto…

–Ariel. ¿Qué? Me afecta tanto como a ti.

–¿Sí?

–¡Por supuesto que sí! Soy una persona, Ariel –sacude la cabeza–. Cuando me enteré de que harías esa clase de computación casi me quiebro. Había trabajado tanto, ¿y perdería mi oportunidad de ser primer promedio porque no me di cuenta de que podía anotarme a esa clase? No te culpo por haberte inscripto y no contarme, pero fuiste tan condenadamente elitista al respecto. Fue como felicitaciones, eres tan inteligente. Jugaste mejor al sistema –inhala–. Sin mencionar que tengo que lidiar con mucha más porquería que tú. Eres un chico. Es genial que los chicos sean exitosos. Pero si una chica quiere llegar al mismo nivel de éxito, somo irritantes. Como si estuviéramos pidiendo demasiado.

–Oh –digo–. No me di cuenta.

–Tardé meses –sigue–, pero finalmente acepté que no tenía oportunidad de ser la número uno y luego me atacaste. Solo estaba intentando ayudarte y fuiste un idiota –su mirada encuentra la mía–. Nunca quise ser tu competencia, Ariel. Solo quería ser tu amiga.

Siento un vacío en el estómago, sus palabras pegan con fuerza.

–Lo lamento –digo después de un largo momento–. Lo lamento mucho. Estaba demasiado enfocado en mí… nunca debería haberte tratado de esa manera.

–No, no deberías haberlo hecho –se mueve en su lugar–. Este lugar nos estresa a todos.

–Solíamos pasarla bien. Hasta nos divertíamos. ¿Recuerdas primer

año?

–Sí, todos estábamos todos en el mismo equipo. Era emocionante. Y me sentía genial, ¿sabes? Inteligente. Capaz. Pero luego la carga de trabajo se tornó ridícula y la gente se puso intensa y ya no me sentí acompañada.

–Sí.

Pari remueve parte de su barniz de uñas amarillo. Debe notar que la estoy observando.

–Hábito nervioso –dice–. Como cuando tú te suenas el cuello y te muerdes las uñas.

–Guau –mis ojos se ensanchan–, no te contengas.

Sonríe y baja las manos.

–Lo lamento, soy observadora.

–Bueno, tal vez podríamos volver a ser un equipo. Tenemos un examen de Gobierno AP dentro de poco, ¿quieres estudiar conmigo?

–Sí, suena bien –Pari esboza una suave sonrisa–. ¿Puede venir Isaac?

–Absolutamente. Le preguntaré a Sook si quiere venir también. Será como un grupo de estudio.

–Probablemente no estudiemos mucho.

–Me sacaré una B si tú lo haces –sonrío.

La sonrisa de Pari llega a sus ojos. Extiende su mano.

–Trato hecho.

–¡Llegué! ¡Estoy en casa! –grito y cierro la puerta detrás de mí. Los Naeem ya están aquí para la cena de Shabat, sus voces rebotan en la cocina. Amir está en la entrada.

–Shabat Shalom –dice y mis mejillas levantan temperatura.

–Shabat Shalom.

–¿En dónde estuviste? No te vi después de clase hoy.

–Ah, no me viste –rasco detrás de mi oreja–. Estuve…

–¡Tatala, ven aquí! –mamá grita desde la cocina.

–Te veré en un minuto –me apresuro antes de que Amir pueda hacer más preguntas. No me vio porque tuve que marcharme temprano para terminar de preparar lo de esta noche. Fue la primera vez que falté a clase. Amir ha sido tan amable, tan indulgente una y otra vez. Y quiero demostrarle que lo sé y lo aprecio.

Me dio un poco de miedo cruzar las puertas del colegio sabiendo que me estaba perdiendo clases. Pero mis padres literalmente me incentivaron. Me dieron una nota falsa diciendo que tenía una cita con el médico y hasta dijeron que podía faltar una vez al mes hasta la graduación si quería. Creen que será bueno para mí.

Y sí se sintió bien.

Sook y Malka me ayudaron después de clase. Siguen con los preparativos mientras nosotros cenamos. Las cosas no estaban completamente listas cuando me marché, pero faltaba poco. Espero que esto funcione. Espero que Amir regrese a mí por completo.

Diez minutos después, estamos todos sentados en la mesa, salvo por mamá y Rachel. Dicen la oración y encienden las velas.

–Baruj ata Adonai Eloheinu Melej haolam, Asher kideshanu bemitzvotav, Vetzivanu lehadlik ner shel Shabat.

Rachel se sienta, me inclino hacia ella y susurro.

–Mañana tendremos una cita de hermanos, ¿está bien?

–¿Qué haremos?

–Es una sorpresa –sonrío.

–Mmm, está bien –entrecierra los ojos, pero también sonríe.

Después de este fin de semana de sorpresas, planeo sentarme y terminar mi postulación a Harvard este domingo. Ahora que oficialmente soy el segundo violín, no hay motivo para seguir esperando. He hecho todo lo que podía y ahora tengo miedo, pero estoy listo para que lo demás esté fuera de mi control.

La casa huele increíble gracias la cacerola gigante de sopa de bolas de matzá y al salmón preparado en la tabla de cedro. Nuestros teléfonos celulares descansan en la barra de desayuno, uno arriba del otro para que nadie pueda revisar el suyo sin que todos lo notemos. Aunque no apagamos nuestros dispositivos, nos gusta desaparecer por lo menos una hora.

–Qué mesa hermosa –dice la señora Naeem y usa las pinzas para servirse ensalada de espinaca en su placo.

–Maravillosa –concuerda el señor Naeem–. Amir, deberías tomar una fotografía.

–Papá, detente –dice Rasha–. Déjalo tranquilo con las fotografías.

El señor Naeem chasca la lengua.

–Simplemente estoy diciendo que es una mesa hermosa. Entiendo que Amir será un gran doctor. No es así, ¿Amir?

–Sí, papá –sus ojos brillan con felicidad pura.

Cuando cambian de tema, le doy un pequeño codazo y susurro.

–¿Cuándo sucedió eso?

–Durante la desaparición de Ariel Stone –alza una ceja–. Estaba… frustrado. Y liberé esa frustración diciéndole a mis padres que dejaran de presionarme con la fotografía. Y cuando digo “decir” quiero decir “gritar”. Fuerte.

–Muy fuerte –suma Rasha. Le da un beso en la mejilla–. Ahora encajas perfectamente en la familia.

Rasha mete un trozo de jalá en su boca y Sara roba el resto de su pan.

–Ey –dice–. ¡Hay suficiente para todos, sabes!

–Sí, pero ¡quería el tuyo!

Sara se ríe y Rachel también. Se divierten así. Generalmente una no se puede reír sin la otra. Los ojos de Rachel están brillando. Mientras preparábamos la cena, no podía dejar de hablar de una pirata nueva que había descubierto. Una niña en su clase hizo una presentación sobre ella y Rachel estaba tan interesada que pidió ir a la biblioteca para poder aprender más sobre ella.

Mis padres aceptaron después de confirmar que era por diversión y no una tarea. Nos han estado observando de cerca y también están intentado hacer cambios. La semana que viene, le pedirán al consejo escolar, con un grupo de padres, que reinstauren el receso de los niños de quinto año de primaria. Tal vez la próxima generación podrá extender su niñez un poquito más.

Yo también estoy implementando cambios. Además de abandonar Literatura Inglesa AP, le prometí a la rabina Solomon que la visitaría dos veces al mes para conversar. Es lindo tener alguien con quien hablar y estoy disfrutando las historias del Talmud. Mi estrés por la universidad no desaparecerá, pero puedo buscar más maneras de reducirlo.

–¿Quieres algo de jalá? –pregunta Amir.

Estar sentado al lado de él en una mesa con nuestras familias se siente maravillosamente normal.

–Sí, por favor –Amir me da una rebanada, sus dedos rozan los míos. Esboza esa media sonrisa que me gusta tanto y no puedo reprimir mi propia sonrisa tonta. La mesa está repleta de delicias y risas y me envuelve un sentimiento de alegría.

–Entonces –mamá suelta su cabello y las curvas caen alrededor de sus hombros–. Momento gracioso y destacado. ¿Quién quiere contar primero?

–Esta sugerencia fue perfecta –dice Amir mientras caminamos hacia Elaine's. Soy puro nervios. Quiero tomar su mano, pero la mía probablemente está húmeda y puede sospechar algo–. No vengo por aquí hace unas semanas. Lo extraño.

–Bien –digo.

–Me sorprende que tus padres te hayan levantado el castigo esta noche. Fue lindo de su parte. Por cierto, la sopa estaba deliciosa, pero creo que las bolas de matzá podrían haberse ablandado con más tiempo de cocción.

–¿Qué? –me río–. ¿De repente eres un experto?

–Mira, sé cómo sabe el cielo. Además, espero que no te moleste, pero iré a la cena de Shabat todas las semanas.

–Solo si puedo ir a tu casa cuando tu papá cocine pollo karahi.

–Trato hecho –dice Amir.

Llegamos a las puertas de la galería. Mi corazón intenta salir de mi pecho. Juro que puedo escucharlo palpitar contra mis costillas. Esta noche, Sook estaba invitada a un podcast, pero se ofreció a terminar de preparar todo. Me apenaba que perdiera la oportunidad, pero estrujó mi mano y dijo "ey, mejor amigo le gana a carrera musical".

–Antes de que entremos –giro hacia él–. Quiero disculparme otra vez. Sé que tu exhibición de fotografía era importante para ti y lamento habérmela perdido. La escuela me tenía… –suelto un suspiro corto.

–Sabes, Ariel –Amir toma mi mano–, no eres el único que se estresa por la escuela. Tengo dificultades en Química y Biología AP y quiero ser médico. Debería aprobar esas clases sin problemas. Pero no debería tener que repensar mi futuro entero porque las clases AP nos obligan a aprender el contenido a las apuradas –suspira–. Nos hacen pensar que la calificación es más importante que el aprendizaje y eso está mal. Todos estamos abrumados. No estás solo.

Pienso en todos mis compañeros, inclinados sobre libros de texto, con hombros tensos y mochilas pesadas, párpados caídos por falta de sueño. Estamos todos en el mismo equipo, queramos o no.

Doy un paso hacia adelante y le doy un beso en la mejilla con dudas por la demostración de afecto en nuestra relación en reparación. Pero sonríe y estruja mi mano.

–Vamos, entremos.

Empujamos las puertas de la galería. Al principio, todo luce normal. Hay fotografías en las paredes. Suena música por los parlantes. Hay personas en jeans ajustados y copas con vino y cerveza.

–¿En dónde deberíamos empezar? –pregunta Amir.

–Mmm –espero que mi voz suene tranquila–. ¿Tal vez la esquina destacada? Me encantó la artista que estaba allí la última vez.

–Está bien –caminamos hacia la parte posterior de la galería y cuando nos acercamos a las fotos, Amir se congela.

–Ariel, ¿qué está sucediendo?

Giro hacia él, mi corazón palpita.

–Sé cuánto significa Elaine's para ti –digo–. Y sé cuánto significas para mí. Y quiero asegurarme de que tú también lo sepas.

–Ariel… –clava sus ojos bien abiertos en la pared de fotos.

–Vamos –digo–. Echemos un vistazo.

Nos acercamos. En la pared, hay una calcomanía negra con su nombre: AMIR NAEEM. Lograr esto implicó un gran esfuerzo, pero afortunadamente, Amir es muy querido. La dueña, Elaine, dijo que estaría encantada de exhibir su trabajo.

Está mi foto preferida, la imagen de sus padres riendo en la cocina. Hay una foto de Sara y Rachel con las manos entrelazadas mientras conocen a Jasmine de Disney en una fiesta de cumpleaños con ojos llenos de felicidad.

Y añadí algo especial. En las paredes, hay calcomanías en cursiva con citas de los libros de Harry Potter. A principio de semana, estaba nervioso porque temía que no las terminaran de imprimir a tiempo, pero todo salió bien.

Al lado de una foto de Sara tocando el piano mientras el sol entra por la ventana dice: "Ah, la música… Una magia más allá de todo lo que hacemos aquí".

Amir gira hacia mí.

–¿Eso es de La Piedra Filosofal?

–Sí –sonrío.

Hay una imagen de Rasha detrás de un micrófono con una mirada tan serena que es sorprendente. La cita al lado dice: “Las palabras son, en mi no tan humilde opinión, una fuente inagotable de magia”.

Amir me mira con ojos brillantes.

–Ariel, no puedo… cómo… mi trabajo está en Elaine’s –su sonrisa es tan grande que abre mi corazón. Frota una mano en su cuello–. ¿Cómo hiciste esto? ¿Por qué lo hiciste?

–Bueno, tuve algo de ayuda –señalo con la cabeza detrás de nosotros y Amir se voltea para encontrar a Sook y Malka saludando con la mano. También vinieron otros amigos, Pari e Isaac y los amigos más grandes de Amir–. En cuando a por qué –digo y Amir vuelve a mirarme–. Lo hice porque de verdad lamento profundamente haberme perdido tu exhibición. Has sido tan indulgente. Eres increíble. Más de lo que merezco y necesito demostrarte cuánto me importas.

–Debo importarte mucho –sacude la cabeza lentamente–. No puedo creer que tengo una exhibición en Elaine’s. Tengo una exhibición en Elaine’s y es temática de Harry Potter.

–¡Ah, eso me recuerda...! –sonrío, saco un sobre de mi bolsillo y se lo doy.

–¿Hay más? –pregunta–. ¿Qué es?

–¡Ábrelo!

Lo abre y sus ojos se ensanchan por la emoción. Son dos boletos para

la presentación de la Orquesta Sinfónica de Atlanta de Harry Potter y la Piedra Filosofal.

–Tocarán la banda sonora durante la proyección de la película –digo.

–¡Esto será épico!

–¿En serio? ¿Estás emocionado? Quería conseguir boletos para The Wizarding World, pero mis padres no estaban encantados con la idea de que pasemos una noche afuera juntos.

Amir se ríe.

–No creo que los míos estuvieran de acuerdo con eso tampoco. Tal vez, después de graduarnos podríamos…

Mi estómago se da vuelta. Está pensando en un nosotros después de graduarnos.

–Ariel, eres el mejor novio del mundo.

–¿Novio? –pregunto.

–¿Serías el Harry de mi Cedric?

–Está bien, pero ellos nunca…

–¡Shh! –dice Amir–. ¿Quieres?

Sonrío y tomo su mano, nuestros dedos se entrelazan. Su piel es cálida y sus ojos todavía más.

–Quiero –digo.

–Sé que lo dije antes, pero Ariel… –inhala profundamente y luce solemne–. Realmente me alegra que seas malo en Cálculo.

Resoplo y Amir también se ríe.

–Eres el peor –digo. Él sonríe y se acerca. Nuestros pies se chocan, luego nuestros pechos. Mi corazón se detiene.

–Eres el mejor –dice.

Y luego me besa.

–¿Qué haremos? –vuelve a preguntar Rachel. Es sábado a la noche. Acabamos de comprar unos yogures helados y ahora aparcamos en el estacionamiento de la iglesia. El campo de juego del Centro Comunitario Judío está cerrado a la noche, pero este está más cerca de casa de todos modos y un reflector gigante se ocupa de la oscuridad.

–Ariel… –dice Rachel mientras se baja del auto–. ¡Dime!

–¿Sostienes esto? –les paso los postres, abro la cajuela y tomo un balón de fútbol y una toalla de playa vieja. La superficie pegajosa del

balón hace que mi pulso se detenga. Hace meses que no me pongo los botines para jugar. Inhalo y esbozo una sonrisa.

–Vamos –le digo a Rachel.

Caminamos en silencio hasta el centro del campo de juego. Está tranquilo. La noche es tan silenciosa que puedo escuchar el césped doblarse debajo de nuestros pies. Nos sentamos en la toalla y miramos el cielo oscuro, las estrellas marcan pequeños puntos en cielo negro como la tinta. Rachel me pasa una cuchara y mi yogur con algunas gominolas con formas de ositos.

–Salud –digo.

–Ariel –Rachel hunde su cuchara en su taza–. ¿Qué hacemos en el campo de juego de la iglesia?

–Divertirnos.

–¿Divertirnos?

–Bueno, por lo menos yo me divertiré cuando pateé tu trasero jugando al fútbol después de terminar mi yogur helado.

–¡No puedes ganarme! –Rachel suelta una risita.

–Oh, sí, puedo –hay un brillo competitivo en sus ojos. Come su yogur rápidamente como si estuviera famélica de repente. Suena mi teléfono, es un mensaje de Amir:

Anoche fue mágico. Gracias.

Nos quedamos en la galería hasta la medianoche, una docena de nosotros nos sentamos en un círculo en el suelo, nos sacamos los zapatos, conversamos de fotografía, de arte y de la vida. La mano de

Amir se mantuvo pegada a la mía todo el tiempo. Todavía puedo sentirla. Mis mejillas se sonrojan cuando pienso en verlo mañana. Y el día siguiente y el próximo.

–Soy mejor jugadora –dice Rachel y vuelve a captar mi atención.

–¿Estás segura? –alzo mi ceja y guardo mi teléfono.

Terminamos de comer sin dejar de hacernos burlas. Luego, nos paramos y pateamos el balón, jugamos en la mitad del campo, nos bloqueamos el camino y avanzamos hasta la meta. Rachel festeja cuando clava el balón en un ángulo. Sus rizos saltan mientras celebra su gol con las manos formando puños en el aire y una sonrisa gigante en su rostro.

Y entonces veo un destello de cómo podrían ser nuestras vidas.

Rachel me pasa el balón y corro hacia adelante.

Querido lector:

Como sabes después de leer este libro, Ariel y yo somos fanáticos de la sopa de bolas de matzá. Después de todo, es la mejor comida del mundo. Me di cuenta de que estaba mal hablar de su delicioso sabor sin compartir una receta. Así que les presento la receta de mi nana (tátara abuela) de sopa de bolas de matzá.

Esta es la primera vez que mi familia escribe la receta. Es posible que provenga de generaciones previas a las de mi nana. No usamos medidas exactas. Es un Schütteherein, que significa "cocinar sin receta" en yiddish; una pizca de esto y un poquito de lo otro, así que no sigan las medidas de manera estricta. Espero que todos disfruten esta sopa tanto como mi familia lo ha hecho por generaciones.

Cariños,

Laura

RECETA

Sopa de bolas de matzá

de Yetta “Retch” Eisenman

12 porciones

PARA LA SOPA:

» 1 kilo de pollo kosher con hueso*

» 1 cebolla amarilla grande

» 7 litros de agua

» 6 a 9 cubos de caldo de pollo (a gusto)

» 3 o 4 zanahorias grandes

» 3 o 4 troncos de apio

» 15 gramos de eneldo.

» Una pizca de pimienta

Quitarle la piel al pollo (así no queda demasiado grasoso). Pelar la cebolla, pero no cortarla.

Colocar el agua, los cubos de pollo, el pollo y la cebolla en una cacerola y llevar a hervor. Luego cocinar a fuego moderado por 90 minutos.

Pelar las zanahorias y luego cortarlas en cubos (¡no muy pequeños!). Cortar los troncos de apio a lo largo y luego en trozos de un centímetro.

Sacar el pollo de la cacerola y dejar enfriar.

Agregar las zanahorias, el apio y la pizca de pimienta en la cacerola y seguir cocinando a fuego suave o moderado.

Una vez que el pollo se enfrió lo suficiente, deshuesarlo y añadir la carne en la cacerola. Probar después de una hora y agregar más cubos de caldo, eneldo y pimienta de ser necesario.

Cocinar por otra hora, luego quitar la cacerola del fuego y dejar que la sopa se enfríe en el recipiente. Una vez fría, guardar en el refrigerador durante toda la noche.

A la mañana siguiente, sacar la cacerola del refrigerador, quitar el eneldo con un colador y cerca de un 70 % del schmaltz (la grasa del pollo que subió a la superficie). Luego calentar a fuego suave.

PARA LAS BOLAS DE MATZÁ:**

» 6 huevos

» 6 cucharadas de aceite vegetal o schmaltz derretido

» 1 ½ taza de matzá

» 5 a 7 litros de agua

» 2 cucharaditas de polvo de hornear

» ½ cucharadita de sal

» ½ cucharadita de pimienta

En un recipiente grande, batir los huevos (esto hace que las bolas de matzá sean más esponjosas***). Luego, incorporar los huevos batidos con el aceite vegetal o el schmaltz.

Añadir la carne de matzá con un tenedor hasta que quede una mezcla homogénea.

Dejar enfriar la mezcla en el refrigerador unos 20 minutos.

Mientras tanto, verter el agua en una cacerola y llevar hervor brevemente.

Retirar la mezcla del refrigerador, luego humedecer las manos y formar las bolas de matzá de unos 3 centímetros. La mezcla debería alcanzar para unas 18 a 24 bolas.

Colocar las bolas de matzá en el agua hirviendo y luego tapar la cacerola. Bajar la intensidad del fuego y cocinar unos 40 minutos. Colar y añadir las bolas de matzá a la sopa para que se terminen de cocinar.

¡La sopa está lista cuando la casa huele a sopa de pollo! Si estás buscando un número, debería estar lista cerca de una hora después de añadir las bolas de matzá a la preparación para que tengan tiempo de absorber el sabor, pero la sopa puede seguir cocinándose a fuego bajo por horas.

*Usar pollo kosher ya que tiene un sabor ligeramente más salado que marca una diferencia.

**Se puede utilizar premezcla de bolas de matzá si no quieres hacerlas desde cero. Solo añade ½ cucharadita de polvo para hornear para que las bolas sean más esponjosas. Más no porque no tomarán forma.

***Si necesitas algo de ayuda para que las bolas de matzá sean todavía más esponjosas, añadir también una cuchara de agua gasificada a la preparación.

AGRADECIMIENTOS

Mamá y papá, este libro no existiría sin ustedes. No solo porque me hicieron nacer sino también por su amor y apoyo constantes. Todos recibimos cartas muy difíciles, pero seguimos adelante juntos. Gracias por siempre estar allí para mí. Papá, gracias por todas las fotos de perros; mamá, gracias por toda la sopa de bolas de matzá. ¡Los amo tanto!

Elise LaPlante, gracias por ser mi persona. Tengo la mejor amiga del mundo y todos están celosos. Te quiero hasta el infinito y sé que hay un mundo brillante en tu futuro. Bubbie y Papa Bobby, gracias por ser abuelos cariñosos. Tengo tanta suerte de todavía tenerlos en mi vida. Lauren Sandler Rose y Melissa Sandler, gracias por ser primas tan maravillosas. Sé que puedo contar con ambas y estoy muy agradecida por ello. Gracias a mis queridos tíos, tías y primos.

Katie King y Abbie Blizzard, la universidad era solo aceptable hasta que las conocí a ustedes. Gracias por todas las noches de bares y juegos y por los fines de fin de semana. Las quiero y espero que volvamos a encontrarnos pronto. Anna Meriano, Amanda Saúlsberry y Kiki Chatzopoulou, el postgrado nos unió, pero no nos separó. Más de tres años después, todavía hablamos casi todos los días. Me hacen sentir tanta felicidad y confort, no sé cómo hubiera vivido estos últimos años sin ustedes. Estoy orgullosa de que sean mis amigas. Las palabras y la comida tailandesa nunca morirán. Las quiero.

Lauren Vassallo, sí, recibes un párrafo para ti sola porque eres la mejor crítica que una chica podría desear además de ser una increíble amiga. ¿Podría escribir libros sin ti? Tal vez, pero definitivamente no serían tan buenos. Gracias por leer tantas páginas y por siempre aportar los mejores comentarios y consejos. ¡Espero que el próximo año te traiga mucha felicidad!

Jim McCarthy, gracias por ser el mejor representante. Cada año estoy más agradecida de tenerte a mi lado. Tu guía y apoyo significan mucho para mí. No sé cómo me haría camino en el mundo editorial sin ti, pero afortunadamente, no tengo que hacerlo.

Gracias a Sourcebooks por ser una editorial muy amable y alentadora. Gracias a mi editora, Annette Pollert-Morgan, y a mi amiga Stefani Sloma. Y gracias a todo el equipo, que incluye, pero no se reduce a: Steve Geck, Cassie Gutman, Sarah Kasman, Katy Lynch, Beth Oleniczak y Kate Prosswimmer.

Gracias a todos mis amigos, críticos de lectura, lectores de sensibilidad y a las personas que respondieron mis preguntas. Estoy muy agradecida con todos ustedes: Samira Ahmed, Becky Albertalli, Rachael Allen, Jonathan Goldhirsch, Deborah Kim, Elie Lichtschein, Katie Locke, Katherine Menezes, Christy Michell, Ameema Saeed, Evan Sniderman, Jenny Snoddy, Angie Thomas, Kayla Whaley y Jason Wien. Gracias a todos los increíbles lectores, vendedores de libros, bibliotecarios y profesores. Este libro tiene un lugar especial en mi corazón y no tengo palabras para agradecerles a todas las personas que lo leen y lo apoyan.

A esos lectores que están estudiando en este momento, sus calificaciones no los definen. Los quiero.

Muchas gracias y mis disculpas anticipadas a todos los que haya olvidado incluir en mi lista. Soy increíblemente afortunada de tener tantos amigos maravillosos en mi vida. Gracias a todos por apoyarme.

Cariños,

Laura

LAURA SILVERMAN

Es una autora y editora que reside en Brooklyn, Nueva York.

Tiene una licenciatura en Letras, otra en Publicidad y una maestría en Escritura para niños. Ha escrito varias novelas coming-of-age extremadamente sensibles, adorables y muy divertidas. Cargadas de valentía y significado.

Afirma que pasa muchísimo tiempo acariciando perritos y que jamás hubiera sido capaz de escribir un solo libro sin caramelos ácidos.

¡Visítala!

www.laurasilvermanwrites.com

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

RECETA

AGRADECIMIENTOS

¡No te pierdas estos títulos!

Como en una canción de amor, Maurene Goo

No te enamores de Rosa Santos, Nina Moreno

Heartstopper, Alice Oseman

Título original:You Asked for Perfect

Dirección editorial:Marcela Aguilar

Edición:Melisa Corbetto

Coordinación de diseño:Marianela Acuña

Diseño de interior:Florencia Amenedo

Diseño de portada:© Philip Pascuzzo

Armado de ebook:María Victoria Costas

© 2019 Laura Silverman

© 2021 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Publicado originalmente en Estados Unidos por Sourcebooks imprint, un sello de Sourcebooks, Inc. www.sourcebooks.com.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA: Florida 833, piso 2, of. 203 (C1005AAQ) Buenos Aires Tel.: (54-11) 5352-9444 e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO: Dakota 274, Colonia Nápoles CP 03810, Alcaldía. Benito Juárez, Ciudad de México Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995

e-mail:
editoras@vergarariba.com.mx

ISBN: 978-987-747-745-0

Junio de 2021

Silverman, Laura

Imperfecto / Laura Silverman. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: María Victoria Echandi.

ISBN 978-987-747-745-0

1. Narrativa Estadounidense. 2. Literatura Juvenil. 3. Novelas Realistas. I. Echandi, María Victoria, trad. II. Título.

CDD 813.9283

¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a **vrya@vreditoras.com**
con el título de este libro en el asunto.

Encuéntranos en

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

COMPARTE
tu experiencia con
este libro con el hashtag
#Imperfecto

Table of Contents

Cover Page
Imperfecto
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
RECETA
AGRADECIMIENTOS